IMPRIMIR

LAS INDIAS NEGRAS

JULIO VERNE

Editado por

el**aleph**.com

CAPITULO 1
DOS CARTAS CONTRADICTORIAS

"Mr. J. R. Starr, ingeniero.
30, Canongate,
Edimburgo.

Si el señor James Starr se digna concurrir mañana a las minas de hulla de Aberfoyle, excavación Dochart, pozo Yarow, se le comunicará algo muy interesante para él.

El señor James Starr será esperado durante todo el día en la estación de Callander por Harry Ford, hijo del antiguo capataz, Simon Ford.

Se le ruega mantener esta invitación en secreto".

Tal fue la carta que James Starr recibió por el primer correo del día, el 3 de diciembre de 18... ; el matasellos pertenecía a la oficina postal de Aberfoyle, condado de Stirling, Escocia.

La curiosidad del ingeniero se despertó vivamente. Ni siquiera se le ocurrió que esta carta pudiera encerrar una mistificación. Conocía desde hacía mucho tiempo a Simon Ford, uno de los antiguos capataces de las minas de Aberfoyle, de las que fuera director durante veinte años -cargo que en las hulleras británicas denominan "viewer".

James Starr era un hombre sólidamente constituido, sobre quien sus cincuenta y cinco anos no pesaban más que los cuarenta. Pertenecía a una vieja familia de Edimburgo, de la que era uno de los miembros más distinguidos. Sus trabajos honraban a la honorable corporación de ingenieros, que perforan poco a poco el rico subsuelo carbonífero del Reino Unido de Gran Bretaña, desde Cardiff, en Newcastle, hasta las tierras bajas de Escocia. Fue en las misteriosas hulleras de Aberfoyle, que confinan con las minas de Alloa y ocupan una parte del condado de Stirling, donde el nombre de Starr conquistó mayor estima. Allí había

transcurrido toda su existencia. Además, formaba parte de la Sociedad Escocesa de Anticuarlos, que presidía. Por otra parte se contaba entre los miembros más activos del "Royal Institution", y la "Revista de Edimburgo" publicaba frecuentemente artículos firmados por él. Era, si se quiere, uno de esos sabios empíricos a quienes se debe la prosperidad de Inglaterra. Así gozaba de un elevado rango en la vieja capital de Escocia, que no sólo físicamente, sino desde un punto de vista moral, merece el nombre de "Atenas del Norte" que le han dado.

Se sabe que los ingleses han llamado a sus vastas regiones hulleras, "Las Indias Negras", y que estas Indias han contribuido más que las orientales a acrecentar la asombrosa riqueza del Reino Unido. Allí trabaja día y noche una verdadera población minera, extrayendo el carbón, elemento indispensable para la vida industrial moderna.

En la época en que transcurre este relato, el tiempo que los peritos habían calculado que durarían los pozos carboníferos era mayor que en la actualidad, y no había temores que las fábricas, y todas las máquinas que necesitan hulla para su trabajo, pudiesen detenerse por falta de ese combustible extraordinario. Pero ya algunas hulleras, al activarse el consumo de carbón mineral, habían quedado agotadas por haberse explotado hasta sus más profundas venas. Ese era el caso de las de Aberfoyle.

Diez años atrás el último furgón había llevado la última tonelada de carbón de ese yacimiento. El material del "fondo", máquinas destinadas a la tracción mecánica sobre las rieles de las galerías, berlinas formando trenes subterráneos, túneles prolongándose en los pozos de explotación con ascensores y montacargas, tubuladuras de aire comprimido para perforar; en una palabra, todo lo que constituía los útiles de explotación, había sido retirado de las profundidades, y se hallaba abandonado a la luz solar. La mina agotada era como el cadáver de un mastodonte de tamaño fantástico, al que se ha arrancado todos los órganos vitales, dejándole sólo la osamenta.

De todo este material, sólo habían quedado largas escaleras de madera, que servían para descender a las profundidades de la hullera

por el pozo Yarow, el único qué daba acceso a las galerías inferiores de la mina Dochart, desde la cesación de los trabajos.

En el exterior, los galpones que cubrían tiempo atrás los trabajos de "día", indicaban el lugar donde estaban emplazadas las bocas de los pozos, completamente abandonados, como los demás que formaran un día la hullera de Aberfoyle.

Cuando los mineros debieron abandonar las instalaciones de la mina, donde habían vivido tantos años, fue un día triste para todos. El ingeniero James Starr había reunido a esos miles de trabajadores, hombres de valor que componían la activa población de la hullera. Cada uno en su especialidad, con sus mujeres y niños, viejos algunos, obreros de "fondo" y de "día", se habían reunido en el inmenso patio descubierto de la mina Dochart, hasta poco tiempo atrás llena de montículos de hulla.

Esas buenas gentes que las necesidades de la vida iban a separar, tras haberle sucedido a lo largo de los años, de padres a hijos, en la vieja Aberfoyle, aguardaban el último adiós del ingeniero antes de abandonarla definitivamente. La Compañía les había hecho distribuir los beneficios del año transcurrido, a modo de indemnización; en realidad era bien poco, pues la mina apenas había podido costear los gastos de explotación, pero eso les ayudaría a instalarse nuevamente.

James Starr, estaba erguido, frente a la puerta del vasto cobertizo en que funcionaran durante tanto tiempo las poderosas máquinas a vapor de los pozos de extracción. El capataz Simon Ford, que en aquella época tenía cincuenta y cinco años, y algunos otros directores de los trabajos rodeaban al ingeniero.

James Starr se descubrió. Los mineros, con sus sombreros en las manos, estaban silenciosos.

Esta escena de despedida tenía algo enternecedor, mezclado con cierta grandeza.

-Amigos míos - dijo el ingeniero -, ha llegado el momento de separarnos. Las hulleras de Aberfoyle que tras tantos anos nos reunían en el trabajo común, se han agotado. Nuestras búsquedas no han

podido descubrir nuevos filones, y la última palada de hulla acaba de ser extraída de Dochart.

En apoyo de sus palabras, James Starr mostraba a los mineros un bloque de carbón cargado en el fondo de una vagoneta.

-¡Ese trozo de carbón es como el último glóbulo de sangre que circulaba por las venas de la huellera! ¡Lo conservaremos como conservamos el primer fragmento que se sacó, hace ciento cincuenta años! . . . ¡Entre ambos pedazos cuántas generaciones de mineros se sucedieron en nuestros pozos! Y ahora, todo está concluido. Las últimas palabras que os dirijo son de despedida. Habéis vivido con lo que produjo la mina, y ésta quedó vacía a través de vuestro trabajo, duro pero provechoso. Nuestra gran familia va a separarse, y es probable1 futuro volvamos a reunirnos. Pero no olvidéis que hemos vivido y trabajado juntos, y que entre los mineros de Aberfoyle será siempre un deber ayudarse en los momentos de necesidad. Vuestros antiguos patrones no lo olvidarán. Velaremos, pues, por vosotros, y donde vayáis en procura de trabajo nuestras recomendaciones os acompañarán. ¡Adiós, pues, amigos míos y que el Cielo os proteja! ...

Cuando hubo dicho esto, James Starr abrazó al más antiguo minero, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas. Luego los capataces de los distintos pozos, uno por uno, fueron a estrechar su mano, mientras los obreros agitaban sus sombreros, gritando:

-¡Adiós, James Starr, nuestro jefe y amigo! ...

Esta despedida debía dejar un recuerdo imperecedero en los corazones de aquella buena gente. Pero poco a poco pues era necesario hacerlo, abandonaron tristemente el lugar. El vacío se hizo alrededor de James Starr.

El negro suelo de los caminos, que conducían a la mina Dochart, resonó por última vez bajo los pies de los mineros, y el silencio sucedió a la febril animación que había llenado hasta ese momento a la hullera de Aberfoyle.

Un hombre sólo había quedado junto a James Starr.

Era el capataz Simon Ford. Cerca de él permanecía un muchachito de quince años, su hijo Harry, que trabajaba desde tiempo atrás en el fondo de la mina.

Los dos hombres se conocían bien, y por eso se estimaban.

-Adiós, Simon. . . -dijo el ingeniero.

-Adiós, señor James - repuso el capataz -. O mejor dicho, permítame decirle "Hasta la vista".

-Sí, ¡hasta la vista, Simon! - contestó James Starr -. ¡Usted sabe que en todo momento me sentiré dichoso de volverlo a ver, para hablar del pasado de nuestra vieja Aberfoyle!

-Ya lo sé, señor James.

-Mi casa de Edimburgo estará siempre abierta para usted.

-Edimburgo queda muy lejos - exclamó el capataz, sacudiendo la cabeza -. ¡Sí! ¡Muy lejos de la mina Dochart!

-¿Lejos, Simon? ¿Dónde piensa instalarse?

-Aquí mismo, señor. Nosotros no abandonaremos la mina, nuestra antigua nodriza, simplemente porque su leche esté agotada. Mi mujer y mi hijo permanecerán conmigo, y nos arreglaremos para vivir. . .

-Adiós, pues, Simon -repitió el ingeniero, cuya voz traicionaba, a su pesar, la intensa emoción que le dominaba.

-No; le repito, ¡hasta la vista! -insistió el capataz---. ¡Por mi nombre le aseguro que Aberfoyle volverá a verlo! ...

El ingeniero no quería quitar esta última ilusión al minero, Y abrazando al joven Harry, que le observaba con sus grandes ojos emocionados, estrechó la mano de Simon Ford y abandonó definitivamente la hullera.

Desde esta escena habían transcurrido diez años. Empero, pese al deseo expresado por el capataz de volver a ver al ingeniero, James Starr no había oído hablar nunca más de él.

Y ahora, tras tantos años de separación, llegaba esa carta de Simon Ford, que le pedía que volviera sin perder tiempo a las antiguas hulleras de Aberfoyle.

"Se le comunicaría algo para él muy interesante. . .”

¿Qué podía ser? La mina Dochart... ¡el pozo Yarow! ¡Qué recuerdos del pasado llegaban ligados a esos nombres! ... ¡Sí! Aquéllos eran los buenos tiempos, de trabajo y lucha. La época más extraordinaria en su vida de ingeniero.

James Starr releyó la carta. La hizo girar en todos sentidos. En verdad lamentaba que una línea de más no hubiera sido agregada por Simon Ford. ¿Por qué había sido tan lacónico?

¿Acaso el antiguo capataz había hallado un nuevo filón? No. Eso era imposible. James Starr recordaba con cuánto cuidado habían sido exploradas las hulleras de Aberfoyle, antes de la cesación definitiva de los trabajos. £l mismo había tomado parte en los últimos sondajes, sin encontrar nuevos yacimientos en ese suelo arruinado por la explotación excesiva. Inclusive se había tratado de encontrar otras venas bajo los terrenos que les son característicos, pero sin resultados. James Starr había. abandonado entonces la mina con la absoluta convicción de no hallar ni un trozo más de combustible.

-¡No! - se repetía -. ¿Cómo admitir que lo que ha escapado a mis investigaciones haya sido revelado a las de Simon Ford? Y sin embargo, el viejo debe saber que la única cosa que puede interesarme para hacerme aceptar una invitación así es...

James Starr retornaba una vez más al punto de partida.

Por otra parte, el ingeniero conocía a Simon Ford como un hábil minero, particularmente dotado del instinto de su trabajo. No le había vuelto a ver desde la época en que habían abandonado las explotaciones de la mina. Hasta el momento de recibir la carta ignoraba qué había sido del antiguo capataz. No hubiera podido decir de qué se ocupaba, ni dónde vivían con su mujer y su hijo. Todo lo que sabía era que había recibido una cita en el pozo Yarow, y que Harry, el hijo del viejo todo el día siguiente. Se trataba pues de visitar la mina Dochart.

-¡Iré! -se dijo James Starr, que sentía aumentar su excitación a medida que avanzaba la hora que lo acercaba a una decisión definitiva.

El digno ingeniero pertenecía a esa categoría de personas que tienen siempre el cerebro presto a entrar en ebullición en cualquier momento.

Pero en ese instante se produjo un incidente que fue como la gota de agua fría, que iba momentáneamente a condensar todos los vapores de ese cerebro.

Simon le aguardaría en la estación de Callander.

En efecto. A las dieciocho, el tercer correo del día dejó en manos del criado de James Starr una segunda carta.

Esta nueva misiva llegaba en un sobre de mala calidad, y la letra indicaba una mano poco acostumbrada a manejar la pluma.

James Starr abrió el sobre, que contenía tan sólo un trozo de papel amarillento por el tiempo, que parecía haber sido arrancado de algún antiguo cuaderno fuera de uso.

En ese papel había una sola frase:

"Es inútil que el ingeniero James Starr se moleste. La carta de Simon Ford ya no tiene objeto.”

No llevaba firma.

CAPITULO 2
CAMINO HECHO

El curso de las ideas de James Starr fue bruscamente interrumpido, cuando recibió esta segunda carta, que contradecía la primera.

-¿Qué quiere decir esto? -se preguntó.

James Starr tomó nuevamente el sobre que desgarrara, y comprobó que llevaba el matasellos de Aberfoyle, como el anterior. Por lo tanto se había originado en el mismo punto del condado de Stirling. Evidentemente no la había escrito en anciano minero; pero resaltaba claramente que el que enviara esta nueva carta conocía el secreto del antiguo capataz, puesto que contradecía formalmente la invitación de ir al pozo Yarow.

Pero. . ., ¿era cierto que dicha invitación no tenía ya objeto? ¿O alguien estaba interesado en evitar que el ingeniero efectuase el viaje? ¿Habría acaso una intención malvada de contrarrestar los proyectos de Simon Ford?

Tras maduras reflexiones, James Starr llegó a esta conclusión. La contradicción que había entre las dos cartas, no hizo más que reavivar sus deseos de dirigirse a la mina Dochart. Si después de todo, en eso no había mas que un engaño, era mejor asegurarse. De cualquier manera James Starr estaba inclinado a prestar mayor atención a la primera carta recibida, firmada por un hombre de honestidad reconocida, que a la segunda, de origen anónimo.

-En verdad, puesto que pretenden influir sobre mi resolución, ¡la carta de Simon Ford debe tener una importancia extraordinaria! - se dijo el ingeniero -. ¡Mañana estaré a la hora convenida?

Esa tarde James Starr preparó sus cosas para partir al día siguiente. Como quizá estuviera ausente durante cierto tiempo, previno por carta al presidente de la "Royal Institution", sir W. Elphiston, diciéndole que no podría asistir a la reunión de la sociedad. Asimismo se desligó de ciertos compromisos que tenía para esa semana, y tras

haber dado orden a su criado de prepararle una maleta, se acostó, más impresionado de lo que quizás el asunto valiera la pena estarlo.

Al siguiente día, a las cinco, James Starr saltaba de su lecho, y tras abrigarse convenientemente, pues caía una lluvia fría, abandonó su casa de Canongate para ir a Granton-pier a tomar el vapor que le llevaría por el Forth hasta Stirling.

Por primera vez quizá en mucho tiempo, James Starr, mientras atravesaba Canongate no se volvió para mirar a Holyrood, el palacio de los antiguos reyes de Escocia. Así no pudo ver, frente a sus portales, a los centinelas, vestidos con sus arcaicos uniformes escoceses, pollera de tela verde a cuadros, y una bolsa de piel de cabra con largos pelos, colgando en bandolera. Pese a que el ingeniero era fanático lector de Walter Scott, como todos los verdaderos hijos de la antigua Caledonia, en esta oportunidad ni siquiera miró de reojo al albergue donde estuvo Waverley, y en el que un sastre le hizo el famoso traje de tartán, que provocaba una admiración tan inocente en la viuda Flockhart. No saludó, pues, a la plazoleta donde los montañeses descargaban sus fusiles tras la victoria del Pretendiente, a riesgo de matar a Flora Mac Ivor. El reloj de la prisión mostraba en medio de la calle su cuadrante: él lo miró para asegurarse que no llegaría tarde a la hora de salida. Por eso debemos suponer que tampoco vio en Nelher-Bow la casa del gran reformador John Knox, el único hombre que no pudo ser seducido por las sonrisas de María Estuardo.

Algunos minutos más tarde, James Starr llegó a la estación del "General Railway", y el tren le dejó, en poco más de media hora, en Newhaven, la bonita población de pescadores, situada a dos kilómetros de Leith, que constituye el puerto de Edimburgo.

La marca creciente cubría en esos momentos la playa rocosa del litoral. Las primeras olas bañaban una estacada, especie de rompeolas sujeto por cadenas. En la izquierda, amarrado al muelle, uno de esos navíos que hacen el servicio de pasajeros por el Forth, entre Edimburgo y Stirling.

En esos momentos la chimenea del "Príncipe de Gales", que así se llamaba el barco, lanzaba nubes de humo negro, y su caldera roncaba sordamente. Al repicar la campana de a bordo, los viajeros rezagados se apresuraron.

James Starr no fue el último en embarcar y ágilmente saltó sobre la cubierta del "Príncipe de Gales". Pese a la lluvia fría que caía violentamente, ninguno de esos viajeros trataba de refugiarse en el salón. Todos permanecían sobre cubierta, inmóviles, envueltos en sus abrigos de viaje, reanimándose algunos con largos tragos que bebían de sus botellas de gin o whisky -a esto lo llamaban "vestirse por dentro"-. Por fin una última campanada, y soltaron amarras El barco comenzó sus maniobras para salir del pequeño puerto, que lo abrigaba contra la fuerza del Alar del Norte.

El "Firth of Forth", tal es el nombre que se ha dado al golfo que llega desde las costas del condado de Fife, al norte, hasta las de los condados de Linlithgow, Edimburgo y Haddington, al sur, forma el estuario del Forth, río de escaso tamaño, especie de Támesis de aguas profundas, que, descendiendo desde el flanco oeste del Ben Lommond, vierte sus aguas en el mar, en Kincardine.

Si la necesidad de efectuar escalas en ambas márgenes del profundo y estrecho golfo, no obligase a realizar numerosas vueltas en el camino recorrido, la trayectoria hubiese sido cortisima. Las ciudades, pueblos y casitas se escalonan en los bordes del Fort, entre los árboles de una campiña fertilísima. James Starr, abrigado bajo una pasarela del puente, no trataba de mirar el paisaje, en esos momentos oscurecido por las finas estrías de la lluvia. En cambio procuraba advertir si había llamado la atención de algún otro pasajero. Tal vez el misterioso autor del anónimo estaba a bordo del navío... Naturalmente el ingeniero no pudo ver nada sospechoso.

El “Príncipe de Gales", abandonando Granton-pier, se dirigió hacia el estrecho ubicado entre las dos puntas de South-Queensferry y North-Queensferry, más allá del cual el Forth forma una especie de lago, donde pueden navegar embarcaciones de hasta cien toneladas.

Entre las brumas de la costa aparecían, durante los breves instantes en que se aclaraba un poco la atmósfera, las cumbres nevadas de los montes Grampian.

Pronto el vapor perdió de vista la población de Aberdour, la isla de Colm, coronada por las ruinas de un monasterio del siglo XII, los restos del castillo de Bambougle, después Donibristle, donde fuera asesinado el yerno del regente Murray, y luego el islote fortificado de Garvie. Así franqueó el estrecho de Queensferry, dejó a su izquierda el castillo de Rosyth, donde residía antiguamente una rama de los Estuardo, pasó Blackness-Castle, siempre fortificado, de acuerdo a uno de los artículos del tratado de la Unión, y bordeó los muelles del pequeño puerto de Charleston. Por fin la campana del "Príncipe de Gales" señaló la estación de Crombie-Point.

El tiempo era muy malo. La lluvia, aumentada por una violenta ventisca, se pulverizaba entre rugientes ráfagas, que pasaban sobre el barco como verdaderas trombas.

James Starr no se hallaba muy tranquilo. ¿Encontraría al hijo de Simon Ford en el lugar de la cita? El ingeniero lo sabía por propia experiencia: los mineros, acostumbrados a la calma de las profundidades terrestres, afrontan más dificultosamente que los campesinos o los obreros, los inconvenientes atmosféricos. De Callander al pozo Yarow había unos siete kilómetros de distancia Eso quizás podía hacer llegar tarde al hijo del viejo capataz. De cualquier manera lo que más inquietaba al ingeniero era la contradicción que había entre la primera y la segunda carta. Esta era su mayor preocupación...

En todo caso, si Harry Ford no le aguardaba a la llegada del tren, en Callander, James Starr estaba resuelto a dirigirse solo a la mina Dochart, y si fuera necesario, al pueblo de Aberfoyle. Allí tendría sin duda noticias de Simon Ford.

En tanto el "Príncipe de Gales" continuaba recibiendo fuertes golpes de agua. No se veía ninguna de las costas del río, y tampoco había trazas del pueblo de Crombie, ni de Torry-house, Newmills o

Carridenhouse, sobre la margen derecha. El pequeño puerto de Bowness, el de Grangemouth, ubicado en la desembocadura del canal de Clyde, desaparecían en medio de la húmeda neblina.

El “Príncipe de Gales" se detuvo en el embarcadero de Alloa para que bajaran algunos pasajeros.

James Starr sintió el corazón oprimido al pasar, tras diez anos de ausencia, cerca de esa pequeña población donde se explotan importantes hulleras, que mantiene a una gran población de trabajadores. Su imaginación le arrastraba a ese subsuelo, que el pico de los mineros cavaba provechosamente. Estas minas de Alloa, contiguas a las de Aberfoyle, continuaban enriqueciendo el condado, mientras que los yacimientos vecinos, agotados por tantos años de explotación, ¡no podían mantener a un solo obrero! ...

El barco, abandonando Alloa, se introdujo en los innumerables recovecos que dibuja el Forth a lo largo de diecinueve millas. Navegando lateralmente a los grandes árboles de ambas orillas, avistó un claro, donde aparecieron las ruinas de la abadía de Cambuskenneth, un edificio del siglo XII. Más adelante se cruzó con el castillo de Stirling y el "burgo real" de ese nombre, donde el Forth atravesado por dos puentes, deja de ser navegable para los navíos de gran arboladura.

Apenas el "Príncipe de Gales" atracó, el ingeniero saltó a tierra. Cinco minutos mas tarde llegaba a la estación de Stirling. Y una hora después descendía del tren en Callander, importante población situada sobre la margen izquierda del Teith.

Allí, frente a la estación, esperaba un joven, que al ver al ingeniero caminó hacia él.

Era Harry, el hijo de Simon Ford.

CAPITULO 3
EL SUBSUELO DEL REINO UNIDO

Es necesario, para que pueda comprenderse la presente narración, recordar en algunas palabras el origen de la hulla.

Durante las épocas geológicas, mientras la esfera terrestre todavía estaba en formación, una atmósfera espesa la rodeaba, saturada de vapores de agua y totalmente impregnada de vapores de ácido carbónico. Poco a poco esos vapores se condensaron en lluvias diluviantes, que caían como si hubieran sido impulsadas por sifones de soda. Era en efecto un liquido cargado de ácido carbónico, que se desparramaba sobre un suelo pastoso, mal consolidado, sujeto a deformaciones bruscas o lentas, mantenido en ese estado semifluido por el fuego interior tanto como por el calor solar. La elevada temperatura de la masa interna no había desaparecido todavía del centro del planeta. La parte sólida del globo era poco espesa, y dejaba expandir por sus resquebrajaduras la elevada temperatura central. De ahí que hubiera una vegetación gigantesca, quizás semejante a la que se producirá en los planetas interiores, Venus o Mercurio más cercanos que la tierra al astro rey.

El suelo de los continentes, todavía mal fijado, se cubrió' pues de forestas enormes, aprovechando la abundancia de ácido carbónico, que es tan conveniente para el desarrollo del reino vegetal.

Los bosques estaban formados por árboles monstruosos, sin flores ni frutos, que pertenecían a la familia de las criptógamas en su mayor parte. Abundaban los licopodios gigantescos, de más de veinticinco metros de altura, con troncos de un metro de diámetro, y otras especies mayores aun, que no encuentran parangón en la flora moderna.

Estos árboles hundían sus raíces en una especie de inmensa laguna, mezcla de aguas dulces y salada, y asimilaban ávidamente el carbono que sustraían lentamente de la atmósfera, funcionalmente inadecuada para la vida animal. Parecería que dichos vegetales estaban destinados simplemente a almacenar, bajo la forma de hulla, el carbono

atmosférico. En efecto. Esa era la época de los temblores de tierra, debidos a las convulsiones interiores y a los trabajos plutónicos, que modificaban súbitamente el trazado todavía incierto de la corteza terrestre. Se formaban de tal manera líneas que se transformaban en montañas; se producían hundimientos que terminaban por originar grandes mares y océanos.

En esos movimientos selvas integras se sumían en las profundidades de la tierra, hasta alcanzar un punto de apoyo, donde permanecían depositadas.

El edificio geológico se presenta siguiendo un orden determinado en las entrañas del globo: el suelo primitivo, que está compuesto por terrenos primarios; luego los terrenos secundarios, donde los yacimientos hulleros ocupan la parte inferior, más arriba los suelos terciarios, y por encima las tierras de aluvión de los tiempos modernos.

En aquellas épocas las aguas, que ningún curso retenía aun y que la condensación del vapor originaba en los cuatro puntos cardinales, se precipitaba arrastrando las rocas apenas formadas, y depositando los elementos constitutivos de esos terrenos que poco a poco se superpondrían a las capas hulleras. Con el curso del tiempo - y esos son períodos que se miden por millones de años - esos estratos se endurecieron, estabilizándose, y cerraron bajo una gruesa coraza toda la masa de los bosques sepultados.

¿Que ocurrió entonces en esas fosas gigantescas, donde se acumulaba la materia vegetal, encerrada a profundidades diversas?

Una verdadera operación química. Una especie de destilación, en que todo el carbono contenido en los bosques enterrados, se agrupaba, y poco a poco la hulla iba adquiriendo contextura de tal, bajo el efecto aunado de la presión enorme y la altísima temperatura que reinaba en tales profundidades.

Así pues, un reino sucedía al otro en esa lenta pero irreparable reacción. El vegetal se transformaba en mineral, y esas plantas, en que circulara la savia de los primeros días de vida vegetal sobre la tierra, se petrificaban.

La presión parece haber jugado un importante papel en la formación de los yacimientos carboníferos. En efecto. Según su grado de poder se producen las diversas calidades de hulla, utilizadas por la industria habitualmente. Así las más profundas capas de terreno hullero contienen antracita, que hallándose totalmente desprovista de materia volátil, contiene mayor cantidad de carbono. En cambio en los estratos más superficiales se hallan el lignito y la madera fosilizada, en las que el carbón se encuentra proporcionalmente disminuido. Entre estos estratos se hallan las diferentes clases de carbón, el grafito, la hulla rica o pobre, siempre condicionada a su mayor profundidad, la calidad y poder calorífico.

Así pues, éste es el origen de las minas de carbón, cualquiera que sea el punto del globo en que se hallen grandes selvas prehistóricas tragadas prácticamente por la tierra, luego mineralización de los vegetales obtenida en el transcurso del tiempo, bajo la influencia combinada del calor y la presión, y por la acción del ácido carbónico.

Empero la Naturaleza, tan pródiga habitualmente, no ha enterrado en las profundidades del globo terráqueo tantos bosques como para alcanzar para el consumo constante de la humanidad. La hulla faltará algún día; esto es indudable. Entonces las máquinas que consumen carbón deberán apagarse, a menos que se haya encontrado un reemplazante sintético, o que se pueda utilizar el carbón de los yacimientos recubiertos por los hielos eternos de Groenlandia, en los alrededores del Mar de Baffin, cuya explotación es prácticamente imposible... Es la suerte inevitable. Los yacimientos hulleros de América, prodigiosamente ricos todavía, en el lago Salado, Oregón y California, también se agotarán un día, y lo mismo ocurrirá con los demás depósitos del planeta, devorados por ese monstruo de un millón de gargantas que es la industria del mundo entero.

La falta de hulla se notará antes en el Viejo Continente, pues todavía hay yacimientos de combustible mineral en Abisinia, Natal, Mozambique, Madagascar..., pero las condiciones de explotación son muy dificultosas. Los de Birmania, China, Cochinchina, Japón y Asia

Central se agotarán pronto. Los ingleses habrán dejado exhaustos los yacimientos de Australia, abundantísimos en la actualidad antes que concluyan las reservas del Reino Unido.

El país más rico en carbón es actualmente, sin posible duda, Gran Bretaña. Las cuencas hulleras más importante son las de Northumberland y el país de Gales, que congregan una población numerosísima, dedicada a extraer el carbón de las entrañas de la tierra. En el centro de la isla se explotan los yacimientos de los condados de York, Lancaster, Derby y Stafford, menos productivos, pero de un rendimiento todavía suficientemente interesante como para no abandonarlos. Por último, en la porción de Escocia situada entre Edimburgo y Glasgow, se encuentra otro de los más vastos depósitos naturales de hulla del Reino Unido.

Pero todo esto no es bastante. El consumo que aumenta a diario agotará las reservas mundiales. ¡Cuando el tercer milenio de la era cristiana esté por terminar, las manos de los mineros habrán vaciado definitivamente todos los yacimientos europeos, esos "estuches" donde, según una imagen muy exacta, se almacenaron los primeros rayos de sol que calentaron la tierra...

Volviendo a nuestra historia, hemos dicho que en momentos en que el ingeniero descendió en la estación, un joven se acerco a él extendiendo la mano.

-¿Tú eres Harry Ford? -preguntó vivamente James Starr.

-Sí, señor Starr.

-¡No te hubiera identificado, muchacho! En diez años te has convertido en un hombre...

-Yo en cambio le reconocí inmediatamente, señor - dijo el joven minero, sosteniendo su sombrero en la mano -. Usted no ha cambiado nada..., ¡está idéntico al día aquel que me abrazó despidiéndose de nosotros, en la mina Dochart! ... Esas son cosas que no se olvidan.

-Ponte el sombrero, Harry - interrumpió el ingeniero -. Llueve torrencialmente, y, no' es necesario llevar la gentileza hasta el extremo de resfriarse...

-¿Quiere usted que nos resguardemos de la lluvia, señor Starr?

-No, Harry..., el tiempo apremia, y además, me he mojado durante todo el día. Es mejor que iniciemos nuestro viaje.

-A sus órdenes, señor Starr.

-Dime, Harry... ¿tu padre está bien?

-Sí.

-¿Y tu madre?

-También...

-¿Ha sido tu padre quien me escribió, dándome esta cita?

-No, señor, fui yo...

-¿Pero Simon Ford envió entonces una segunda carta, pidiéndome que no viniera?

-No, señor Starr -repuso el joven minero.

-¡Bien! -repuso James Starr, sin agregar nada sobre la carta anónima. Luego agregó -: ¿Puedes tú decirme por qué motivos me quiere hablar tu padre?

-Perdón, señor James, pero mi padre se ha reservado el derecho de explicarle él mismo sus motivos. . . -contestó el joven.

-¿Y tú sabes el por qué? ...

-Sí, señor.

-Perfectamente, Harry, no te pregunto más. Pongámonos en camino que tengo apuro por hablar con Simon Ford..., pero dime, ¿dónde viven ahora?

-En la mina.

-¿Cómo? ¿Tu familia no abandonó el viejo yacimiento después que los trabajos cesaron?. . .

-Ni un solo día, señor. Usted conoce a mi padre. ¡Allí nació, y allí quiere morir!

-Lo comprendo perfectamente, Harry. ¡No quiso alejarse! ¿Y ustedes viven con él?

-Sí, señor Starr - repuso el joven minero -. Nos tenemos un profundo afecto, y como nuestras necesidades son muy reducidas... ¡nos hemos arreglado!

-Bueno, Harry - dijo el ingeniero -. ¡En marcha!

Y James Starr, siguiendo al joven, se dirigió a través de las calles de Callander.

Diez minutos más tarde habían abandonado la población.

CAPITYULO 4
LA MINA DOCHART

Harry Ford era un mocetón de veinticinco años, vigoroso, bien desarrollado. Su fisonomía sería, su actitud habitualmente pensativa, le habían hecho resaltar durante la infancia entre sus compañeros de juego de la mina. De rasgos regulares, ojos profundos y dulces, cabellos castaños e hirsutos, todo concordaba para hacer de él un espléndido ejemplar de escocés de las llanuras. Endurecido desde temprana edad por él trabajo en la mina, era al mismo tiempo que bondadoso excelente compañero. Guiado por su padre e impulsado por sus propios instintos, había trabajado instruyéndose desde temprano, y a la edad en que cualquier otro hubiera sido tan sólo un simple aprendiz, había llegado a ser alguien, uno de los primeros dentro de su condición, en un país donde hay pocos ignorantes, puesto que ha hecho lo posible por suprimirlos.

Si bien en sus primeros años el pico no abandonó jamás sus manos, el muchacho adquirió pronto los conocimientos suficientes como para aumentar de categoría en la hullera, y con toda seguridad hubiera sucedido a su padre en calidad de capataz, de no haberse abandonado la mina.

James Starr era un buen caminante, pero no hubiese seguido fácilmente a su guía, de no haber moderado éste el paso.

La lluvia caía con menos violencia. Las grandes gotas se pulverizaban al chocar contra el suelo. Pronto fueron tan sólo golpes de agua que atravesaban el aire impulsadas por la fuerza del viento.

Harry Ford y James Starr - llevando el joven la maleta del ingeniero - siguieron la ribera izquierda del río durante casi dos kilómetros. Luego tomaron un camino que se introducía en los campos, bordeado por grandes árboles. Grandes llanuras cubiertas de pasto se extendían a ambos lados, rodeando granjas aisladas. Algunas tropillas de animales pacían tranquilamente las hierbas siempre verdes de esa región escocesa. Eran vacas sin cuernos o pequeños carneros de lana

sedosa, que hacían recordar las ovejas de juguete. Ningún pastor se dejaba ver, posiblemente conservándose al abrigo de los macizos arbolados. Pero los "colley", perros naturales de las llanuras de Escocia, utilizados para vigilar el ganado, rondaban por las praderas.

El pozo Yarow estaba a unos siete kilómetros de Callander James Starr, caminando siempre, no dejaba de hallarse impresionado. Desde el día en que dijera adiós a la mina no había vuelto a verlo. La vida agrícola reemplazaba ahora la vida industrial, siempre más activa. El contraste era mayor, pues en invierno los trabajos aumentaban. Pero antes, en todas las estaciones, la población de mineros animaba el territorio. Los grandes cargamentos, de carbón pasaban día y noche. Los rieles, actualmente enterrados, chirriaban bajo el peso de los vagones. Y ahora el camino de tierra y piedras reemplazaba a los antiguos trenes de los yacimientos. James Starr creyó hallarse atravesando un desierto.

El ingeniero miraba a su alrededor con aire entristecido. Por instantes se detenía para retomar el aliento. El aire ya no vibraba bajo el ruido de las máquinas y los pitos lejanos. En el horizonte ya no se advertían las negras columnas de humo, que los industriales tanto gustan de ver, mezclándose con las nubes blancas. Ninguna chimenea cilíndrica despedía humaredas originadas en los mismos yacimientos, y ningún tubo de escape dejaba salir las blancas columnas de vapor. El suelo, sucio en otros tiempos Por el polvo de la hullera, tenía un aspecto limpio que resultaba poco familiar a ojos del ingeniero.

Cada vez que James Starr se detenía, Harry Ford hacía lo mismo. El joven minero aguardaba silencioso. Comprendía perfectamente lo que pasaba por el espíritu de su compañero, y participaba de sus sentimientos, él, un verdadero hijo de los yacimientos, cuya vida había transcurrido en las profundidades de la tierra.

-Sí, Harry. . ., todo ha cambiado. . . - murmuró James Starr -. Pero hay que comprenderlo: ¡era fatal que los tesoros del subsuelo se agotaran un día! Tú sientes nostalgias por aquellos tiempos...

-¡Sí, señor! - repuso Harry -. ¡El trabajo era duro, pero resultaba emocionante, como toda lucha!

-Sin duda, muchacho. ¡La lucha continua, el peligro de los derrumbes, de los incendios, de las explosiones de gas grisú! ¡Había esos riesgos constantemente! Tienes razón. Era una vida emocionante.

-¡Los mineros de Alloa han tenido más suerte que nosotros! - repuso el ingeniero.

-Sí, Harry...

-¡En verdad - exclamó el joven -, es una pena que todo el globo terráqueo no sea de carbón! Habría para muchos millones de años...

-Sin duda. Pero sería peligroso... Debemos confesar que la naturaleza ha sido sabía al componer nuestro esferoide con rocas y granito, que el fuego no puede consumir.

-¿Quiere usted decir que los seres humanos habrían terminado por incendiar el planeta?

-Con toda seguridad, muchacho. ¡La tierra se hubiera convertido en el humo de hornos y usinas, y así habría terminado un buen día el mundo!

-Bueno, eso no es de temer en la actualidad, pero las hulleras concluirán por agotarse algún día.

-Así es, Harry. ¡Me parece que Inglaterra hace mal en cambiar su carbón por el oro de las demás naciones !

-Efectivamente.

-Yo sé perfectamente que ni la electricidad ni la fuerza hidráulica llegan todavía al total desarrollo de sus posibilidades, y que un día se utilizarán corrientemente... - convino el ingeniero -. Pero el carbón es de uso más simple y se presta mis fácilmente a las diversas necesidades de la industria... ¡Desgraciadamente los hombres no pueden producir hulla a voluntad! Si los bosques de la superficie crecen continuamente, los del interior de la tierra no lo hacen, y el globo nunca más se encontrara en condiciones de repetir el proceso.

James Starr y su guía, mientras conversaban, habían retomado su marcha hacia Dochart, llegando una hora más tarde.

Hasta una persona indiferente para el problema se hubiera sentido triste al ver el aspecto que presentaba el establecimiento abandonado. ¡Parecía el esqueleto de lo que fuera!

En un vasto patio, bordeado por algunos árboles esmirriados, el suelo desaparecía bajo la capa oscura del combustible mineral, pero no se veía ya ningún fragmento de carbón, consumido hacia ya mucho tiempo.

Sobre una colina poco elevada, se perfilaba la silueta de un enorme andamiaje, que la lluvia y el sol deterioraban lentamente. En la parte superior de este armazón, una gran rueda dentada, y en la parte inferior los cajones que por un sistema de polea eran bajados al interior de la mina y luego se izaban nuevamente a la superficie de la tierra, sirviendo de ascensores.

Y por doquier rieles oxidados, caballetes, restos de maquinarias, que parecían la osamenta de un animal prehistórico. Tal era el aspecto desolado de la mina Dochart.

Los bordes de los pozos, de canto rodado, desaparecían bajo el espeso musgo. De todos estos restos se desprendía una sensación de angustia y tristeza tales como no ofrecen las ruinas de los viejos castillos de piedra, ni los remanentes de las fortalezas desmanteladas.

-¡Qué desolación! -murmuró James Starr, mirando al joven, que no le contestó.

Los dos penetraron en el cobertizo que cubría el pozo Yarow, cuyas escaleras daban acceso hasta las galerías más profundas del pozo. El ingeniero se inclinó sobre el orificio. Por él se desprendía antiguamente el soplo poderoso del aire aspirado por los ventiladores. Pero en la actualidad era un abismo silencioso. Parecía ser la boca de un volcán extinto.

James Starr y Harry se pararon sobre el primer escalón.

En la época de la explotación, ingeniosas máquinas servían a los pozos de las hulleras de Aberfoyle, que en ese sentido estaban perfectamente equipadas: jaulas provistas de frenos automáticos, que se deslizaban sobre engranajes de madera, y escalas oscilantes, que por un

simple movimiento de basculación permiten a los mineros descender sin peligro o subir sin fatigarse.

Todos estos modernos aparatos habían sido retirados al cesar la explotación de la mina. No quedaban en los pozos más que una larga sucesión de escaleras, separadas por estrechas plataformas, de cincuenta en cincuenta pies. Treinta de estas escaleras, ubicadas de punta a punta, permitían bajar hasta el extremo de la galería más profunda, a mil quinientos pies bajo tierra. Era la única vía de comunicación que existía entre el fondo de la mina Dochart y el exterior. En cuanto a la ventilación, se realizaba por el pozo Yarow, que las galerías comunicaban con otro túnel cuyo orificio se abría a un nivel superior, y el aire enrarecido salía naturalmente por esta especie de sifón invertido.

-Te sigo, muchacho.. . -dijo el ingeniero, haciendo un gesto al joven para indicarle que le precediera.

-A sus órdenes, señor Starr.

-¿Tienes una lámpara?

-Sí. . . ¡y ojalá fuera aún la lámpara de seguridad que utilizábamos antiguamente!

-En efecto - repuso James Starr -. ¡Las explosiones de grisú no son ya de temer...!

Harry se había provisto de una simple lámpara de aceite, cuya mecha encendió. En la hullera vacía las pérdidas de gases explosivos no eran de temer, y por ello no se necesitaba tomar precauciones especiales al respecto. La lámpara de Davy, utilizada corrientemente por los mineros por la protección que representa, no tenía empleo. Pero si no había más peligro, era porque la causa ya no existía, y con ella el combustible que constituyera otrora la riqueza de Dochart.

Harry descendió los escalones iniciales de la primera escalera. James Starr le siguió. Ambos se hallaron pronto en una profunda oscuridad, que cedía tan sólo a los rayos de la lámpara. El joven la mantenía por encima de su cabeza, a fin de alumbrar mejor el camino de su compañero.

Unas diez escaleras fueron descendidas una tras otra por el ingeniero y su guía. Todavía se mantenían en buenas condiciones de uso.

James Starr observaba con curiosidad lo poco que la insuficiente iluminación le permitía advertir. Las paredes del pozo estaban todavía revestidas por paredes de madera ya podrida.

Cuando llegaron al piso número quince, es decir, a mitad de camino de su descenso, resolvieron detenerse a descansar un rato.

-¡Decididamente, yo no tengo tus piernas, muchacho! - exclamó el ingeniero, respirando afanosamente -. Pero en fin...¡todavía me mantengo!

-Usted es muy fuerte, señor Starr -repuso Harry.

-Si tuviera veinte años habría bajado de una corrida... ¡Pongámonos en camino nuevamente! ...

Pero, en el momento en que ambos iban a dejar la plataforma, se escuchó una voz, alejada todavía. Llegaba como una onda sonora, que se amplía sucesivamente, y se hacia más clara por instantes.

-¡Eh! ¿Quién va? --gritó el ingeniero, deteniendo a Harry.

-Lo ignoro -repuso el joven minero.

-¿No es tu padre? ...

-¡Oh, no!

-¿Algún vecino, tal vez? ...

-No tenemos vecinos, señor - contestó el joven -. Estamos Completamente solos en el fondo del pozo...

-¡Bueno! Dejemos pasar a este intruso, entonces. ¡Los que descienden deben ceder el paso a los que suben!

Los dos aguardaron.

La voz resonaba en esos momentos con un magnifico agudo, como si proviniera de un salón con enorme acústica. Bien pronto las primeras palabras de una canción escocesa se oyeron netamente como para poder comprenderse.

¡La canción de los lagos! - exclamó Harry -. ¡Ah! ¡Me sorprenderla que no fuese Jack Ryan quien la canta!

-¿Y quién es ese Jack Ryan, que canta tan bien? -preguntó James Starr.

-Un antiguo camarada de la hullera. . . -repuso Harry.

Luego, apoyándose sobre el borde de la plataforma, grito:

-¡Eh, Jack!

-¿Eres tú, Harry? -fue la respuesta---. Aguárdame, que llego en seguida...

Y la canción se reinició, más hermosa que antes.

Unos instantes después un muchachón de veinticinco años, de figura alegre, ojos sonrientes, boca amable, y cabellera rubia encendida, apareció en el fondo del cono luminoso que proyectaba su linterna, y hacía pie sobre la plataforma de la escalera número quince.

Su primer acto fue estrechar vigorosamente la mano que le tendía Harry.

-Encantado de encontrarte nuevamente - gritó -. Pero... ¡Por todos los santos! ¡Si hubiera sabido que tu subirías a la superficie esta tarde, habría evitado bajar al pozo Yarow!

-Aquí está el señor James Starr -interrumpió Harry, iluminando con su linterna la figura del ingeniero, que permaneciera hasta ese momento en tinieblas.

-¡Señor Starr! - repitió Jack Ryan -. ¡Ah! ¡Señor ingeniero! ... No lo hubiera reconocido. Desde que abandoné las minas mis ojos no están ya acostumbrados a la oscuridad.

-¡Y yo recuerdo ahora a un chiquillo que cantaba continuamente, y de eso han pasado diez años! ¿Eras tú, sin duda?

-Yo mismo, señor Starr, y cambiando de oficio no he variado de humor, ¡ya lo ve usted! Vale más reír y cantar que gemir y llorar, ¿no le parece?

-Sin duda, Jack. ¿Y ahora qué haces, ya que no eres mas minero?

-Trabajo en la granja Melrose, cerca de Irvine, en el condado de Renfrew, a cuarenta millas de aquí. ¡Ah! ¡Eso no es lo mismo que la vieja mina! ¡En mis manos va mejor el pico que la pala de labranza! Y además, en los pozos había ecos sonoros, que devolvían alegremente las

canciones, mientras que allá arriba... Pero ¿va acaso usted a visitar al viejo Simon?

-Así es, Jack.

-Entonces no le hago perder más tiempo.

-Dime, Jack. ¿Por qué motivo has venido a visitarme?

-Quería verte para invitarte a la fiesta del "clan" Irvine. Tú sabes que soy el gaitero del lugar, y vamos a cantar y bailar...

-Gracias, Jack, pero me es imposible aceptar.

-¿Imposible?

-Sí. La visita del señor Starr puede prolongarse, y debo conducirle nuevamente a Callander.

-Bueno, pero la fiesta será dentro de ocho días; ¡supongo que entonces nada te retendrá en tu casa!

-Así es, Harry - dijo James Starr -. Debes aprovechar la invitación de tu amigo...

-En tal caso, ¡acepto! - exclamó Harry -. Dentro de ocho días nos veremos en la fiesta de Irvine.

. ¡Convenido! - repuso Jack Ryan -. ¡Hasta entonces, Harry! ¡A sus órdenes, señor Starr! ¡Estoy muy contento de haberlo vuelto a ver! Nadie se ha olvidado de usted.

-Y yo no he olvidado a nadie, Jack -dijo el ingeniero.

Estrechando la mano de su camarada por última vez, Jack Ryan reanudó su canto, desapareciendo pronto en las alturas del pozo, vagamente iluminadas por su lámpara.

Un cuarto de hora más tarde, james Starr y Harry bajaron la última escalera y pusieron pie en el suelo del último piso de la mina.

Alrededor del fondo casi circular del pozo Yarow, se abrían diversas galerías que habían servido para la explotación del último filón carbonífero de la hullera. Introduciéndose en los macizos de esquistos y de rocas, algunas de estas galerías estaban sostenidas por gruesas columnas, mientras que otras apenas eran transitables por su grueso revestimiento.

Los cimientos artificiales eran todos de piedra, y el piso, es decir, el doble piso de los terrenos terciarios y cuaternarios, que reposaran anteriormente sobre el mismo yacimiento.

La oscuridad reinaba ahora en estas galerías, antiguamente iluminadas ya sea por las lámparas de los mineros, o bien por la luz eléctrica, cuyo empleo se introdujera en los pozos durante los últimos años. En los sombríos túneles no resonaban las ruedas de las vagonetas recorriendo las vías, ni se ola el ruido de las tomas de aire que se cerraban bruscamente, como tampoco las voces de los conductores, mezcladas con el relinchar de los caballos, ni todos los sonidos habituales durante las jornadas de trabajo.

-¿Quiere usted descansar unos minutos, señor Starr? -preguntó el joven.

-No, muchacho... - repuso el ingeniero -. Tengo prisa por llegar a tu casa.

-Sígame. Voy a guiarle, pese a que estoy seguro que usted reconocería perfectamente estas galerías sin necesidad de iluminar su camino...

-Seguramente. Todavía conservo en mi memoria el plano de la antigua mina.

Harry, seguido por el ingeniero, y elevando su linterna para iluminar mejor, entro en una amplia galería, semejante a la nave de una catedral. Sus plantas pisaban todavía los durmientes de madera que sostenían los rieles en la época de la explotación. Pero apenas habían alcanzado a hacer cincuenta pasos, cuando una roca enorme cayó frente a James Starr.

- ¡Cuidado, señor!. . . -gritó Harry, tomando al ingeniero de un brazo.

-¡Una roca, Harry! ¡Ah, estas antiguas excavaciones no son ya sólidas!. . . -exclamó el ingeniero.

-Señor Starr - interrumpió Harry -. ¡Me parece que le han arrojado esta piedra...!

-¿Arrojado? ¿Intencionalmente? ... - gritó casi James Starr -. ¿Qué quieres decir, muchacho?

-Nada, nada, señor Starr - repuso evasivamente Harry -. Continuemos nuestro camino. ¡Tome mi brazo y no tema, que no daremos ningún paso en falso!

-Aquí me tienes, Harry.

Siguieron, pues, caminando, mientras Harry miraba atrás, proyectando la luz de su lámpara en las profundidades de la galería.

-¿Llegaremos pronto? -quiso saber el ingeniero.

-Dentro de diez minutos, más o menos.

-¡Magnifico! -Pero - murmuró Harry -, no consigo olvidar lo ocurrido. Parecería que esa piedra cayó en nuestro camino precisamente cuando íbamos a pasar.

-¡Harry, ha sido sólo la casualidad!

-¿Casualidad? - contestó el joven, sacudiendo dubitativamente la cabeza -. Tal vez.

Mientras hablaba se detuvo. Escuchó.

-¿Qué ocurre, Harry? -preguntó el ingeniero.

-Me pareció oír a alguien caminando detrás nuestro - repuso el muchacho, que se volvió para prestar atención -. ¡No! Me debo haber equivocado. . . Sigamos. . . Apóyese en mi como si fuera un bastón.

-¡Un bastón sólido, Harry! No hay nada mejor que un joven como tú - contestó James Starr.

Ambos continuaron caminando silenciosamente a través de la sombría galería.

De pronto Harry, evidentemente preocupado, se volvió, tratando de sorprender el origen de un sonido, quizá esperando ver alguna luz alejada.

Pero detrás y delante de ellos todo estaba en silencio, sumido en las tinieblas.

CAPITULO 5
LA FAMILIA FORD

Diez minutos después, James Starr y Harry salían por fin de la galería principal.

El joven minero y su acompañante habían llegado al fondo de un claro, si este término puede servir para designar una vasta y oscar2 excavación. . . Empero no estaba, como podría imaginarse, absolutamente desprovista de luz diurna. Algunos rayos de sol llegaban por el orificio de un pozo abandonado, que había sido perforado en los pisos superiores. Se trataba en realidad de un conducto que servia para ventilar la mina Dochart. Gracias a su menor densidad, el aire cálido del interior era conducido al pozo Yarow.

Por ello, junto con el oxígeno, penetraba un poco de luz a través de los antiquísimos estratos fenestrados, y llegaba hasta la excavación.

Era allí donde vivía desde diez años atrás Simon Ford con su familia, en el mismo sitio donde antaño funcionaran las máquinas más poderosas utilizadas en la explotación de la mina.

Tal era la subterránea vivienda, llamada amablemente "cottage", donde habitaba el antiguo capataz. Gracias a los ahorros provenientes de una vida metódica y de trabajo, Simon Ford y los suyos hubieran podido vivir tranquilamente en la superficie de la tierra, en una de las aldeas del condado. Pero él y su familia habían preferido continuar en la mina. ¡Sí! ¡Aquella gente era feliz en esa casa ubicada mil quinientos pies bajo tierra, en el subsuelo escocés! Entre otras ventajas, tenían la de no pagar impuestos al fisco...

En aquella época Simon Ford, el viejo capataz, llevaba vigorosamente sus sesenta y cinco años de edad. Alto, robusto, de buena presencia, hubiera sido mirado perfectamente como el mejor espécimen de "sawney" de la región.

Simon Ford descendía de una familia de mineros, y su genealogía se remontaba en tal sentido hasta los primeros tiempos en que se explotó el carbón de Escocia.

Sin inquirir arqueológicamente si los griegos y los romanos utilizaban o no carbón mineral; o si los chinos explotaron las minas carboníferas antes de la Era Cristiana; sin discutir si realmente el combustible mineral debe su nombre al mariscal Houillos, que vivió en Bélgica durante el siglo XII, podemos afirmar que los yacimientos de Gran Bretaña fueron los primeros cuya explotación se realizó en forma regular. En el siglo XI, Guillermo el Conquistador repartía entre sus compañeros de armas los productos de las minas de Newcastle. En el siglo XIII Enrique II concedió su autorización para, explotar el carbón marino, como se lo llamaba en aquella época. Y finalmente cabe recordar los yacimientos de Escocia y del País de Gales que se mencionan en ese mismo siglo.

En esos tiempos los antepasados de Simon Ford penetraron en el subsuelo caledoniano, permaneciendo en él de padres a hijos. No se trataba de simples obreros. Trabajaban como verdaderos forzados en la extracción del precioso combustible. Se cree que los mineros en aquellas épocas lejanas eran esclavos, y en pleno siglo XVIII se temió, durante la guerra del Pretendiente, que los veinte mil mineros de Newcastle se sublevaran para conquistar una libertad que les faltaba.

Pero fuese cierto o no la antigua situación de los trabajadores de las minas, Simon Ford estaba orgulloso de pertenecer a esa gran familia de mineros escoceses. Con sus manos había trabajado en los mismos sitios en que sus antepasados usaran el pico y la pala. A los treinta años había llegado a ser capataz de la mina Dochart, la más importante de todas las de Aberfoyle, y amaba apasionadamente su trabajo. Durante largos años ejerció celosamente sus funciones, y su única pena fue advertir que las capas de carbón se empobrecían poco a poco.

Entonces comenzó a buscar nuevos filones en todas las galerías, que comunicaban entre sí. Afortunadamente pudo descubrir algunos durante los últimos años de explotación. Su instinto de minero nato le servía maravillosamente para ello, y el ingeniero James Starr lo apreciaba notablemente. En realidad se podría decir que adivinaba la ubicación de nuevos yacimientos bajo tierra.

Pero llegó el momento en que el material combustible faltó de todos modos en la hullera. Era evidente que la napa carbonífera estaba agotada. La explotación debió cesar y los mineros se retiraron.

Parece difícil de creer, pero ése fue un momento de tremenda desesperación para Simon Ford, que amaba realmente a la mina, y cuya existencia estaba ligada indisolublemente al yacimiento. Desde su nacimiento había vivido allí, y cuando le vio agotarse quiso continuar en la hullera. Harry, su hijo, se encargó de avituallar la vivienda subterránea, pero él, en diez años, no llegó a subir diez veces a la superficie de la tierra.

-¿Ir allá arriba? – repetía -. ¿Para qué?

Y no abandonaba sus oscuros dominios.

En realidad se hallaba perfectamente bien; no conocía ni los calores del verano ni el frío invierno, su familia compartía su manera de pensar. ¿Qué más podía pretender?

Empero estaba profundamente triste. Echaba de menos la animación, el movimiento, la vida de antaño, cuando todavía se trabajaba en derredor suyo.

-¡No! ¡No! - repetía insistentemente -. ¡La mina no puede estar agotada!

Y habría tomado una actitud bastante errónea quien, frente al viejo Simon Ford, hubiera declarado que Aberfoyle no resucitaría algún día de entre los muertos. Nunca había podido abandonar la idea de descubrir alguna vez una nueva veta, que devolviera a la mina su pasado esplendor. Con gusto habría retomado el pico de minero, y sus viejos brazos, sólidos aún, hubieran atacado la roca con vigor creciente.

Por ello atravesaba las oscuras galerías, a veces solo y otras con su hijo, observando, buscando, hasta retornar cada día agotado, pero lleno de esperanzas.

La digna compañera del viejo Simon Ford era Madge, alta y fuerte, una verdadera "goodwife", siguiendo la expresión escocesa para designar a la buena esposa. Como su propio marido de ella, no había

querido abandonar Dochart, y le impulsaba a continuar buscando, le daba valor y le hablaba con cierta gravedad que entusiasmaba al minero.

-Aberfoyle no está más que dormido, Simon - le decía -. Tú eres quien tiene razón. ¡No está muerto!

Madge sabía pasarse perfectamente sin el mundo exterior, y vivía muy feliz con su marido y su hijo en el sombrío "cottage".

A esta casa llegó James Starr.

El ingeniero era esperado por Simon Ford, quien aguardaba en la puerta desde el momento en que Harry le anunció, con los destellos de su lámpara que estaban a punto de llegar.

-¡Bienvenido, señor James! - le gritó con una voz que resonaba en las galerías -. ¡Bienvenido a nuestro “cottage"! ¡Pese a que vivimos a mil quinientos pies bajo tierra, la casa de la familia Ford es siempre hospitalaria!

-¿Cómo está usted, mí querido Simon? -preguntó james Starr, estrechando la mano que le extendía su huésped.

-Muy bien, gracias - repuso el viejo minero -. ¿Y cómo podría estar, al abrigo de la intemperie? Las damas que van a respirar a Newhaven o a Portobello durante el verano, harían mejor en pasar algunos meses en las minas de Aberfoyle. No se arriesgarían a atrapar un fuerte resfrío, como en las húmedas calles de nuestra vieja capital.

-No soy yo quien va a contradecirle, Simon - dijo James Starr, feliz de encontrar al capataz con el humor de antaño -. En verdad me pregunto por qué no cambio mi casa en Canongate por un "cottage" vecino al suyo...

-Encantado, señor Starr...

-¿Y Madge? -inquirió el ingeniero no viendo a la esposa del viejo minero.

-Mi mujer se encuentra mejor que yo, ¡si ello es posible! Y es feliz al pensar que usted compartirá nuestra mesa -repuso Simon.

-Estupendo -exclamó James Starr, a quien el anuncio de un buen almuerzo no podía dejar indiferente, tras su larga caminata.

-¿Tiene apetito, señor?

-¡Positivamente, hambre!... El viaje me lo ha despertado, ¡y hemos tenido un tiempo terrible!

-Ah, ¿llueve allá arriba? -murmuró Simon Ford, con un marcado aire de pena.

-Sí, y las aguas del Forth están agitadas como si fueran un mar.

-Y bien, señor James, ¡aquí nunca llueve! Pero no le voy a pintar las ventajas que usted conoce perfectamente bien. Ya ha llegado a mi casa, y eso es lo más importante. ¡Sea bienvenido!

Simon Ford, seguido por Harry, hizo entrar al visitante en la habitación, y James Starr se encontró en una vasta sala, iluminada por numerosas lámparas, que pendían del techo.

La mesa, recubierta por un mantel de alegres colores, parecía aguardar a los comensales, para quienes estaban reservadas cuatro sillas de cuero.

-Buen día, Madge -saludó el ingeniero.

-Buenos días, señor James -repuso la buena mujer, que se incorporó para recibir a su huésped.

-Estoy encantado de volverla a ver.

-Lo mismo yo, señor James; es siempre agradable encontrar a la gente que nos ha tratado bien.

-La sopa espera, mujer, y no hay que hacerla aguardar, ni a ella ni al señor Starr - interrumpió Simon Ford -. Trae un hambre de minero, y verá que nuestro hijo no deja que falte nada en la casa.

Y volviéndose hacía Harry agregó:

-A propósito, Jack Ryan ha venido a verte...

-Ya lo sé, padre. Lo encontramos en el pozo Yarow.

-Es un buen camarada, y alegre por añadidura - dijo Simon Ford -. Pero parecería que le gusta estar “allá” arriba. ¡No tiene verdadera sangre de minero en sus venas! Pero vamos a comer, y copiosamente, que es posible que no podamos volver a cenar hasta muy tarde.

En el momento en que estaban todos a punto de sentarse, James Starr exclamó:

-Un momento, Simon... ¿usted quiere que yo coma con apetito?

-Eso será hacernos un honor, señor.

-Muy bien, pero para que pueda hacerse, necesito hacerle dos preguntas.

-Usted dirá, señor.

-Su carta me habla de una comunicación muy interesante ...

-Así es.

-Pero interesante para quién. ¿Para usted o para mi?

-Para ambos, señor James. Pero no podré decirle nada hasta que hayamos concluido nuestro almuerzo, pues es imprescindible que se lo explique en el mismo lugar... Pero sin ese requisito, usted no me creería.

-Simon - dijo entonces el ingeniero -. Míreme bien, de frente. ¿Una comunicación interesante? Sí...bueno. No le pregunto más.

Y pareció que hubiera leído la respuesta en los ojos del anciano minero.

-¿Y el segundo interrogante, señor?

-¿Sabe usted, Simon, quién es la persona que me escribió esto? -exclamó el ingeniero, estirando la carta anónima que recibiera el día anterior.

Simon Ford tomó el papel y lo leyó atentamente. Luego lo mostró a su hijo.

-¿Conoces tú la letra? -inquirió.

-No, padre.

-¿Y esta carta estaba sellada en la estafeta postal de Aberfoyle? -volvió a preguntar Simon Ford.

-Sí, como la suya.

-¿Qué te parece, Harry? -La frente del viejo minero se ensombreció unos instantes.

-Creo que alguien ha tenido interés en impedir que el ingeniero James Starr acudiera a la cita que usted le diera.

-Pero ¿quién? ¿Quién ha podido penetrar tan profundamente los secretos de mi pensamiento? -Y Simon Ford cayó en una especie de estupor, del que le sacó la voz de Madge.

-¡A la mesa, señor Starr! - dijo la buena mujer -. ¡La sopa va a enfriarse! ¡No piensen por el momento en esa carta!

Ante la invitación de la anciana, cada uno tomó asiento frente a la mesa. James Starr frente a Madge, en calidad de huésped de honor; los dos Ford, padre e hijo, uno frente al otro.

Fue una buena comida escocesa. Primero se comió un "hotchpotch", sopa con trozos de carne navegando en un excelente caldo. Al decir de Simon, su compañera no tenía rival en el arte de preparar "hotchpotch".

Había, además, "cockyleeky", especie de asado de pollo, que sólo merecía elogios. Todo esto fue rociado abundantemente con la excelente cerveza escocesa.

Pero el plato principal consistía en un "haggis", pastel nacional hecho con distintas clases de carne. Este manjar delicioso, que inspiró al poeta Burns una de sus mejores odas, tuvo la suerte de las cosas hermosas: pasó como un sueño...

Madge recibió las sinceras felicitaciones de su huésped. El almuerzo concluyó con un postre compuesto por quesos, "cakes" - torta de avena - muy bien preparados, acompañados por unos vasitos de "usquebaugh", aguardiente de cereales que tenía veinticinco años, es decir, la edad de Harry.

Esta comida duró una hora. James Starr y Simon Ford no sólo almorzaron, sino que aprovecharon para conversar largamente, sobre todo, de la vieja Aberfoyle.

Harry había permanecido silencioso. Dos veces salió de la casa, y era evidente que experimentaba cierta inquietud, tras el incidente de la roca caída al paso del ingeniero. Quería observar los alrededores del "cottage”. El anónimo, por otra parte, no era muy tranquilizador.

Fue durante una de estas salidas cuando el ingeniero dijo a la vieja Madge y a Simon Ford:

-¡Un magnífico muchacho, amigos míos?

-¡Sí, señor! Un joven muy bueno y atento - repuso el viejo minero con justificado orgullo paternal.

-¿Es feliz con ustedes en este "cottage"?

-¡Nunca nos abandonaría?

-¿No piensan en casarlo?

-¡Casar a Harry! - exclamó Simon -. ¿Y para qué? Con una muchacha de "allá arriba", amante de las fiestas, el baile, y que preferiría su clan a nuestra mina. ¡Harry no querría...!

-Simon, ¿tú no pretenderás que Harry permanezca soltero? -intervino Madge en la conversación.

-Yo no pretendo nada, ¡pero no hay apuro para eso! - repuso el viejo minero -. Quién sabe si no le encontraremos...

En ese instante entró Harry y Simon Ford se calló.

Cuando Madge se levantó de la mesa, todos la imitaron y fueron a sentarse en la puerta del "cottage".

-Y bien, Simon - dijo el ingeniero -. Le escucho.

-Señor James, no necesito sus oídos, sino sus piernas. ¿Ya ha reposado lo suficiente?

-Estoy perfectamente repuesto, Simon. Listo para acompañarlo donde usted quiera.

-Harry - dijo entonces Simon Ford -. Enciende lámparas de seguridad.

-¿Lleva lámparas de seguridad? -gritó casi James Starr, asombrado, pues las explosiones de grisú no eran de temer en una mina absolutamente desprovista de carbón.

-Sí ... ¡por prudencia?

-No irá usted a hacerme poner ropas de minero, ¿verdad?

-¡Todavía no! -repuso el antiguo capataz, cuyos ojos brillaban misteriosamente en las hundidas órbitas.

Harry, que había entrado en el "cottage", salió nuevamente llevando tres lámparas de seguridad, y entrego una a su padre, otra al ingeniero, guardando la tercera para él mismo.

-¡En marcha! -dijo Simon Ford, tomando un sólido pico que estaba apoyado contra la pared de la casa.

-¡En marcha! - repitió el ingeniero- . ¡Hasta luego, Madge!

-¡Dios os acompañe! -repuso la escocesa.

-Queremos una buena cena - recomendó Simón -. ¡Tendremos hambre al regreso, y le haremos honores!

CAPITULO 6
ALGUNOS FENOMENOS INEXPLICABLES

Es notorio hasta qué punto son supersticiosos los escoceses. En ciertos clanes, los arrendatarios de los grandes terratenientes, reunidos para pasar la velada, gustan de repetir las narraciones que heredaron de la mitología nórdica. La instrucción, si bien liberalmente extendida en todo el país, no ha podido todavía reducir al estado de simples invenciones esas leyendas, que parecen heredarse con el suelo mismo de la vieja Caledonia. Es todavía el país de los espíritus y de los aparecidos, de los duendes y las hadas. Allí aparece continuamente el espíritu maligno, el "Seer" de las Tierras Altas, que por su clarividencia predice las muertes próximas; el "May Moulach", que se muestra bajo la forma de una muchacha con brazos peludos, que previene a las familias sobre los males que les sobrevendrán; el hada "Branshie", que anuncia los acontecimientos funestos; los "Brawnies", que cuidan el moblaje doméstico; el "Urisk”, que frecuenta particularmente las salvajes gargantas del lago Katrine, y tantas otras.

Es inútil aclarar que la población de las minas escocesas debía surtir su contingente de leyendas y de fábulas a este repertorio mitológico. Si las montañas de las Tierras Altas están pobladas por seres quiméricos, buenos y malos, con mayor razón las entrañas de la tierra deben hallarse encantadas hasta sus mayores profundidades.

¿Quién hace temblar los yacimientos durante las noches de tormenta? ¿Quién lleva sobre los filones inexplorados a los buscadores? ¿Quién incendia el grisú y provoca las terribles explosiones? Naturalmente, algún genio de las minas.

Esto es por lo menos lo que creen esos supersticiosos escoceses. En verdad la mayor parte de los mineros creen voluntariamente en lo sobrenatural, cuando sólo se trata de fenómenos puramente físicos y sería perder el tiempo tratar de convencerlos.

Por ello las minas de Aberfoyle, que pertenece al país de la leyenda, se prestaban a todas las interpretaciones sobrenaturales posibles.

Las leyendas locales abundaban. Es preciso aclarar que algunos fenómenos inexplicables hasta ahora, debían provocar nuevas narraciones fantásticas, que daban más alimento a la credulidad del pueblo.

Entre la primera fila de los supersticiosos de la mina Dochart figuraba Jack Ryan, el alegre compañero de Harry. Era el más ferviente partidario de lo sobrenatural que se pudiera buscar. Todas las historias fantásticas, las transformaba en canciones, que le hacían tener mucho éxito durante las largas veladas invernales.

Pero Jack Ryan no era el único que hacia gala de su credulidad. Sus camaradas afirmaban, no menos convencidos, que las minas de Aberfoyle estaban encantadas, y que algunos seres intangibles aparecían frecuentemente, como en las Tierras Altas. Al oírlos parecería que lo extraordinario hubiera sido que las cosas no pasaran así ¿Acaso hay un medio mejor dispuesto que una oscura mina para las apariciones de genios, elfos y todos esos actores de los dramas fantásticos del Más Allá?

Los decorados estaban listos, ¿por qué entonces no iban a participar los seres extraordinarios en la representación?

Así razonaban Jack Ryan y sus camaradas de las hulleras. Se decía que las diversas galerías se comunicaban entre si, y que las minas también, por medio de pasadizos subterráneos abiertos a través de todo el condado de Stirling, como un vasto hormiguero.

Los mineros de las distintas galerías se encontraban a menudo, al ir a trabajar o al volver. Por eso resultaba muy fácil conversar y hacer circular de una a otra mina las historias que tenían origen en cada una de ellas. Así los relatos se transmitían con una rapidez maravillosa, pasando de boca en boca y modificándose continuamente.

Empero dos hombres, de temperamento más positivos y mayor instrucción que el resto, habían resistido a tales cuentos. Eran Simon

Ford y su hijo. Y lo probaron al continuar habitando la sombría cripta en que se hallaban, tras el abandono de la mina Dochart. Tal vez la buena Madge experimentaba ciertos resquemores hacia lo sobrenatural, como toda escocesa de las Tierras Altas. Pero los relatos de aparecidos habían quedado reducidos a contárselos a sí misma, para no olvidar las tradiciones...

Simon y Harry Ford, aunque hubiesen sido tan crédulos como sus camaradas, no habrían abandonado la antigua mina a los duendes y las hadas. La esperanza de descubrir un nuevo filón les hubiera hecho combatir contra toda una falange de elfos. Pero no siendo crédulos, creían una sola cosa: que era imposible que el yacimiento de Aberfoyle estuviera totalmente agotado.

Al respecto se puede decir que Simon Ford y su hijo tenían "la fe del carbonero", es decir, una fe en Dios que nada hace tambalear.

Por esto, desde hacia diez años, ambos, padre e hijo, iban todos los días armados de sus picos, a golpear las rocas en busca del sonido favorable. Hasta que los sondeos les llevasen al granito de los terrenos primarios, los dos estaban seguros que la búsqueda, inútil al presente, podía ser proficua en el mañana, y que debía reanudarse. Su vida entera la pasarían tratando de dar nuevamente a las minas de Aberfoyle su antigua prosperidad. Si el padre sucumbía antes que llegara esa hora, el hijo proseguirla su trabajo.

Al mismo tiempo, esos dos apasionados guardianes de la hullera la visitaban continuamente para controlar su buen estado de conservación.

Así se aseguraban de la solidez de las galerías. Controlaban vigas y Pilares, y advertían cuando un corredor era demasiado inseguro y debía ser cerrado. Examinaban también las filtraciones de las aguas superiores, y las canalizaban, enviándolas a algún pozo.

En fin, se habían convertido en los protectores de un dominio improductivo, del que salieran tantas riquezas convertidas en humo.

Fue durante estas excursiones cuando Harry se sintió sorprendido por ciertos fenómenos, que buscó en vano explicar.

Así, muchas veces, cuando seguía alguna estrecha galería le pareció oír los ruidos que hubiera producido un pico golpeando violentamente contra la pared medianera. Como era un muchacho que no temía ni a lo sobrenatural ni a lo extraordinario, había apresurado el paso para sorprender el origen de ese misterioso trabajo.

El túnel estaba desierto. La lámpara del joven minero, paseada sobre las paredes, no había dejado ver ninguna traza de golpes recientes de piqueta o martillo. Harry se preguntaba entonces si no sería objeto de una ilusión auditiva, o de algún eco fantástico.

Otras veces, al proyectar la luz de su lámpara hacia un ángulo oscuro, creyó ver huir una sombra. Rápidamente se lanzó en su persecución, pero nunca pudo ver nada fuera de lo común...

Por último, en oportunidad de estar visitando la parte oeste de la mina, oyó la explosión de un cartucho de dinamita, cuyas lejanas detonaciones llegaron hasta él claramente. La última vez, tras minuciosas investigaciones, pudo descubrir que una pared acababa de ser volada por un explosivo. A la luz de su lámpara Harry examinó atentamente la pared atacada. No era un simple muro elevado con trozos sueltos de piedras, sino que se trataba de un panel de roca que penetraba en el yacimiento hullero. ¿La explosión se había provocado en busca de un nuevo filón carbonífero? ¿O acaso se trataba de sepultar definitivamente la mina? ... Cuando el viejo Simon supo el descubrimiento de su hijo tampoco pudo aclarar la duda que ambos experimentaron al respecto.

-Es singular - repetía Harry frecuentemente -. Parece imposible que en la mina haya un desconocido para nosotros. . . y sin embargo no podemos poner en duda su presencia. ¿Y qué buscarla otro hombre, si no existe una vena explotable? ¿O acaso trata de sepultar Ja que queda de las minas de Aberfoyle? Pero. . . ¿para qué? ¿Con qué fin? ¡He de saberlo aunque me cueste la vida!

Quince días antes del viaje de James Starr, el muchacho había estado a punto de terminar sus búsquedas exitosamente.

Recorría el extremo sudoeste de la mina con su fanal en la mano, cuando de pronto le pareció que una luz acababa de apagarse a un centenar de metros de distancia. El muchacho se precipitó hacia la luz sospechosa.

Búsqueda inútil. Pero como Harry no admitía para las cosas físicas una explicación sobrenatural, concluyó por imaginar que efectivamente había un desconocido que rondaba por la mina.

Al no tener resultados en su búsqueda, dejó que el azar le ayudara a desentrañar el misterio. De tanto en tanto siguió viendo a lo lejos luces, que desaparecían casi inmediatamente, y se vio obligado a aceptar que era imposible descubrir las causas.

Si Jack Ryan y los otros supersticiosos lugareños hubieran visto esas luces, habrían atribuido a causas sobrenaturales las luces misteriosas. Pero Harry no pensaba lo mismo, y tampoco el viejo Simon Ford. Lo interesante era que en ningún momento se había ejercitado acto alguno de violencia contra ambos.

Si la roca caída a los pies de James Starr había sido arrojada por una mano criminal, ése era el primer acto de tal naturaleza cometido. El ingeniero pensaba que se trataba de un desprendimiento natural, pero Harry no fue de esa opinión. Sin un impulso humano nunca hubiera podido trazar ese recorrido...

Así pues, Harry veía en eso un atentado contra su padre y él, o tal vez contra el ingeniero. Y después de lo que se sabía, conviene decir que tal vez el muchacho estaba en lo cierto.

CAPITULO 7
UN EXPERIMENTO DE SIMON FORD

El viejo reloj de la sala marcaba las doce y James Starr junto a sus dos compañeros salieron de la cabaña.

La rotonda estaba apenas iluminada por la escasa luz que entraba a través del pozo de ventilación, pero aún así era innecesario el uso de la lámpara de Harry. No obstante, cuando llegaran al fondo de la mina, haría falta la iluminación artificial. Porque el viejo capataz quería llevar a Harry hasta el final mismo de la mina Dochart.

Habían ya recorrido más de cuatro kilómetros por la galería principal, cuando llegaron los tres integrantes de la "expedición" a la entrada de un estrecho túnel. Éste era de menor altura y su bóveda estaba apoyada en un armazón de madera, cubierta de musgo. A más de mil quinientos pies de profundidad, el túnel seguía el curso del Forth.

Mientras iban recorriendo el camino, Simon Ford recordaba a James Starr los detalles del laberinto de la mina, basado en el plano de la misma. Delante de ellos Harry iluminaba el camino y la lámpara formaba caprichosas figuras con su luz.

-¿Falta mucho? -preguntó el ingeniero.

-Más o menos un kilómetro - respondió Simon -. ¡Qué poco hubiéramos tardado cuando estaban las zorras mecánicas! ... Pero ese tiempo ya pasó. . .

-Y ... ¿Vamos hasta el final del último filón?

-Sí; parece que usted recuerda muy bien todos los detalles de la mina...

-Bueno. Creo que no es posible seguir.

-Así es, señor Starr. El último pedazo de hulla fue sacado de allí. ¡Lo recuerdo perfectamente, porque fui yo quien dio el último golpe de azadón... y el golpe fue más rudo para mi que para la piedra! Porque lo único que quedaba era arena... Al salir la zorra con su última carga, la seguí con el corazón apenado. como si asistiese al entierro de un ser querido. . ., ¡como si se fuese con el alma de la mina agotada...!

El profundo sentimiento de las palabras del viejo capataz impresionó vivamente al ingeniero, el que compartió sus pesares. Creía ver en él al comandante obliga o a abandonar su nave en peligro... o al noble que presiente la ruina de la casa de sus antepasados.

James Starr, con verdadera emoción, estrechó la mano de Ford, el que a su vez dijo:

-Sin embargo... ¡Que manera de equivocarnos todos ese día! ¡Estoy seguro que no fue un "cadáver" lo que abandonamos! ¡El corazón de la mina late todavía, señor Starr...!

-¡Por Dios, Simon! ¡Hable usted! ¿Acaso han encontrado un nuevo filón? ¡Al recibir su carta fue lo que imaginé! ¿Qué otra cosa podía ser? ¿Qué podría interesarme más que el descubrimiento de otra capa carbonífera?

-Señor Starr..., es que... no he querido decírselo a nadie antes que a usted ...

-Bien hecho, Simon... bien hecho, pero...¿cómo es que usted está tan seguro de haber hallado ese depósito?

-Es que no se trata de un depósito, señor Starr...

-¿Y qué es entonces?

-Bueno... ¡sólo la prueba de su existencia!

-¿Y qué prueba es ésa?

-¿Puede acaso haber desprendimiento de carburo de hidrógeno si no hay hulla que lo produzca... ?

-No; claro que no. Si no hay causas tampoco hay efectos... y si no hay carbono tampoco puede haber grisú ...

-¡Como que no puede haber humo sin fuego! ...

-Y... ¿ha podido realmente comprobar nuevamente la presencia del hidrógeno protocarbonado?

-Señor Starr; no crea que un minero experimentado puede engañarse así no más. No dejaría de reconocer por nada del mundo a nuestro mayor enemigo: ¡el carburo!

-Pero ¿no podría ser otro gas? - insistió el ingeniero -. Porque el carburo no tiene olor..., ni tampoco color... sólo es posible reconocerlo por las explosiones.

-Mire, señor Starr; le voy a contar las cosas sin rodeos. . ., qué es lo que hice...., cómo lo hice...., en fin; pero sin rodeos, a mi manera...¿me permite?

James Starr, que conocía muy bien al viejo capataz, sabía que lo mejor en dejarlo hablar.

-Durante diez años - continuó Simon -, Harry y yo no hemos hecho más que pensar en el momento en que la mina volviese a su antigua prosperidad. Si podía existir otro depósito lo encontraríamos. ¿Cómo hacerlo? ¿Con la sonda? No; no servía. Pero nuestro instinto de mineros habría de conducirnos. Porque yo creo que el instinto es a veces más positivo que la razón...

-De acuerdo -respondió el ingeniero.

-Durante sus excursiones - prosiguió Simon -, Harry había visto un par de veces, en el sector oeste de la mina, pequeños resplandores que se extinguían de inmediato. ¿Qué es lo que los provocaba? No tengo seguridad. . ., pero para mi, eran producidos por el carburo... y donde hay carburo hay filón de hulla.

-¿Y no se produjo ninguna explosión? -pregunto interesado el ingeniero.

-Sí; algunas pequeñas que ocasionaba yo mismo cada vez que quería estar seguro de la presencia del gas. ¿Recuerda cómo era evitada la explosión antes que nuestro "protector", Humphy Davy nos legase la lámpara de seguridad?

-¿El método del "penitente"? Sí, pero nunca pude ver cómo se practicaba.

-Tiene razón, señor Starr. . ., a pesar de sus cincuenta y cinco años es usted demasiado joven para poder recordarlo. Pero yo, que tengo diez años más, he visto actuar al último "penitente" en esta mina. Se le llamaba así porque vestía una larga túnica como si fuera un fraile. Su verdadero nombre era "fireman". En ese entonces, el único recurso era

producir pequeñas explosiones antes que el gas se juntara en cantidades mayores en lo alto de las galerías. Y ésa era la tarea del `penitente", que cubierto por sus largos ropajes, envuelta su cabeza con capuchón y su cara enmascarada, se iba arrastrando por el suelo, aprovechando las capas bajas de aire puro. En su mano derecha llevaba una antorcha; la elevaba lo más posible y cuando había grisú mezclado con el aire se producía la reducida explosión, evitándose así las catástrofes. Es claro que más de una vez el penitente, herido por la misma explosión moría. Pero siempre había otro que lo reemplazaba. Ese fue el sistema utilizado hasta que se adoptó la lámpara de Davy. Y ése fue también el sistema que yo aproveché y que me permitió descubrir la presencia del carburo de hidrógeno.

En efecto; la explicación de Simon Ford era exacta y de tal manera se procedía antiguamente para purificar el aire en las minas. Por que la atmósfera enrarecida por ese gas es inapta para ser respirada. Además, el "grisú", unido en proporciones entre el cinco y cl ocho por ciento con el ambiente, produce las tan temidas explosiones casi siempre con resultados catastróficos. Para poder conjurar ese peligro se usa la lámpara de Davy, en que la llama está dentro de un tubo metálico, de esa manera se quema el gas que penetra en el tubo pero la inflamación no se propaga al exterior. Además, la misma lámpara tiene una serie de dispositivos de seguridad. Si se llega a romper el tubo o sí es abierta, se apaga automáticamente. Pero a pesar de todas estas medidas, hay veces que ocurren desgracias porque ... es imposible evitar la imprudencia de un minero que pretende prender su pipa, o la chispa producida por el roce de una herramienta.

Aparte de lo que ya significa en si la explosión, el peligro radica también en el ácido carbónico que se desprende y que puede matar rápidamente a quien lo respire. Es claro que hay algunas minas, como la de Thiers, en la cuenca de Anzin, donde la hulla no es grasosa y por lo tanto no se forma el tan temido gas; pero éstas son las menos.

A medida que habían ido recorriendo las galerías, el ingeniero, siempre atento a las explicaciones del viejo capataz de la mina, había

analizado la situación. £1 pensaba también que no podía haber gas de carbono sin la presencia del material tan buscado, pero... ¿se tratarla de una veta de real importancia... ? ¿O sólo sería un pequeño depósito?

-Ya estamos - dijo el viejo -. Gracias a Dios que usted ha podido venir... ahora saldremos de la duda. . .

La emoción hacia temblar ligeramente la voz del ex minero.

-Calma, mi querido Simon..., calma. Yo también estoy emocionado por el posible descubrimiento. Pero es mejor que no perdamos tiempo.

La galería se ensanchaba en esa parte, formando una especie de caverna de bastante tamaño. Allí no se había practicado ningún pozo, no existiendo ninguna comunicación con la superficie del condado de Stirling. Todos, en especial el ingeniero, se pusieron a revisar palmo a palmo el terreno. Se notaba bien a las claras la dureza de la pared de esquistos. ¡Y hasta los últimos golpes de los azadones que habían arrancado a las entrañas de la tierra todo el combustible!

-Fue aquí mismo donde comprobamos la presencia del gas - dijo Simon -. De modo que detrás de esta pared de esquisto y arenisca debe estar el filón que buscamos... ¡Estoy seguro de ello, señor Starr!

-¿Sobre la superficie de estas rocas? -preguntó el ingeniero.

-Sí, señor Starr. Aquí mismo. Y he podido encenderlo con sólo acercar la llama de la lámpara. Harry también lo hizo.

-¿A mucha altura?

-Más o menos a unos diez pies del suelo -respondió Harry.

James Starr se sentó sobre una roca. Meditaba. . .

No podía dudar de la sinceridad ni de los conocimientos de los dos mineros pero. . ¿cómo no percibía él la presencia del gas? Porque el carburo de hidrógeno no es totalmente inodoro. ¿Se habrían equivocado? No. No eran hombres como para dejarse engañar ..., y sin embargo ...

Deseaba fervientemente que se procediera a realizar la prueba de las "pequeñas explosiones". Pero en ese momento el joven Harry confirmó sus dudas, al decir:

-Padre... el gas parece que no escapa por las láminas de esquisto...

-¿Que no escapa... ?

Simon Ford aspiró fuertemente por la nariz. Haciendo un gesto brusco tomó la lámpara que tenía Harry, separó la cubierta metálica de la misma y... la llama comenzó a parpadear al aire libre..., pero sin ninguna otra manifestación..., sin demostrar la más mínima presencia del gas buscado.

Tomando una vara bastante larga, continuó la búsqueda por las partes más altas de las capas de aire... y la llamita continuó sin dar la menor señal del hidrógeno protocarbonado.

-¡A la pared! -casi gritó el ingeniero.

-Sí -dijo Simon y acercó aún más la lámpara hacia la pared donde días antes su hijo y él habían notado la presencia del gas.

Como las manos del viejo minero temblaban al querer subir más y más la lámpara hacia las grietas del esquisto, Harry se hizo cargo de la maniobra, tomando el palo y acercándolo lo mas posible a los lugares en que las grietas parecían abrirse..., pero el resultado siguió siendo negativo. No hubo ninguna inflamación. Estaba bien a las claras que no había absolutamente nada de gas en esa parte.

-¡Nada! -suspiró Simon Ford, frunciendo el ceño en señal de cólera.

En ese momento Harry dio un grito de sorpresa.

-¿Qué te ocurre? -preguntó James Starr.

-¡Que han tapado las grietas!

-¡No puede ser! -exclamó el minero.

-¡Pues mire usted, padre!

Harry no estaba engañado. La obturación de las grietas era bien visible aun a la débil luz de la lámpara. Se notaba con toda nitidez la mezcla con cal que tapaba las grietas, aunque habían procurado disimularla con polvo de carbón.

¡Ha sido él! - exclamó Harry -. ¡No puede haber sido sino él! ...

-¿ÉI?... -repitió Starr.

-... Sí..., él..., ese ser misterioso a quien tantas veces he sentido en el interior de la mina y que nunca pude darle alcance. . ., ya no es posible dudar. Es el mismo que trató de impedir que usted concurriera a la cita que le diera mi padre. . ., el que nos arrojó la piedra en la galería del pozo Yarow... ¡No cabe ninguna duda! ¡En todo esto está la mano malintencionada de algún hombre!

La misma energía con que hablaba Harry, hizo que el ingeniero se sintiera contagiado por sus palabras. Ya no hacía falta convencerle; él mismo había comprobado que los lugares por donde podía haber un escape de gas habían sido obturados artificialmente.

-¡No charles tanto y súbete a mis hombros, Harry. El viejo Simon todavía puede soportar el peso de su hijo sobre sus espaldas...

El anciano minero se acercó lo más posible a la pared y Harry, con su pico, destapó la parte de la pared obturada. De inmediato oyeron el característico "puf" del gas al salir con cierta presión. Harry acercó la llama de la lámpara y de inmediato pudieron escuchar una detonación... y una pequeña llamita roja, con ribetes azulados, comenzó a errar por la superficie de la pared como un "fuego de San Telmo".

-¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra! ... ¡El gas está ardiendo! ¿Lo ve usted, señor Starr? ¡El filón no puede estar lejos...!

CAPITULO 8
UNA EXPLOSION DE DINAMITA

Ya no podía dudarse de la presencia del precioso combustible. La experiencia realizada no dejaba otra alternativa. Sólo faltaba determinar qué cantidad había y de qué calidad era la hulla. Sería necesario reconstruir todos los materiales para su extracción, ya que los pocos que quedaban estaban arruinados por los diez años en desuso. Pero... ¡habían encontrado lo que buscaban...! ¡Y esta vez iban a explotar el producto hasta el final! ...

-Bien, señor Starr - preguntó Simon -, ¿cree que he hecho mal en hacerle venir nuevamente hasta la "vieja Dochart"? ¿Qué le parece el descubrimiento?

-Magnifico, mi buen amigo - respondió James Starr -. ¡Esto si que es saber ganar el tiempo!. . ., pero...lo mejor ahora es volver a la cabaña. Mañana estaremos de vuelta por aquí..., volaremos esta pared con dinamita y... buscaremos el nuevo filón, lo sondearemos y si realmente es importante, organizaré otra vez la sociedad, la Nueva Aberfoyle; ¡es necesario que antes de tres meses hayamos obtenido las primeras toneladas de carbón!

-¡Así se habla, señor Starr! - exclamó Simon -. ¡La vieja mina se va a sentir como nueva. . ., como viuda que vuelve a casarse! ¡Todo será animación. . ., los golpes de los picos y los azadones, el relincho de los caballos, el chirriar de las zorras, el zumbido de las máquinas. ¡Y yo volveré a ver todo esto!. . . , porque no me considerará usted demasiado viejo para volver a mi trabajo. ¿Verdad, señor Starr... ?

-¡Oh, no, mi querido Simon! Claro que no. ¡Si parece usted más joven que yo!

-¡Y que Dios nos dé su protección! ... Usted seguirá siendo nuestro "viewer". ¡Lo único que pido es poder mirar sin llegar a ver su fin...

La alegría del viejo minero era desbordante y James Starr la compartía, aun sin hacer tantas demostraciones. En cambio, Harry

estaba algo pensativo. No podía dejar de recordar las circunstancias más bien curiosas en que se había hecho el descubrimiento.

Una hora más tarde, James Starr y sus acompañantes estaban de regreso en la cabaña.

El ingeniero demostró tener muy buen apetito; mientras comían, estuvieron haciendo planes para los próximos pasos a dar. Y si no hubiese sido por la impaciencia de esperar el día siguiente, James Starr habría dormido como nunca en la absoluta quietud del "cottage".

El nuevo día llegó. Con él los preparativos para el nuevo material que utilizarían en los trabajos preliminares del momento, todo lo cual ocupó la mañana. Después de un suculento almuerzo, James Starr, Simon y Harry Ford y la misma Madge emprendieron el camino de la víspera. Además de un gran farol, Harry llevaba una lámpara de seguridad cuya luz podía durar hasta doce horas. Mucho más que lo suficiente para ir y volver, aun contando con el tiempo necesario para una exploración por el interior de las galerías.

El más entusiasmado fue siempre el viejo minero, que en cuanto llegaron quiso arremeter contra la cerrada pared provisto de una pesada palanca.

-¡Vamos! ¡Manos a la obra!...

-¡Bueno, bueno! ¡Espere un momento! -interrumpió James Starr-. Lo mejor será ver primero si todo está como lo dejamos ayer; observemos si continúa la salida de gas. . .

-Tiene razón, señor Starr. Así como la habían tapado ayer, también la pueden haber obturado hoy...

Madge observaba desde una roca todos los preparativos.

Una vez que comprobaron que todo estaba como el día anterior, que el gas continuaba desprendiéndose desde los esquistos, aunque lentamente, y que no había por lo tanto peligro de una explosión violenta, pusieron manos a la obra. Bajo la fuerte presión de la gruesa palanca, no tardaron en saltar los trozos de la roca.

James Starr, mientras tanto, examinaba con toda atención los pedazos de roca así saltados, en busca de vestigios de carbón.

En esta tarea preliminar se les fue más de una hora, al cabo de la cual tenían abierto un buen boquete en la pared. James Starr eligió el lugar para minar el grueso paredón, tarea que realizó Harry, ampliando los boquetes con martillo y escoplo. Fueron puestos los cartuchos de dinamita, con mecha embreada y con un detonante de seguridad. Encendieron la mecha y se alejaron.

-¡Ah, señor Starr!. . . -la emoción casi no dejaba hablar a Simon Ford-. Es tanta mi impaciencia que desearía atacar yo mismo el filón ...

-¡Calma, Simon! ... ¡Calma! -dijo el ingeniero-. No creerá que encontraremos ya las galerías preparadas detrás de esa pared, ¿verdad?

-Tiene usted razón, señor Starr, pero. . ., ¡ya que hemos tenido suerte hasta ahora. . ., pues. . ., tengo todas las pretensiones posibles! ¿Por qué no ha de seguir la suerte acompañándonos... ?

Pocos momentos después la detonación de la dinamita acallaba las palabras. Un trueno y mil rezongos recorrieron las galerías.

James Starr, Simon y Harry Ford y Madge corrieron hacia la pared dinamitada.

-¡Señor Starr! ... ¡Señor Starr! ¡Mire usted esto! ¡Tenemos la puerta abierta! ...

La comparación que hacía Simon Ford era bastante aproximada, ya que se abría ante ellos un boquete cuya profundidad no era dado apreciar. Harry se disponía a entrar, cuando fue detenido por el ingeniero.

-Espera a que se purifique un poco el aire del interior -le dijo.

-Sí; hay que cuidarse de las emanaciones perniciosas --agregó Simon.

Esperaron durante un cuarto de hora, con verdadera ansiedad, al cabo del cual introdujeron, atada a un largo palo, la lámpara de seguridad con el tubo metálico ligeramente entreabierto. . . y la llama siguió brillando con inmutable nitidez...

-¡Adelante, pues! -dijo el ingeniero-. ¡Adelante, Harry! Nosotros vamos detrás de ti.

El boquete era lo bastante grande como para permitir el paso de un hombre. Harry penetró por él, con la lámpara iluminando su camino. No bien traspuso el boquete, la obscuridad pareció absorberlo. Pasó un minuto. Harry no daba señales de su presencia... Starr se aproximó al agujero pero le fue imposible ver nada. ¿Habría caído el muchacho en algún desnivel? ¿Qué causa no permitía dar aviso a sus compañeros?.. .

Simon Ford no soportó esa espera y cuando ya se disponía ir en busca de su hijo, alcanzó a distinguir un vago resplandor, que se fue haciendo cada vez más patente; de inmediato se oyó con toda claridad la voz de Harry que decía:

-¡Adelante, señor Starr! ¡Venga usted, padre, que ya está abierto el camino de la Nueva Aberfoyle!

CAPÍTULO 9
LA NUEVA ABERFOYLE

Si alguna fuerza sobrenatural hubiese permitido a los ingenieros levantar, de un solo golpe y a una profundidad de mil pies, toda la superficie de los condados de Stirling, Dombarton y Renfrew, habrían encontrado una gigantesca excavación comparable a la gruta del Mamut en Kentucky.

Mil recovecos formaban esa excavación, que semejaba una enorme colmena, cuyos laberintos, en lugar de albergar abejas, hubiesen sido capaz de alojar a todos los megaterios, ictiosaurios y pterodáctilos de la correspondiente época geológica.

Y esos laberintos de galería, que rivalizaban en altura, se unían con naves laterales más estrechas siguiendo algunas direcciones horizontales y oblicuas otras, pero uniéndose entre ellas de manera de dejar libre la comunicación entre sí.

Centenares de columnas de todos los estilos conocidos por el hombre y muchos más, sostenían esa maravillosa demostración de arquitectura natural. Y en las entrañas de la construcción, terrenos de areniscas y rocas estratificadas oprimían fuertemente ricas vetas carboníferas, que recorrían el laberinto como si fuera la rica sangre de las profundidades de la tierra. La extensión de los depósitos era de casi de setenta y cuatro kilómetros de norte a sur, alcanzando hasta una parte del canal del norte. Si bien no era posible tener una sensación exacta de la importancia de la mina sin hacer uso de la sonda, era evidente que podía exceder a las capas carboníferas del país de Gales y a los grandes depósitos de Newcastle, que yacían en el condado de Northumberland.

Por otra parte, parecía que la naturaleza hubiera querido hacer fácil la explotación de la mina, porque estaba llena de galerías y túneles que la surcaban en todas direcciones.

¡Si! ¡Obra exclusiva de la Naturaleza! Porque si bien a primera vista podría suponerse que era una vieja explotación olvidada, no era dable creerlo, pues el hombre no deja de lado una riqueza semejante.

Y la ambición humana no había aún roído esa porción del subsuelo escocés.

Pero ninguna de las bóvedas subterráneas de la época egipcia, ninguna de las famosas catacumbas romanas hubiesen podido competir con esta enorme cavidad, salvo la ya mencionada gruta del Mamut, que en una extensión de aproximadamente treinta y siete kilómetros encierra doscientas veintiséis calles, once lagos, siete ríos, ocho cataratas, treinta y dos pozos insondables y cincuenta y siete bóvedas, algunas de las cuales están suspendidas a más de cuatrocientos pies de altura. . ., y al igual que ellas, la Nueva Aberfoyle no era obra de la mano de hombre sino del Sumo Hacedor. . .

Tal era la inmensa riqueza descubierta por la tenacidad imperturbable del un viejo minero. La constancia de diez años de búsqueda, unida al conocimiento profundo en la materia, un sexto sentido especial y a una fe absoluta en la posibilidad de obtener resultados positivos. Porque la casualidad, que tiene gran importancia en los descubrimientos de esa naturaleza, había detenido años atrás los trabajos de sondeo que dirigiera James Starr, en la misma frontera del éxito. . ., pero no había sido capaz de detener el entusiasmo del viejo capataz.

Sólo faltaba el sol para hacer de este verdadero "condado" subterráneo un lugar confortable para establecer una población. El agua se agrupaba en grandes depresiones, en cantidades aún mayores que el lago Katrine, situado justamente encima. Es verdad que estos lagos bajo tierra no tenían movimiento en sus aguas, ni reflejaban las líneas de castillos o abedules en su superficie, ni tampoco había montañas que proyectaran su sombra.

Las embarcaciones a vapor no surcaban esas milenarias aguas y la luna no se elevaba nunca sobre su horizonte. . ., pero a pesar de ello,

esos lagos de grandes profundidades, de tersura inmaculada, no dejarían de tener su encanto particular a la luz de un "astro" artificial...

Aunque inapto para la vegetación, aquel subsuelo podría servir de morada a todo un pueblo. ¡Y vaya a saber si aquella atmósfera de temperatura constante de la Nueva Aberfoyle, lo mismo que Newcastle, Alloa o Cardiff, agotados ya sus depósitos, no podría servir de albergue a la clase humilde del Reino Unido que buscara refugio en ellas...!

CAPÍTULO 10
LA IDA Y LA VUELTA

Al oír lo que decía Harry, James Starr, Simon y Madge se precipitaron por la abertura que ponía en comunicación la vieja mina con la nueva, encontrándose en una gran galería.

Efectivamente, parecía construida por la mano del hombre. Como si fuese un redescubrimiento de alguna antiquísima explotación, desconocida aún por los más antiguos mineros de la comarca. . .

¡Pero no! Las distintas capas geológicas conservaban su lugar en la galería, desde la época en que se había depositado los terrenos secundarios.

El aire circulaba libremente por los mil recodos; era notorio que existía ventilación natural. Quizá alguna comunicación directa con el exterior.

El gas que notaran anteriormente, parecía que se hubiese evaporado. No obstante, Harry - por precaución - usaba la lámpara de seguridad que había llevado, y que tenía para más de doce horas de luz.

La alegría se había adueñado de todos. No había más que hulla por todas partes. El anhelo estaba plenamente satisfecho. Simon Ford no expresaba su contento con largas frases sino con meras interjecciones.

Quizá estuvieran cometiendo una imprudencia en internarse tanto. Pero llevados por el entusiasmo, ninguno pensaba en la vuelta. No había interrupciones en el camino ... y los expedicionarios siguieron caminando por espacio de más de una hora, aun sin tener una orientación exacta de la ruta seguida en aquel túnel desconocido. Y hubiesen continuado la marcha, a no ser porque la galería terminaba en una inmensa caverna de la altura y profundidad incalculables.

¿Qué elevación tendría aquella profunda excavación? ... ¿A qué distancia se hallaría la pared opuesta?. . . La oscuridad reinante no permitía ni intentar descubrirlo. La escasa luz de la lámpara dejaba ver una gran extensión de agua tranquila; era un estanque o lago, de

pintorescas orillas, formadas por la irregular superficie de rocas que se perdía en las tinieblas.

-¡Alto! -exclamó Simon Ford-. ¡Si seguimos un paso mas nos despeñaremos al fondo del abismo!

-Mejor será que descansemos, amigos míos -dijo el ingeniero-. Creo que ya es hora de pensar en el regreso a la cabaña.

-Tenemos luz para diez horas más, señor Starr -intercaló Harry.

-Bien, bien. Pero detengámonos -añadió el ingeniero-. Tengo que confesar que mis piernas necesitan un descanso. ¿Y usted, Madge, no siente el cansancio de tan larga caminata... ?

-Todavía, no señor Starr -respondió la fuerte escocesa-. Ya estoy acostumbrada a las expediciones de horas enteras por la antigua Aberfoyle.

-¡Bah!, Madge sería capaz de andar diez veces lo caminado si fuera preciso -agregó Simon-. Pero. . ., digame, señor Starr. . ., ¿valía la pena o no la noticia que tenía que darle?

-¡Ah, compañero! ¡Hace mucho tiempo que no tenía una satisfacción tan grande! Ya, por lo poco que hemos recorrido de la mina, parece que es de bastante extensión... por lo menos en longitud.

-¡Y en ancho y también en profundidad, señor Starr! -respondió enfáticamente Simon Ford.

-Bueno. . ., eso ya lo veremos después.

-¡Pues yo estoy bien seguro! ¡Confíe en mi instinto de minero, que nunca me ha defraudado?

-Sí. Yo también quiero creerle, Simon -respondió el ingeniero-. Y por lo que ya se ve, puedo juzgar que tendremos para una explotación que puede durar siglos.

-¡Siglos! ¡Sí, siglos! -exclamó Simon-. Lo creo, señor Starr; lo creo. ¡Pasarán mil años y más aún antes que se haya podido sacar el "último" trozo de carbón de la nueva mina...!

-¡Dios le oiga! -añadió James Starr-. Y a lo que se refiere a la calidad del producto...

-¡Inmejorable, señor Starr; realmente soberbia! ¡Compruébelo usted mismo!

Añadiendo la acción a la palabra, sacó con el pico un trozo de carbón que estaba a sus pies.

-¡Mire usted! ¡Mire qué calidad! -agregó acercando la lámpara para facilitar la visión-. ¡Qué superficie más brillante! La hulla más rica en materia bituminosa. ¡Y podremos sacarla en grandes trozos, casi sin polvillo! Haremos la competencia a Swansea y a Cardiff. Pero a pesar de la cantidad, los fogoneros se la disputarán y la venderemos a buen precio ...

A todo esto, Madge había tomado el trozo de carbón y lo examinaba con ojos de conocedora.

-¡Es de la mejor calidad! -dijo-. Llévalo a casa, Simon. Quiero verlo arder en nuestra chimenea esta noche.

-Tienes razón -respondió el viejo minero-. ¡Ya veras como no me he equivocado!

-Señor Starr -interrumpió Harry-. ¿Tiene usted idea de la dirección en que hemos recorrido la galería ... ? ¿Se puede orientar desde la entrada de la nueva mina ... ?

-No, hijo mío -respondió el ingeniero-. Quizá con una brújula podría hacerlo, pero sin ella, estoy a ciegas. Como un marino en medio del mar, entre la bruma, sin poder orientarse por el sol o las estrellas

-Sí. . ., no hay duda -intercaló Simon-. Pero le ruego que no nos compare con los marinos, que siempre tienen una inmensidad de espacio bajo sus pies. Porque nosotros estamos en tierra firme y nunca corremos el riesgo de podernos ir a pique.

-Bueno, está bien -respondió James Starr-. No voy a contradecirlo. Nada está más lejos de mi imaginación que despreciar la Nueva Aberfoyle con comparaciones injustas. Lo único que quise manifestar es que no sabemos dónde estamos. . .

-Pues estamos en el subsuelo de Stirling, señor Starr. Yo aseguro que. . .

-¡Oigan! -gritó Harry interrumpiendo a su padre.

Todos prestaron atención. El intenso sentido del oído de Harry había percibido un sordo murmullo, el que no tardaron en escuchar Simon Ford, Madge y el ingeniero. Venla de las capas superiores de las rocas, aumentando acompasadamente su intensidad primero y luego disminuyendo.

Los cuatro permanecieron callados algunos minutos, escuchando con la mayor atención.

-¿Es que ya rodarán las zorras en la Nueva Aberfoyle? -preguntó Simon.

-Padre. . ., me parece que el ruido que oímos es el del agua al pasar cerca de la orilla ...

-¡Pero si no estamos debajo del mar! –objetó.

- No, efectivamente -repuso James Starr-. Pero sí es posible que nos encontremos debajo del lago Katrive.

-Entonces el espesor de tierra que nos separa de las aguas ha de ser bien pobre para que podamos oír su ruido ...

-Así es; muy poco -respondió el ingeniero-. Y probablemente se deba a eso el inmenso tamaño de esta excavación.

-Tiene razón, señor Starr -agregó Harry.

-Además -continuó Starr-, afuera es tan malo el tiempo que las aguas del lago deben estar más revueltas que las del golfo de Forth.

-Bueno ... ¿Y qué importancia tiene esto? –preguntó Simon-. El carbón no ha de ser peor porque se encuentre debajo de un lago. Total, no sería la primera vez que se busca carbón aun debajo del mismo océano. Porque... ¿acaso habría algún inconveniente en buscar las vetas bajo los abismos del canal del norte ... ?

-¡Muy bien dicho, Simon! -exclamó el ingeniero, sin poder ocultar una sonrisa por el entusiasmo evidenciado por el minero-. ¡Llevaremos nuestras galerías hasta debajo de las aguas del mar, dejaremos como espumadera el lecho del Atlántico y nos uniremos abriendo el camino a pico y pala, con nuestros hermanos de los Estados Unidos ... y si es preciso llegaremos al centro de la tierra para extraer el último trozo de hulla.

-Señor Starr. . ., usted lo está tomando a broma -rezongó Simon.

-¡Oh, no! ¡De ninguna manera!..., pero es usted tan entusiasta, que me ha contagiado a mí, llevándome hasta suponer lo imposible ... Pero volvamos a la realidad, que de todas maneras es bastante halagüeña. Dejemos aquí las herramientas, que ya encontraremos a nuestro regreso, y vayamos en camino de vuelta a la cabaña.

En efecto, nada era va más sensato que regresar.

En el momento oportuno, el ingeniero, con una dotación de mineros y todas las herramientas necesarias, volvería para recomenzar la explotación de la Nueva Aberfoyle. Lo que se imponía ahora era el regreso a la cabaña. El camino no podía ser difícil, pues las galerías corrían casi en línea recta entre las rocas, hasta la entrada flecha con la dinamita. No existía ningún peligro de extraviarse.

Cuando ya emprendían la marcha, Simon Ford, con muestras de visible emoción, manifestó a James Starr:

-¿Ve usted esa inmensa gruta. . ., ese lago con su playa que se extiende a nuestros pies. . Pues ... aquí mismo trasladaré yo mi morada. . ., y si algunos compañeros quieren seguirme. . ., ¡antes que transcurra un año, habrá una nueva población en las entrañas de las rocas de nuestra Nueva Inglaterra!

James Starr aprobó sonriente los proyectos del viejo minero. Le estrechó con calor la mano y junto con su hijo y precedidos por Madge, penetraron en la galería que los conducirla nuevamente a la mina Dochart.

Transcurrido el primer kilómetro de camino, ninguna contrariedad les hizo prever que tendrían dificultades. Harry, con la lámpara bien levantada, iba iluminando los múltiples túneles que salían hacia la derecha o izquierda del camino principal. Fue ese el momento en que una sería contrariedad hizo muy grave la situación de los exploradores. En oportunidad en que Harry levantaba la lámpara con el fin de iluminar el camino, se dejó sentir una ráfaga de aire, como proveniente de un aleteo de un ave invisible. Harry sintió que la lámpara era golpeada y se le fue de las manos. Cayó en el pedregoso suelo y se rompió.

Quedaron todos sumidos en la más profunda obscuridad. Era evidente que la linterna no podría usarse mas, ya que el aceite se había derramado.

-¿Qué has hecho, Harry? -preguntó Simon-. ¿Quieres que nos rompamos la cabeza antes de llegar a la cabaña...?

El joven no contestó. No estaba asustado. No; pero... ¿acaso se debería ese nuevo accidente al misterioso ser que los perseguía desde un comienzo? ¿Existía en realidad ese ser? ¿Podría haber alguien interesado en evitar a toda costa la explotación de la nueva veta descubierta... ? Parcela imposible, Y sin embargo, los hechos confirmaban de manera incontrovertible las presunciones...

La situación creada a los integrantes de la expedición era en verdad de lo más apurada. Faltaban aún recorrer nueve kilómetros por la galería y luego de salir de ella, tenían por delante casi una hora hasta llegar a la cabaña.

-Sigamos adelante sin perder un solo minuto -dijo Simon-. Si no nos apartamos del camino principal, lo que no será difícil conseguir, llegaremos inevitablemente a la abertura que nos diera entrada, y una vez en la vieja mina no habrá ninguna dificultad. De todas maneras no será la primera vez que Harry y yo la hayamos recorrido a obscuras. Además, allí encontraremos la otra lámpara, lo que nos facilitará el trayecto que falte recorrer. Andando pues. Ve tú adelante, Harry. Usted sígale a él, señor Starr, que Madge y yo cerraremos la marcha. Evitemos de cualquier modo el separarnos. Si es necesario nos iremos tocando...

Lo más sensato era seguir los consejos del viejo minero. . . y de todas maneras no quedaba otra alternativa. Había que substituir la vista por las manos y confiarse en el instinto de Simon Ford y de su hijo; gracias a Dios, ese sexto sentido era una nueva naturaleza en los dos mineros.

Así las cosas, emprendieron el viaje de regreso; ninguno hablaba. No era que les faltara algo en qué pensar. Todo lo contrario; pero. . ., ¿quién era el enemigo ... ? ¿Cómo defenderse de sus ataques... ? Esta

idea les obsesionaba, pero no era precisamente el momento de desanimarse.

Harry servía de guía. Avanzaba tanteando las paredes, buscando con sus manos todas las sinuosidades de la galería. De ese modo no podía apartarse del camino.

Las dificultades del viaje, aumentadas notablemente por la absoluta falta de luz, lo habían hecho durar ya casi dos horas. Por el tiempo transcurrido, James Starr calculaba que deberían estar cerca del fin de la galería.

Pocos segundos después, Harry detenía la marcha.

-¿Hemos llegado? -preguntó Simon Ford.

-Si -respondió el joven. -¿Encontraste la comunicación con la vieja mina?...

Y sus manos recorrían crispadas la superficie de la pared, que en todo momento era lisa. También el anciano procuraba encontrar la salida, pero lo único que palpaba era la roca esquistosa. Dejó escapar una exclamación... porque... o bien se habían perdido, o bien la pequeña abertura hecha en la pared por la dinamita había sido tapiada recientemente.

De cualquier manera, James Starr y sus compañeros, estaban encerrados en la Nueva Aberfoyle. . .

CAPÍTULO 11
LAS DAMAS DE FUEGO

Habiendo pasado ocho días de los acontecimientos antedichos, los amigos de James Starr estaban realmente intranquilos. El ingeniero había desaparecido y no era explicable de ninguna manera su ausencia.

Por intermedio del criado, llegaron a saber que se había embarcado en Granton y el capitán del vapor "Príncipe de Gales" les dijo que había descendido en Stirling. Pero ahí se perdía todo rastro y nada más se sabía de él.

Dado que en su carta Simon Ford le había pedido el mayor secreto, Starr no había contado nada de su viaje a las minas de Aberfoyle.

En Edimburgo, no se hacía más que hablar de la desaparición misteriosa del ingeniero. El presidente del Instituto Real, sir W. Elphiston, comunicó a sus colegas que por medio de una carta, James Starr le había manifestado la imposibilidad de asistir a la reunión habitual de la sociedad. Y otros socios, mostraron cartas similares.

Pero si todas estas misivas probaban que James Starr había salido de Edimburgo - lo que ya no era novedad - nada decían en cambio de su destino ni de su prolongada ausencia, lo que, lógicamente, causó primero sorpresa y luego inquietud entre sus allegados.

De más está decir que ninguno de los amigos podía tener ni la menor idea del viaje del ingeniero y menos aun que este estuviese en las minas de Aberfoyle. Porque se suponía que no había ningún aliciente para que regresase a una explotación agotada...

No había puesto los pies en el escenario de su antiguo trabajo desde el día que la vieja mina produjera su última tonelada de carbón. Pero, a pesar de ello, y por haber desembarcado en Stirling, se indagó allí. Pero no hubo ningún resultado. Nadie recordaba haberle visto. El único que podía haber dicho algo era Jack Ryan, quien le había encontrado junto a Harry en las escalas del pozo Yarow. Pero Jack trabajaba a setenta y cuatro kilómetros más allá, en la hacienda de

Melrose, al sur del condado de Renfrew y estaba totalmente ajeno a las inquietudes que afligían a los amigos de James Starr.

Ocho días después de su visita a la cabaña, Jack hubiese seguido participando en los cantos de las veladas del "clan" de Irvine, a no ser una serie de contrariedades que le ocurrieron, sobre las que se hablará más adelante.

James Starr era un hombre demasiado notorio, no solamente en la capital, sino en toda Escocia como para que su desaparición no fuese advertida.

El Lord Prebost, magistrado de Edimburgo, varias otras autoridades, concejales y amigos del ingeniero dieron comienzo a las más activas diligencias en procura de su encuentro, pero no pudieron descubrir absolutamente nada.

Se creyó entonces que sería conveniente dar publicidad al asunto en los periódicos del Reino Unido y así se hizo mediante una extensa nota referente a james Starr, su desaparición, la fecha de la misma, etc. Y no hubo más remedio que esperar. . ., por más que la ansiedad pública pretendiera otra cosa.

La gente de los círculos científicos de Inglaterra se resignaba ya a considerar como un hecho inevitable la desaparición de uno de sus más destacados integrantes.

También por Harry hubo quien se inquietó. Era su buen amigo Jack. Máxime que, como se recordará, ocho días antes, al encontrarse en el pozo Yarow, Jack Ryan invitó a Harry a la fiesta que se celebraría en el “clan" Irvine. Y Harry había aceptado gustoso. Sin embargo, aunque en dicha fiesta había sobrado el buen humor, sin faltar bailes, cantos ni diversiones de toda especie, Harry brilló por su ausencia.

Jack Ryan estaba bastante molesto por la ausencia de su amigo: Tanta era su preocupación que hasta olvidó la letra de una de sus canciones preferidas y quedó parado en medio de un baile que en otras ocasiones le hubiera valido aplausos de los presentes.

De más está decir que la publicación de los diarios, referente a la presunta desaparición del ingeniero James Starr, no había llegado a

oídos de Jack. No obstante, el muchacho sabía que si Harry le había fallado, se debería a alguna causa realmente grave, por lo que decidió viajar al día siguiente hacia la mina Dochart para averiguar lo ocurrido.

Seguramente lo hubiera hecho, a no ser por un accidente de bastante gravedad que estuvo a punto de costarle la vida ...

El suceso ocurrió la noche del 12 de diciembre y era en verdad como para dar razón a los que creían en poderes sobrenaturales ... estos eran muchos en Melrose ...

Veamos, pues, qué fue lo que ocurrió.

Irvine, población eminentemente marítima que cuenta con más de siete mil habitantes, perteneciente al condado de Renfrew, se encuentra ubicado en un brusco recodo de la costa de Escocia, casi sobre la desembocadura del golfo de Clyde.

En su puerto, se yergue un faro de bastante importancia, que señala a los navegantes la posición de la barra, de manera tal que un marino prudente no puede equivocarse. Los naufragios eran, por lo tanto, muy escasos en ese lugar del litoral y las embarcaciones, ya fueran pequeñas o de mayor escala, que quisieran entrar en el golfo de Clyde para ir a Glasgow o bien entrar en la bahía de Irvine, podían hacer sus maniobras con bastante tranquilidad, aun en las noches de mayor obscuridad.

Todo pueblo que tenga su historia, por insignificante que sea, más todavía uno que luzca un castillo que perteneciera otrora a un Roberto Estuardo. . ., bueno; es poco menos que imposible que no tenga también algunas ruinas. . y en Escocia, "todas" las ruinas tienen sus duendes ...

Por lo menos ésa es la tradición más arraigada tanto en la alta como en la baja Escocia ...

Y las ruinas más antiguas y de más f ama en toda la zona eran precisamente las del castillo de Roberto Estuardo, las que eran llamadas Dundonald.

Ese castillo era por ese tiempo el albergue preferido de todos los duendes de la comarca. Quizá sea preciso aclarar que se encontraba

totalmente abandonado. Ya casi nadie iba a visitarle y si a algún turista se le ocurría querer conocerlo, tenía que ir solo, pues ninguno de los habitantes de Irvine le hubiese acompañado, por más elevado que fuera el precio ofrecido.

Esto se debía a que todos sabían algo de las historias sobre los "fantasmas del fuego". Y había algunos, los más exaltados, que aseguraban haber visto ellos mismos a tales apariciones; de más está decir que entre estos se encontraba Jack Ryan.

La verdad es que de vez en cuando se podían ver algunas llamaradas, ya fuese sobre un trozo de muralla a medio derruir, o bien en el extremo de una de las torres que domina casi todo el conjunto del resto de las ruinas del castillo.

¿Tenían acaso esas llamas la forma de un ser humano? ¿Podía dárseles el nombre de fantasmas?

Evidentemente aquello era el producto de mentes propicias a la credulidad, porque la ciencia podría haber dado sus razones físicas para explicar tales fenómenos.

Pero el hecho es que, fantasmas o no, las apariciones fueguinas tenían fama en toda Escocía. Y Jack Ryan, a pesar de sus aficiones musicales, no habría sido capaz de acompañar a los "fantasmas" con su gaita. . .

-A mi no me necesitan para nada – decía -. Con el "viejo Nick" ya tienen bastante para su orquesta infernal...

Las apariciones así fantaseadas eran el tema obligado de casi todas las noches y a Jack nunca le faltaba una anécdota sobre los fantasmas.

Durante la fiesta, entre copas de cerveza, coñac y whisky, Jack pudo dar rienda suelta a su tema favorito, contando mil historias distintas sobre los aparecidos, ante el estupor de sus oyentes.

La velada de referencia cerraba los festejos en el “clan" de Irvine. Se desarrollaba en un espacioso silo de la hacienda Melrose. Sobre una estufa de hierro laminado, ardía un excelente fuego de carbón de piedra. Afuera el tiempo era desapacible; la bruma cabalgaba sobre las olas que el viento azotaba sobre las orillas. Ni una luz lograba penetrar las nubes,

y así cielo, tierra y agua se confundían en las tinieblas. Aun con la seguridad que emanaba del faro, resultaba temerario para cualquier embarcación el tratar de entrar en la bahía de Irvine. Pero aquella noche, en medio de los vientos que castigaban incesantemente las costas, cualquier pescador que hubiese estado con su embarcación por los alrededores hubiera visto un buque con rumbo a la costa. Y si la luz hubiese iluminado la escena, podría haber notado, con la consecuente sorpresa, que el barco navegaba a toda veía delante del embravecido viento. Errada la entrada del golfo ya no había salvación posible. . . y, sin embargo, la embarcación se obstinaba en su ruta. . .

La fiesta tocaba ya a su término. Jack Ryan se había prodigado en sus relatos fantasmagóricos y sus oyentes, de tal manera sugestionados, eran campo propicio para convertir en realidad cualquier acontecimiento infausto. De pronto se pudieron escuchar gritos desde afuera.

Jack Ryan suspendió su relato y todos dejaron de inmediato el granero. La noche estaba cada vez más obscura y fuertes ráfagas de viento hacían que la lluvia castigara las caras de los que se habían atrevido a salir.

Dos o tres pescadores, que se sujetaban a una roca, daban los gritos que se oyeran momentos antes.

Jack Ryan y sus acompañantes se apresuraron, pero las voces de alarma no estaban destinadas a ellos sino a una embarcación que, probablemente ignorante del peligro, corría una carrera con la muerte ...

Efectivamente, un buque cuyo perfil se notaba con claridad, pues lucia en el palo de mesana una luz blanca, junto con una verde a estribor y otra roja a babor, había puesto proa a la costa y hacia ella se dirigía a toda velocidad.

-¡Buque en peligro! ¡Buque en peligro! -exclamó Jack.

-¡Sí! ... Realmente en peligro - contestó uno de los pescadores -. Y lo peor es que su única salvación está en virar de bordo y no creo que pueda hacerlo. . .

-¡Hay que hacerle señas! -intercedió otro de los presentes.

-Es imposible mantener una luz encendida en medio de esta borrasca -explicó otro pescador.

A todo esto, se continuaban los fuertes gritos de aviso. . ., pero era imposible que pudiesen oírlos en medio del ruido de la tormenta.

El buque ya no tenía escapatoria ...

-¿Qué le habrá impulsado a realizar esa maniobra? -preguntó un marino.

-Habrá querido tocar tierra -respondió otro.

-Es probable que el capitán ignore la existencia del faro de Irvine -terció Ryan.

-Sí; eso ha de ser. . ., salvo que haya sido engañado por alguna...

El pescador no concluyó su frase, porque Jack le interrumpió con un grito formidable ¿Le oirían desde el buque?

Pero su grito no estaba destinado en realidad a los de la embarcación. En ese momento Jack Ryan volvía su espalda al mar. Sus compañeros le imitaron y todos miraron hacia un punto situado a un kilómetro dentro de la playa. Allí estaba el castillo de Dundonald y de él salía una ancha llama que oscilaba con el viento en uno de los extremos de la antiquísima torre.

-¡El fantasma del fuego! ¡El fantasma del fuego!

Ya había explicación para los hechos. Era evidente que el buque, perdido en la niebla, había tomado como punto de referencia aquella llama del viejo castillo, confundiéndole con la luz del faro de señales de Irvine.

Creyéndose protegido por la entrada del golfo, corría hacia la costa, la que no le ofrecía sino el más grave peligro.

¿Se podría hacer aún algo por salvarles... ?

Lo más sensato hubiera sido subir hasta las ruinas para apagar aquella llama que les había confundido con el faro de Irvine. Sí; era lo más sensato, pero ... ¿dónde encontrar un escocés que se atreviera, aun después de pensar varias veces, a subir a combatir con los fantasmas del fuego... ?

Quizá Jack Ryan, porque pese a su credulidad era el más animoso, pero ya era tarde. Resonó de pronto un estrepitoso ruido en medio de la tormenta. Las luces del barco dejaron de verse y la blanquecina línea de la barra pareció romperse por unos instantes.

El buque había llegado hasta ella y ya se estrellaba contra los arrecifes. En ese mismo momento, quizá por capricho de la casualidad, la llama del castillo desapareció, como arrebatada por una fuerte ráfaga de viento. Todo volvió a quedar sumido en la más profunda obscuridad.

-¡El fantasma del fuego...! -gritó Jack, cuando la luz desapareció. Porque para él y sus compañeros era “el fantasma de fuego". . .

Y todo el valor que les faltó para enfrentar un poder sobrenatural, les sobró en cambio para luchar contra1 las fuerzas físicas en procura de salvar a sus semejantes. A pesar de los elementos embravecidos, no dudaron en arrojarse al agua, provistos de sogas, en su intención de llevar socorro a los del buque náufrago.

Por fortuna llegaron a tiempo. Algunos de ellos se lesionaron entre las rocas. Jack fue uno de los heridos. Pero el capitán del barco y sus ocho tripulantes fueron rescatados de las aguas y llevados sanos a la playa.

Se trataba del "brick" noruego "Motala", que cargado con maderas del norte se dirigía a Glasgow.

El capitán confirmó luego que, engañado por la luz encendida en la torre del castillo de Dundonald, había errado el camino, embistiendo la costa con los resultados ya descriptos.

Del "Motala" no quedaban más que algunos restos, que el fuerte oleaje terminaba de destrozar contra las rocas de la orilla...

CAPÍTULO 12
LAS HISTORIAS DE JACK RYAN

Jack Ryan y tres de sus compañeros habían resultado heridos durante el salvataje. Fueron llevados de inmediato a una de las habitaciones de la hacienda Melrose, donde les atendieron con los más solícitos cuidados.

Jack era quien había llevado la peor parte, pues cuando ya se encontraba en el mar, atado por una cuerda, las olas embravecidas le habían arrastrado hasta la orilla nuevamente, estrellándolo contra las rocas. Así lo sacaron, medio desvanecido y a punto de ahogarse.

Por tales razones se vio precisado a guardar cama algunos días; pero como su gravedad no era tan grande como para prohibirle cantar, en el improvisado hospital de la hacienda Melrose resonó, a toda hora, la alegre y bien timbrada voz del joven. Esto mismo hizo más llevadera su convalecencia.

Y si Jack tenía respeto y temor a los fantasmas del castillo, desde entonces aumentó mucho más. É1 les suponía los únicos responsables del accidente del "Motala" y nadie habría sido capaz de convencerle de ninguna razón física para explicar los fenómenos ocurridos en las ruinas del castillo.

En sus compañeros prevalecía el mismo sentimiento. Según ellos, el "fantasma del fuego" había atraído al "Motala" hacia la costa. Y en cuanto a la posibilidad de vengarse de ellos. . ., bueno; eso era imposible. Por más que las autoridades dispusieran persecuciones u otras medidas de represalia era muy poco probable encarcelar a una llama o encadenar a un ser inmaterial ...

No obstante, las autoridades resolvieron realizar algunas investigaciones... y he ahí que éstas parecieron dar razón a los crédulos aldeanos.

Durante las diligencias ordenadas por el sumario por la pérdida de la embarcación, todos los testigos concordaron en culpar al "fantasma de fuego" como causante de la pérdida aludida. La justicia no podía

conformarse con aquellas explicaciones. En las ruinas se había producido algún fenómeno de lógica explicación, pero...,¿existía alguna razón casual ... o sería de origen criminal... ?

Porque el origen Criminal de muchos naufragios no es novedad en la historia de Gran Bretaña. Muchos piratas atraían a los barcos hacia lugares de los que no podían salir, por medio de pequeños incendios en árboles resinosos o atando antorchas encendidas a los cuernos de algún toro, que paseando la luz a su antojo, confundía a los navegantes sobre el camino a seguir.

La práctica de estas maldades daba casi siempre, como resultado, un desastroso naufragio. Desastroso para los embarcados, paro no así para los piratas, que sabían aprovechar la situación. Tan bárbaras costumbres habían sido desterradas por la enérgica acción de la justicia, pero. . ., ¿no sería posible que alguna mano criminal hubiera repetido las antiguas tradiciones de la piratería...?

Ese era el pensamiento que prevalecía en los representantes de la autoridad, que se entregaron de lleno a la investigación de los acontecimientos. Los aldeanos se dividieron en dos bandos. Unos no le daban mayor importancia al asunto, mientras que otros, los más crédulos, sostenían que con eso sólo se conseguiría irritar la ira fantasmal, causando más catástrofes.

A pesar de estas creencias, la policía realizó con la mayor diligencia las investigaciones. Buscaron huellas hasta en el mismo castillo de Dundonald; quizá la marca de pies o alguna otra señal. . ., pero todo fue inútil. Los causantes de aquel naufragio no habían dejado el más mínimo indicio, ni siquiera marcas en la tierra que estaba humedecida por la lluvia.

-¡Buscan señales del paso de los duendes! ---exclamó Jack. -¡Es como si buscaran huellas de fuegos fatuos en los pantanos. . .!

El hecho fue que esta primera parte de la investigación no dio ningún resultado positivo.

Se pretendió entonces averiguar como se había encendido el fuego, con qué combustibles y qué residuos podían haber quedado.

Tampoco pudo ser dilucidado este misterio, ya que no había ningún rastro que permitiese saber con qué elementos se había contado para encender aquella hoguera, ni qué es lo que se había quemado. No quedaba igualmente ninguna clase de residuos, ni suciedad en el suelo, que lógicamente debería estar ennegrecido en el lugar donde estuviera la fogata.

¿Sería posible que los malhechores hubieran sostenido en sus propias manos la tea encendida ... ? Sin embargo esto no era verosímil, ya que la intensidad del fuego había sido suficiente como para engañar a los navegantes desde bastante distancia...

-¡Es claro! -decía Jack Ryan-. ¡Los fantasmas no necesitan fósforos para encender el fuego! ¡Con sólo soplar hacen arder el aire! ¡Y del aire así quemado no pueden quedar residuos!

El resultado de todo esto fue que esta vez la misma justicia había contribuido a acrecentar más la creencia del origen fantasmal de los acontecimientos, creándose una nueva leyenda que perdurarla y que haría inolvidable el drama del "Motala".

La fortaleza física de Jack Ryan, unida a su gran presencia de ánimo, hicieron que pronto el joven estuviese restablecido. No tenía tiempo para estar enfermo y a ninguno de los habitantes de los Lowlands que le falte el tiempo lo va a desperdiciar en estar en cama por algunas contusiones recibidas...

Antes de regresar a su trabajo, Jack decidió hacer una visita a su amigo Harry, para averiguar el porqué de no haber concurrido a la fiesta de Irvine. Además, le resultaba inverosímil pensar en que el hijo del viejo capataz de la mina Dochart pudiera ignorar el accidente ocurrido al "Motala", la parte que le cupo a él en el salvataje de los náufragos y las consecuencias del mismo. Era imposible suponer que Harry, sabiendo enfermo a su amigo, no hubiera ido a estrecharle la mano y a hacerle un poco de compañía.

Su ausencia era debida, por lo tanto, a alguna poderosa razón.

Así pues, Jack Ryan, a dos días del accidente, abandonaba el granero que le sirviera de hospital y cantando a todo pulmón, se dirigió a la estación de Stirling y Callander.

Mientras esperaba su tren, leyó un cartel en el que decía:

"El 4 de diciembre último, el ingeniero James Starr, de Edimburgo, se embarcó en Granton en el vapor "Príncipe de Gales". Descendió en Stirling ese mismo día y desde entonces no se tienen noticias de su paradero. Se ruega a quien llegue a saber algo de él, que lo comunique sin demora al presidente del Instituto Real de Edimburgo."

Jack Ryan leyó por dos veces aquel anuncio.

-...El señor Starr... -exclamó-. Pero. . . ¡si fue a él precisamente a quien vi el 4 de diciembre en la boca de pozo Yarow... ! ¡Hace ya diez días... ! ¡Y desde entonces ha desaparecido...! ¿Será también ésa la causa por la que Harry no pudo venir a la fiesta ... ?

No perdió tiempo ni en pensar en dar aviso al presidente del Instituto Real. Subió en el primer tren, dispuesto a ir hasta la mina y buscar a su amigo hasta en el último de los recovecos de las galerías si fuese necesario.

Tres horas más tarde descendía en la estación Challander y se dirigía hacia el pozo Yarow.

¿Qué les habría ocurrido... ? ¿Tendrían algún obstáculo... ? ¿O sería por algún trabajo de gran importancia que no les permitía la salida... ?; él estaba dispuesto a saberlo.

Procurando apresurarse lo más posible, sólo tardó una hora en llegar a la boca del pozo Yarow.

No había cambiado absolutamente nada. El mismo silencio, la misma tranquilidad. ni un ser viviente que recorriera ese paraje. . .

Ryan penetró bajo el techado del pozo. . ., buscó algún indicio con la mirada, pero nada pudo ver. . ., ni tampoco oír. . .

Buscó entonces la lámpara que solía guardar en uno de los rincones de la escala que conducía a la mina y que usaba cuando visitaba a su amigo. . ., pero no la encontró.

Ya comenzaban las contrariedades. Pero sin vacilar, a pesar de sus supersticiones, decidió bajar. Se dio ánimo a si mismo, diciéndose:

-¡Bajaré, aunque la oscuridad sea mayor que las bocas del infierno...! . .

Y comenzó a descender la interminable serie de escalas que conducían al oscuro pozo.

Jack Ryan pudo aventurarse debido a que aún conservaba su experiencia de minero. Bajó con la mayor prudencia, ya que un solo paso en falso le hubiera significado una caída en una profundidad de más de 1500 pies. Iba contando cada uno de los trozos de escala que descendía antes de emprender el tramo siguiente. Recordaba que para llegar hasta el fondo, era preciso pasar por treinta escalas. Una vez allí, le resultaría fácil continuar hasta la cabaña, que estaba situada al extremo de la galería principal.

... veinticuatro. . ., veinticinco. . ., veintiséis escalas. Faltaban sólo unos doscientos pies para llegar al fondo.

Tanteó con el pie en busca de la escala siguiente pero el pie sólo logró columpiarse en el vacío. Se arrodilló entonces en la meseta intentando buscar con la mano la punta de la escala..., pero fue en vano.

Era evidente que no estaba en su sitio...., alguien debería haberla quitado.

¿Sería esa obra de algún fantasma... ?

La pregunta pasó por su mente con una sensación de terror.

Se puso nuevamente de pie y procuro penetrar con la mirada la densa oscuridad. Era lógico, que si él no podía descender, tampoco los de adentro podrían haber subido. Se dio cuenta que él solo no podría hacer nada en la emergencia y la situación de los que estaban en el interior de la vieja mina no podía ser aceptable. ¿Cómo se habrían procurado comestibles?. . . ¿No les habrían faltado los víveres a los encerrados a más de mil quinientos pies de profundidad... ?

Todas estas ideas pasaron por la mente del joven y se apresuro en ir en procura de ayuda. Antes de partir hizo un último intento y llamó a grandes voces:

-¡Harry... ! ¡Harry ...!

La respuesta fue dada solamente por el eco.

El joven no perdió más tiempo y se dedicó a subir las escalas. Pocos instantes después veía nuevamente la luz del día.

Corrió hasta la estación Callander y algunos minutos después tomaba el tren hacia Edimburgo. A las quince estaba en casa del Lord Preboste de la capital.

Allí le fue tomada declaración y los detalles dados fueron tales que nadie dudó de su veracidad.

El presidente del Instituto Real, que no solamente era colega de James Starr sino también amigo personal, fue impuesto de inmediato de los antecedentes traídos por Jack Ryan. De esa manera, el funcionario decidió tomar él mismo el diligenciamiento de la investigación.

Fueron puestos a su disposición todos los materiales necesarios, como así también personal que le secundaria en la búsqueda, víveres, bebidas estimulantes y todo cuanto fuera preciso para el mejor resultado de la investigación. Poco después, guiados por Jack Ryan, partieron hacia la Nueva Aberfoyle.

Esa misma tarde W. Elphiston, Jack Ryan y los agentes llegaron a la boca del pozo Yarow, desde allí descendieron hasta llegar al mismo punto donde lo había hecho el joven pocas horas antes.

Mediante la iluminación de las lámparas atadas a largas cuerdas, pudieron comprobar que, en efecto, faltaban las cuatro últimas escalas.

Ya no existía ninguna duda respecto a que la comunicación con el exterior había sido cortada. Y quizá de ex profeso...

-¿Qué esperamos para continuar, señor? -preguntó Ryan con viva impaciencia.

-Esperamos que suban las lámparas -contestó Elphiston-. Y en cuanto las hayan subido bajaremos para proseguir la búsqueda.

-Iremos primero hasta la cabaña -agregó Jack-. Y luego ¡seguiremos hasta los últimos abismos si fuese necesario!

No bien las lámparas fueron izadas, los agentes pusieron las escaleras que habían llevado y así, no sin bastantes dificultades, fueron descendiendo.

El joven minero notó, con sorpresa, que había algunos restos de las escalas quemadas.

-¿Quemadas? -preguntó también sorprendido sir Elphiston. En efecto, allí estaban las cenizas ya frías.

-¿Cree usted, señor -preguntó Jack- que el ingeniero James Starr pueda haber quemado las escalas por algún interés especial ... ?

-No; me parece imposible -repuso sir Elphiston-. Pero. . . vayamos hasta la cabaña. Allí podremos averiguar algo más.

Jack Ryan no estaba muy convencido de esto, pero no obstante tomó una de las lámparas de manos de un agente y con suma agilidad se adelantó por la galería.

Todos le siguieron y quince minutos después, llegaban a la excavación al fondo de la cual estaba la cabaña de Simon Ford.

No se distinguía ninguna señal de vida. Jack Ryan se precipitó hacia la puerta de la vivienda y la abrió de un golpe... ; estaba en total estado de abandono. Los cuartos de la morada fueron recorridos sin obtener ningún resultado. Tampoco había señales de violencia. Todo estaba en orden y hasta la despensa tenía sus respectivas provisiones.

La ausencia de los moradores era a todas luces inexplicable. Y lo peor era que no se podía precisar desde cuándo faltaban...., es decir. . ., quizá sí; porque Madge, en aquella atmósfera donde los días no diferían de la noche, tenía la costumbre de marcar con una cruz los días en su calendario.

La última marca cruzaba el 6 de diciembre. Justo un día después de la llegada de James Starr. Esta era la única evidencia que podía hacer notar el joven minero.

Era lógico, pues, suponer que desde hacia diez días, tanto Simon Ford como su mujer y su hijo, faltaban de la cabaña.

¿Era explicable esto si se suponía debido a una exploración detenida de las galerías... ? No, evidentemente. ..

La oscuridad era total. De pronto, Jack Ryan dio un grito de alarma:

-¡Allí... ¡Allí! ...

Y señaló un resplandor vivo que se movía entre las galerías.

-¡Corramos tras él, amigos! --exclamó Elphiston.

-¡Oh! ... ¡Un fuego fantasmal... ! -dijo Jack-. Será inútil correr tras él... ¡No podremos alcanzarle jamás...!

Pero los agentes y el ingeniero Elphiston no eran tan crédulos como Jack y corrieron en busca de quien sostenía aquel fuego...

Jack Ryan también se decidió y se unió a los perseguidores.

Una hora más tarde, sir Elphiston y sus acompañantes llegaban al sector sudoeste de la mina Dochart... y hasta ellos se llegaron a preguntar si no tendrían que vérselas con un ser incorpóreo.

Pero en ese momento parecía acortarse la distancia, y por lo tanto los agentes apuraron al máximo la marcha. La luz que había brillado en todo momento a unos doscientos pasos de distancia estaba ahora a menos de cincuenta. . ., la distancia seguía disminuyendo... Por momentos, cuando el perseguido volvía la cabeza, se notaban las facciones de un ser humano... y hasta Jack Ryan se estaba convenciendo que ya no se trataba de un ser fantasmal...

-¡Valor, compañeros..., se está cansando! -gritó Jack a los agentes.

Pero en ese momento la persecución se hizo aún más difícil. Porque en esas profundidades de las galerías, varios túneles cruzaban en varias direcciones. Al perseguido le bastaba con apagar su luz e internarse en uno de los túneles para despistar a quienes le seguían.

-Pero ... si quiere escaparse. . ¿por qué no lo hará ahora ... ? -pensaba sir Elphiston.

Hasta ese momento todo indicaba que faltaba poco para lograr prenderle, pero fue precisamente entonces que la luz que señalaba al misterioso perseguido se apago.

Sin embargo, los agentes continuaron la persecución, llegando hasta una estrecha abertura que dejaban entre sí las rocas, justo al fin de un estrecho ramal de la galería.

Por él pasaron y con renovadas energías continuaron en procura de su presa. No habían corrido más de cien pasos, cuando con gran sorpresa encontraron, junto a la pared, cuatro cuerpos tendidos en el suelo.

-¡James Starr. . .! -dijo sir Elphiston.

-¡Harry! ¡Harry! -exclamó Jack Ryan.

Efectivamente, allí estaban los cuerpos de James Starr, Madge, Simon y Harry Ford.

Uno de ellos se movió. Era la vieja Madge, quien en un susurro manifestó:

-Ellos.. ., ellos primero...

Todos procuraron reanimar a los secuestrados, dándoles de beber algunas gotas de bebidas cordiales. No tardaron en ir reaccionando poco a poco ... Aquellos infelices se estaban muriendo de inanición en su obligado encierro en la Nueva Aberfoyle.. .

Si habían podido subsistir, era debido a que en tres oportunidades, así lo manifestó James Starr, habían encontrado un jarro con agua y trozos de pan a su alrededor. ¡El ser que los socorriera no había podido hacer más por ellos!

Poco a poco fueron llevados hasta la cabaña, pasando por el agujero que el misterioso ser pareció querer indicar a sus perseguidores.

Ahora se evidenciaba, a la luz de las lámparas, que la entrada por donde habían penetrado James Starr y sus acompañantes, y que había sido producida por la dinamita, había sido a su vez tapiada con toda solidez con piedras superpuestas, y que los desafortunados "exploradores" no habían podido notar por la absoluta falta de luz.

Ya no cabía la menor duda; mientras ellos exploraban la gran cripta, alguna mano criminal había cortado la comunicación entre la antigua Dochart y la Nueva Aberfoyle...

CAPÍTULO 13
COAL CITY

Habían pasado tres años desde los acontecimientos narrados. En todas las guías de turismo, figuraba como punto de especial atracción una visita a las minas de la Nueva Aberfoyle. Probablemente en ningún país hubiera una mina más interesante.

El viajero era transportado con todas las comodidades y dentro de la mayor seguridad hasta las profundidades de las excavaciones, las que podían ser fácilmente recorridas en cómodos vagones impulsados por energía hidráulica, que hacían visitar, en su rodar por la doble vía, todas las galerías importantes, desde el pueblo, muy significativamente llamado "Coal City" hasta el resto de las modernas instalaciones.

La electricidad tenía un papel preponderante, pues solucionaba todos los problemas de calefacción e iluminación. En efecto, las oscuras galerías estaban ampliamente iluminadas por verdaderos soles artificiales, alimentados por corriente continua proveniente de grandes máquinas electromagnéticas. A su vez, la noche era fácilmente producida, con sólo accionar un aislador. Todos los arcos lumínicos funcionaban en el vacío, a fin de evitar posibles accidentes por la presencia del gas protocarbonado. Además, la electricidad era de un valor inestimable en la producción industrial como en el uso doméstico de las casas de Coal City.

El instinto del viejo capataz de la mina y la visión del porvenir que tuvo el ingeniero James Starr no habían sido defraudados en ningún momento. La explotación era inmejorable. Poco a poco, las casitas se fueron sucediendo, generalmente alrededor del gran lago, al que el ingeniero bautizó con el nombre de Malcolm.

El primero en constituir allí su vivienda fue Simon Ford, tal como lo adelantase a James Starr. Y luego el mismo ingeniero se radicó definitivamente en la mina. Tan es así, que eran contadas las veces que salía de las entrañas de la tierra, y esto solamente en ocasiones realmente importantes e impostergables.

El factor edilicio no fue tampoco descuidado; y así las casitas estaban distribuidas alegremente alrededor del lago Malcolm. La ciudad carbonífera estaba situada debajo de la punta oriental del lago Katrine. Hasta una capilla, bajo la advocación de San Gil, dominaba el conjunto de la población desde una gran roca, cuya base estaba bañada por las tranquilas aguas de aquel pequeño mar subterráneo.

La iluminación artificial, muy eficiente, daba al pueblo así constituido un aspecto verdaderamente fantástico. Ninguno de los turistas que visitara la Nueva Aberfoyle resultaba defraudado. Aquello era en verdad extraordinario.

Durante las horas de labor, una colmena humana se dedicaba de lleno a sus tareas; cavadores que carcomían la roca, acarreadores que conducían el carbón, conductores, carpinteros, reparadores de vías y apisonadores, que se encargaban de cubrir los espacios dejados por el material ya extraído.

Los habitantes de Coal City podían estar orgullosos de su obra...

Simon Ford aseguraba que allí se vivía mucho mejor que "arriba", ya que "afuera", "llovía siempre"...y no le faltaba razón para afirmarlo. Porque el clima escocés deja mucho que desear en ese sentido.

Ya no sólo de trabajadores temporáneos se poblaba Coal City. Familias enteras constituían aquella población y eran muchas las "nuevas familias" constituidas por los matrimonios habidos en la ciudad subterránea. Y lógicamente esas nuevas familias traían su descendencia en los ámbitos de su pueblo, en las entrañas de la tierra.

Jack Ryan solía decir, con parte de razón:

-Hay niños que hace un año y medio que ya han abandonado el pecho de sus madres... y sin embargo aun no han sido dados a luz...

Jack había sido uno de los primeros en acudir al llamado del viejo minero, ya que creía que era un deber de honor y de buen minero el volver a. su antigua profesión. Así, Melrose perdió a su cantor, pero en cambio, la Nueva Aberfoyle contaba con la eterna alegría de los cantos de aquel entusiasta joven, cuya voz le era devuelta mil veces por el eco de los pulmones de piedra de la mina.

Desde el primer momento Jack se albergó en casa de Simon Ford, y es de hacer notar que les unía un sincero aprecio correspondido por ambas partes.

Madge había hecho muy buenas migas con el joven minero; sus inclinaciones semejantes en lo referente a la creencia de fantasmas, daban tema como vara pasarse las horas contándose "anécdotas" de estos seres inmateriales. Cuando estaban a solas, daban rienda suelta a su imaginación, y así, las historias contadas eran como para hacer temblar a cualquiera a la vez que podían haber constituido un enriquecimiento para el tesoro de las narraciones fantasmales.

En poco tiempo, Jack Ryan conquistó el corazón de todas las familias mineras, a quienes contagiaba su permanente alegría. También en el trabajo supo destacarse y pocos meses después de haber comenzado la explotación, ya era el jefe de una de las brigadas de extracción.

-Todo esto es muy hermoso, señor Ford - dijo al capataz pocos días después de haberse instalado - y en realidad bien barato les salió a ustedes la aventura de la expedición primaria...

-Así es, Jack -respondió el viejo minero-. Pero no nos hemos de olvidar nunca que en gran parte te lo debemos a ti por habernos salvado la vida.

-¡Oh, no; eso no! Se la deben a Harry que tuvo la buena idea de aceptar mi invitación para la fiesta.

-Sí; de aceptar y luego no ir, ¿verdad? -añadió riéndose Harry, a la vez que estrechaba la mano de su amigo.

-Pues bien. . ., hablando sinceramente. . ., a eso tampoco. Porque lo único que yo hice -continuó Jack fue tratar de averiguar el paradero de Harry, y a no haber sido por el duende ...

-¡Ya tenía que aparecer! -exclamó Simon-. ¡Hum... ! El duende...

-¡Bueno, un duende o fantasma o hada! -repitió Jack-. Pero sea un hijo del fantasma del fuego, un Urisk o lo que fuese, la verdad es que a él le deben ustedes la vida, ya que fue quien me indicó el camino ...

- Desde ya, Jack -respondió Harry-. Pero faltaría saber si es un duende como tú pretendes o un simple ser de carne y hueso...

-¡Ah, no! ... ¡Sobrenatural! -exclamó Jack-. ¡Y tan sobrenatural como que fue un espíritu, a quien yo mismo vi correr y desaparecer a su antojo!

-Pues bien -aseveró Simon Ford -. Espíritu o no lo buscaremos y hemos de encontrarle...

La familia Ford, como así también Jack Ryan gozaban del cariño de todos en la Nueva Aberfoyle.

Harry, en sus momentos de ocio, recorría la mina de un lugar a otro, llegando a conocerla como la palma de su mano.

¡Cuántas veces se había aventurado hasta las más extremas profundidades! También los estanques eran objeto de su curiosidad y muchas veces se le veía salir en verdaderas excursiones acuáticas, durante las cuales solía pescar o cazar. Porque había peces en el lago y algunas aves silvestres que penetraran en la mina habían constituido sus nidos en la Nueva Aberfoyle, al igual que los humanos.

Pero en todas las excursiones prevalecía en Harry la idea de encontrar alguna vez al "duende" de las galerías. . .

¿Sería aquello factible ... ? Siguiendo la línea de sus presentimientos, sí. Pero los resultados indicaban todo lo contrario ... ; lo único positivo era que los ataques misteriosos hacia la familia Ford no se habían vuelto a repetir Las distracciones no faltaban en Coal City. Casi nadie sentía la necesidad de divertirse afuera. Había paseos por los lagos y "campings" en los estanques.

Muchas eran también las veces que se oían las armoniosas notas de una gaita, instrumento típicamente escocés. Esos días había baile y generalmente era Jack Ryan el eje de esas fiestas.

De todo esto resultaba, según manifestaba Simon Ford, que Coal City no tenía nada que envidiar a la Capital de Escocia, esa ciudad sujeta a los rigores del invierno y a las inclemencias de la intemperie, con una atmósfera saturada por el humo de sus máquinas, que justificaba el nombre de "la Vieja Ahumada"...

No; en Coal City se estaba mucho mejor...

CAPITULO 14
COLGANDO DE UN HILO...

Habiendo sido satisfechas todas sus aspiraciones, la familia Ford podía considerarse realmente feliz. No obstante, Harry permanecía muchas veces taciturno. Ni su más íntimo amigo, Jack Ryan, había podido hacerle participe de su buen humor.

Un domingo del mes de junio en que ambos salieran juntos a realizar un paseo, Jack hacia notar a Harry lo preocupados que tenía a sus allegados por su estado de ánimo. Precisamente ese día, de intenso calor afuera y azotado por una fuerte lluvia, los paseantes de Stirling buscaban refugio en la fresca temperatura de la mina. Jack Ryan hizo notar a su compañero la gran afluencia de visitas, pero Harry apenas prestaba atención a sus palabras.

-¡Míralos, Harry! ¡Mira cómo corren a visitarnos para refugiarse de la temperatura y la lluvia. .

-No te preocupes por mí..., Jack -respondió pausadamente Harry-, a ti te sobra alegría... y eso nos basta para los dos.

-Pero ... ¡que el diablo me lleve! -replicó Jack-. Vas a terminar por contagiarme tu melancolía! ¿ Qué es lo que te ocurre?

-Tú ya lo sabes, Jack ...

-¿Siempre con lo mismo ... ?

-Sí, siempre... -¡Ah, mi pobre amigo. Si echaras la culpa de todo lo ocurrido a los duendes, como hago yo. . ., te aseguro que estarías más tranquilo ...

-¡Oh, Jack! Bien sabes que los duendes sólo existen en tu imaginación... pero ... ¿crees que puedo olvidar a aquel ser maligno que procuro eliminarnos a mis padres y a mí junto con el ingeniero James Starr? ¿Supones que puedo dejar de pensar en aquel que nos protegió, llevándonos agua y pan a nuestro encierro, y que luego te indicó el camino a seguir para encontrarnos? Uno merece el castigo y el otro

nuestro agradecimiento ... y no descansaré tranquilo, como tú dices, hasta que haya podido satisfacer esa curiosidad ...!

-De modo que pretendes castigar ...

-Castigar y premiar, Jack.

-Pero ... ¿tienes algún indicio que te guíe?

-Quizá -contestó Harry-. Escúchame con atención. Al oeste de la mina, casi debajo de las rocas que sostienen el lago Lomond, hay un gran pozo natural, que se pierde en la profundidad. Días pasados, cuando trataba de medirlo con la sonda, estando inclinado hacia abajo y al borde de su boca, sentí que el aire se agitaba en el pozo, como movido por las alas de algún ave muy grande.

-Probablemente algún pajarraco perdido en las galerías -objetó Jack.

-Pero no es eso solamente -agregó Harry-. Esta mañana, prestando la mayor atención posible, me ha parecido oír un gemido ...

-¡Un gemido! ¡Te habrá parecido, Harry! ¡Debe de haber sido el sonido del viento. . .! únicamente que algún fantasma...

- ¡Pues mañana sabré a qué atenerme! –replicó Harry.

-¿Mañana? ...

-Sí; ¡por qué mañana bajaré a ese abismo!

-¡Harry... ! ¡Por favor... ! ¡Eso es tentar al diablo! .

-No, Jack. Yo imploraré el auxilio de Dios para bajar. Tú me acompañarás hasta el pozo junto a algunos otros amigos. Atado a una cuerda bastante larga me podrán bajar y luego subirme a una señal. . . ¿Cuento contigo. . .?

-Harry. . ., haré como quieras, pero insisto en que haces mal. . .

Así terminó la discusión entre los dos amigos. Al día siguiente, Harry Ford, Jack Ryan y otros amigos estaban reunidos en la boca del pozo. Nadie, salvo ellos mismos, conocía las intenciones de los jóvenes.

El pozo era bastante ancho, y para facilitar el descenso colocaron una viga haciendo puente, de modo que la cuerda pendiese justo en el medio de la abertura. Así sería más difícil que Harry pudiese golpear contra la pared mientras bajaba.

Ya todo listo, Jack preguntó:

-¿Persistes en tu idea, Harry?

Ante la afirmativa del joven, le ataron la cuerda a la cintura y la pasaron por debajo de los brazos, para evitar que el cuerpo oscilara.

De esa manera, Harry llevaba las manos libres; en su cinturón tenía una lámpara de las de seguridad de un lado y un fuerte cuchillo de ancha hoja, de tipo escocés, del otro.

Sus compañeros comenzaron a deslizar la soga lentamente. El mismo movimiento de rotación de la cuerda permitía a Harry ir viendo en su descenso todos los recovecos de las paredes del pozo, que eran de esquistos carboníferos.

Más o menos a unos doscientos pies de profundidad sintió una suave brisa, proveniente de abajo, por lo que dedujo que la parte inferior del pozo comunicaría con algún orificio de los pisos interiores de la cripta. La soga continuaba lentamente su marcha, siendo absoluta la oscuridad y el silencio..., si había algún ser viviente, en ese momento se cuidaba muy bien de demostrar su presencia.

A unos ciento ochenta pies de profundidad tocó suelo. Harry hesitó. . ., luego inspiró profundamente un par de veces, y con la mayor cautela continuó su marcha por una estrecha galería que salía de ese extremo del pozo. Se vio necesitado de agacharse y hasta andar a la rastra ... ; de pronto un obstáculo interrumpió su camino.

De inmediato sintió repulsión porque... ese obstáculo era un cuerpo humano. A pesar de ello se acercó. Comprobó que se trataba de un cuerpo. . ., tomó sus extremidades y las sintió frías. . ., lo tomó en brazos, lo condujo por la estrecha galería hasta el fondo del pozo y allí, con gran sorpresa, pudo comprobar que se trataba de... ¡un niño!

El cuerpecito respiraba aún. Era necesario llevarle sin pérdida de tiempo hasta la cabaña. . ., donde Madge le prodigaría sus cuidados.

Ese fue el. pensamiento que prevaleció sobre todos los demás. Harry tomó al niño en su brazo izquierdo, se ato nuevamente la soga a la cintura, al igual que la lámpara, sostuvo con la otra mano el cuchillo y dio la señal de subida.

La cuerda se estiró y los cuerpos comenzaron su ascenso con regularidad; todo iba perfectamente ..., pero de pronto Harry sintió el soplo de las capas inferiores de aire. Miró hacia abajo y alcanzó a distinguir en la penumbra una masa que se iba elevando y que al pasar junto a él le rozó. Se trataba de una enorme ave que iba subiendo a grandes aletadas...

El pajarraco se detuvo en la subida ... y luego cayó sobre él con verdadero ensañamiento. Harry sólo podía defenderse con el brazo derecho. El animal arremetió a picotazos y el joven a su vez atacaba como podía. El movimiento de la cuerda no le permitía tener precisión en sus golpes, siéndole imposible herir al animal. La lucha se prolongaba y Harry gritó con fuerza en la esperanza que le oyeran..., pero quedaban todavía unos ochenta pies hasta llegar.

El pajarraco, que parecía dotado de inteligencia casi humana, pareció comprender la maniobra. Abandonó entonces el ataque directo y la emprendió a picotazos con la cuerda, intentando romperla, a más de dos pies de la cabeza de Harry, lo que hacia imposible que éste pudiera darle alcance en su brazo.

Uno de los cabos cedió ... y estaban a más de cien pies del fondo del abismo ; luego se rompió otro cabo.

Con un esfuerzo sobrehumano, Harry, que había soltado el cuchillo, logró asirse a la punta de la cuerda en el preciso momento en que ésta cedía por completo.

Sus puños eran de hierro, pero soportando el peso de los dos cuerpos resultaba imposible continuar en esa posición. Sentía que la soga iba deslizándose por su mano... ; grito con mas fuerza... el ave había cesado en el ataque, pero se sentía desfallecer. . ., cerró los ojos esperando lo que parecía inevitable ...

En el mismo momento en que la cuerda se le escapaba de la mano, Harry fue tomado por sus compañeros y colocado en el suelo junto a la criatura.

La reacción sobrevino y pocos segundos después Harry caía sin conocimiento en brazos de sus amigos...

CAPÍTULO 15
NELL

Dos horas más tarde, Harry y la criatura llegaban a la cabaña, en manos de sus compañeros.

Contaron a Simon Ford todo lo ocurrido y Madge tomo a su cargo el cuidado, no sólo de su hijo, sino también de la criatura que acababa de llegar.

Harry estaba seguro de haber retirado a un niño del fondo del abismo. . ., pero en realidad se trataba de una joven de quince o dieciséis años, de mirada vaga, asustada, de rostro delgado y alargado por los padecimientos. Era evidente que se encontraba en un total estado de desnutrición.

Jack Ryan aprovechó la rara apariencia para compararla con algún duende de los que poblaban su frondosa imaginación.

La luz molestaba notoriamente a los ojos de la niña, que procuraba abarcar todo con la mirada, como si fuesen novedades para ella.

Madge fue quien dirigió primero la palabra a la criatura. Esta se movió en su lecho y pareció volver a la vida, como quien despierta de un largo sueño.

-¿Cómo te llamas? -preguntó la mujer del viejo minero.

Como en un susurro se oyó su voz que contestaba:

-Nell. . .

-Y... dime, Nell. . ., ¿cómo te sientes. . . ?

-Tengo mucha hambre - musitó la niña -. No he comido desde. . ., desde ...

Se notaba que la jovencita no estaba acostumbrada a hablar. Las palabras que usaba pertenecían al antiguo dialecto de Gaélica, esa lengua que alguna vez también habían usado Simon Ford y los suyos.

Madge no tardó en darle algunos alimentos, que la niña comió con avidez.

¿Desde cuándo estarla en el fondo de aquel pozo? Por el momento nadie podía decirlo.

-Dime, Nell -preguntó Madge-, ¿cuartos días hace que te encuentras allá abajo... ?

Nell no respondió. Parecía no entender lo que se le preguntaba.

-¿Cuántos días hace. . .? -insistió Madge.

-¿Días... ? ¿Cuántos días... ? -repitió la joven, para quien esas palabras parecían carecer de todo significado.

Después meneó la cabeza, dando a entender que no comprendía lo que le decían.

Madge acariciaba una manecita de la niña, procurando inspirarle confianza.

-Y... ¿qué edad tienes, hijita... ?

La misma incomprensión en el rostro de la jovencita.

-Sí; ¿cuántos años tienes? -repitió Madge.

-¿Años ... ? -repitió Nell.

Lo mismo que las anteriores, esa palabra parecía carecer de todo significado para la joven.

Simon Ford, Harry y Jack la observaban con una mezcla de curiosidad y lástima; en efecto, el estado de la niña, cuya apariencia estaba pauperizada por la vestimenta, era como para impresionarlos.

Harry era, posiblemente, el más conmovido de todos y el que sé sentía más atraído por la rareza de la niña.

Se le acercó y tomando entre las suyas la mano de la joven, en cuyos labios se dibujó una sonrisa, la miró y le dijo:

-Nell ... allá, en la mina. . ., allá abajo. . ., ¿estabas sola?

-¡Sola, sola! -prorrumpió la joven reincorporándose del lecho, con evidentes muestras de terror.

-¡Sola, sola! -volvió a exclamar y cayó nuevamente acostada, como si las fuerzas le abandonasen ...

-Esta pobrecita está demasiado débil como para que la estemos molestando con nuestras preguntas -decidió Madge-. Algunas horas de reposo y algo más de alimento es lo que le hace falta. Vamos, Simon; y tú, Harry... , vámonos todos y dejémosla sola para que pueda descansar.

Así lo hicieron y a los pocos minutos la niña dormía plácidamente.

La nueva habitante de Coal City dio mucho que hablar a sus pobladores y aun a los del condado de Stirling.

Hubo quien supuso que se trataba de un duende, otros alababan la belleza de la joven.

El ingeniero James Starr fue también impuesto de todo lo ocurrido y al día siguiente, cuando ya la niña estaba repuesta por el descanso y los cuidados, pudo interrogarla a sus anchas. De la conversación surgió que la joven ignoraba todo lo relativo al mundo exterior. Muchas preguntas quedaron sin respuesta, debido a que no conocía e1 significado de muchas palabras, sobre todo las que se referían a la cronología del tiempo.

Tampoco se pudo saber si la morada permanente de Nell había sido la profundidad de la gruta, pues la niña se aterrorizaba al sólo mencionarlo.

-¿Quieres quedarte con nosotros? -le preguntó el ingeniero-. ¿O prefieres volver a donde estabas... ?

A la primera de estas preguntas la niña respondió con todo énfasis:

-¡Oh, sí! ¡Claro que sí!

En cambio, a la segunda contestó con un grito de horror y luego se cerró en un obstinado silencio.

La menor referencia al pasado de la niña, ocasionaba en ésta fuertes crisis de miedo. Por lo tanto resolvieron no mortificarla más con esa clase de preguntas.

Quince días después de su llegada, Nell era la más valiosa ayuda para Madge. Consideraba a los Ford como su propia familia, acostumbrándose a la idea que ése era en realidad su hogar. Por otra parte, también ella se había hecho querer de todos.

Lo único que lamentaba Jack Ryan era no haber sido él quien la salvara...

Él visitaba con mucha frecuencia la cabaña de los Ford y a la muchacha le encantaba oírlo cantar. Pero era evidente que, aun cuando gustaba mucho de la alegría y de los cantos de Jack, prefería la

conversación sería de Harry, quien la iba instruyendo de a poco sobre todas las "maravillas" de ese mundo que ella jamás había conocido.

Jack Ryan, por su parte, ya no tenía tanta convicción que se tratase de un duende...

Por aquel entonces, Harry hizo un descubrimiento que revolucionó a todos los habitantes de Coal City y de la ciudad exterior.

En efecto, después de un día de intensa búsqueda, logró dar con un túnel natural que comunicaba una de las más profundas galerías con... ¡el castillo de Dundonald!

Esto aclaraba los fenómenos observados el día del naufragio del "Motala".

Días más tarde, James Starr, guiado por Harry, hizo un reconocimiento de ese lugar. Las autoridades fueron impuestas de la nueva situación y la policía mantuvo vigilada la zona. Pero no hubo ninguna señal que pusiera de manifiesto la presencia de gente en esos parajes. Si había servido de albergue a contrabandista, era evidente que el lugar estaba ahora abandonado por completo. El comienzo de la explotación de la nueva mina les había arruinado el escondite.

Estimando que ya había pasado el tiempo suficiente como para poder insistir con Nell sobre las preguntas que en el primer momento le causaran tanto terror, Harry decidió hablar a la joven sobre lo que todos ellos creían deber a su intervención.

Así, un día de fiesta en que todos los mineros se entregaban a sus diversiones, Harry y la joven salieron también en procura de distracción. !Paseaban por la orilla del lago Malcolm. Las luces eléctricas daban un marco de singular belleza al paisaje y Nell acostumbraba de a poco a su vista a soportar la inmensa luz de los "soles" artificiales. Al cabo de casi una hora de caminar, los jóvenes llegaron hasta la capillita de San Gil.

-Nell -dijo Harry-, tus ojos aún no se han acostumbrado a la luz de los focos ... ¿Crees que podrían resistir los rayos del sol ... ?

-Por ahora no creo -respondió la joven-. Sobre todo si realmente es como tú me lo has pintado. . .

-Mira, Nell; no hay palabras capaces de dar una idea de las bellezas de la naturaleza, pero ... ¿es posible que desde el día en que naciste en las profundidades de la tierra no hayas salido a la superficie..?

-Nunca, Harry. Y tampoco creo que me hayan llevado de chica, porque conservarla algún recuerdo.

-Sí, es muy posible –contestó el joven-. Pero no te imaginas cuánto deseo oírte decir: ¡Quiero ver el sol. . ., quiero ver la obra de Dios!

-Ya vendrá ese momento, Harry, no lo dudes. Ya podré ir a admirar contigo todas esas bellezas de las que me hablas. Pero, sin embargo.

-¿Qué quieres decir? ¿Acaso te pesaría dejar este mundo subterráneo de donde te hemos sacado poco menos que moribunda ... ?

-No, Harry. . ., pero también las tinieblas tienen su hermosura. . . Hay que haber vivido siempre en ellas para comprender lo que siento y no puedo explicar.

-Mas. . . ¿no tenías miedo cuando te encontrabas sola?

-¡Oh, no, Harry! ¡Cuando estaba sola era precisamente cuando no tenía miedo!

-¿Y nunca saliste de las galerías... ?

-Sí. . ., algunas veces -respondió dudosa la joven-. Una vez llegué hasta la antigua mina de Alberfoyle...

-¿Y conociste nuestra cabaña... ?

-Sí; la cabaña sí. Y a los que la habitaban también los vi.

-¡Pues éramos mis padres y yo! Nunca quisimos dejar nuestra antigua morada.

-Quién sabe si el abandonar la casa no hubiera sido mejor para ustedes -repuso pensativamente la joven.

-¿Por qué, Nell? ¿Acaso no hemos logrado con eso el descubrimiento que ahora beneficia a tantos trabajadores. . .? ¿Acaso no se debe a eso que hayamos podido rescatarte a ti... ?

-¡Con gran contento para mí! --exclamó Nell-. Pero para los demás... ¿Quién sabe?

-¿Qué quieres decir?

-No, nada. Pero entonces era muy peligroso el aventurarse por las galerías. Una vez unos imprudentes se internaron más de lo debido y, se perdieron. . ., se les rompió la lámpara con que se iluminaban . . .

-¿Dices que se perdieron ...? -exclamó Harry.

-Sí; se perdieron. . ., no podían encontrar el camino de regreso ... Y, allí estuvieron varios días, muy próximos a la muerte...

-¡Sí, Nell! -respondió el joven-. Muy próximos a la muerte pero fueron salvados por una mano bienhechora, quizá un ángel, que les suministró alimentos y agua y que guió a los salvadores ...

-¿Y tú cómo sabes todo esto? -prcguntó Nell.

-¡Porque esos seres éramos el ingeniero Starr, mis padres y yo!

-Tú.

-Sí. . . ¡y a ti te debemos el encontrarnos con vida!

La joven dejó caer su cabeza entre las manos. La emoción la embargaba ...

-Los que ahora te han salvado ... ¡te debían ya la vida... ! ¿Crees que alguna vez puedan olvidarlo ? -concluyó el minero.

CAPÍTULO 16
SOBRE LA ESCALA OSCILATORIA

Los trabajos de exploración de la Nueva Aberfoyle continuaban con todo éxito. De más está decir que Simon Ford y el ingeniero, a quienes se debía esa nueva era de prosperidad, tenían una buena parte de los beneficios. Harry tenía su porvenir asegurado, pero no obstante estaba decidido a continuar en su puesto, ya que había reemplazado a su padre en el cargo de capataz. También Jack había alcanzado un cargo de importancia. Los dos amigos solían encontrarse con frecuencia tanto en los lugares de trabajo como en los de diversión.

Jack ya había notado los sentimientos de Harry hacia Nell y se divertía al ver que el joven capataz negaba con vehemencia cuando se le preguntaba por sus problemas sentimentales.

Un día, Jack Ryan estaba bajando por una escala oscilante de las que permiten subir y bajar sin cansancio. Había descendido unos ciento cincuenta pies cuando se encontró con Harry, que en ese momento subía por una escala similar.

-¡Eh! Harry... ¿Eres tú...?

-Sí, Jack -respondió el joven-. Y me alegro de verte, porque tengo algo que decirte.

-Pues no te escucho hasta que no me digas cómo se encuentra Nell.

-Bien, hombre. . ., muy bien; tan es así que dentro de un mes...

-Te casarás...

-¡Oh! ... No sabes lo que dices, Jack.

-Puede ser que tengas razón... pero sí se muy bien lo que haría.

-¿Y qué harías tú ...

-Pues me casaría ... Bueno; si tú no lo hicieses... -dijo Jack riéndose a más no poder -. Nell es una mujer ideal para un minero, ya que nunca salió de la mina... pero ... oye, Harry; me imagino que no estarás celoso por lo que estoy diciendo. . .

-No -respondió sencillamente Harry.

-Porque supongo que si tú no te casas con ella, no pretenderás que se quede a vestir santos. . .

-Yo no tengo ninguna pretensión -rezongó Harry.

Las oscilaciones de las escalas iban separando a los amigos.

-¡Eh! ... ¡Harry! ¿Crees que lo que te he dicho sobre Nell es en serio?

-No, Jack.

-Pues bien; ahora sí voy a hablar en serio...

-¿Y tú puedes hablar con seriedad, Jack?

-Eso no lo sé. Pero si puedo dar un consejo a un buen amigo.

-Te escucho.

-Mira, Harry. . ., tú amas a Nell ... y con todo el amor que ella merece. Tus padres la adoran como si fuese una hija. Tú harás lo que quieras, pero. . . ¿Por qué no te casas?

-Y para poder hablar así... ¿tú sabes, Jack, qué es lo que piensa Nell?

-Todos lo sabemos menos tú. Por eso no tienes celos de mí ni de nadie... y ya me voy. La escala está bajando ...

-Un momento, Jack. Quiero decirte algo ...

-Bueno, pero apúrate ...

-No tengo que ocultar a nadie que amo a Nell y que mi mayor deseo sería casarme con ella... pero dime con franqueza: si estuvieras en condiciones de casarte con una ciega que tiene la seguridad de poder ver al poco tiempo. . ., ¿te casarías o esperarías a que recuperase la visión... ?

-Desde ya que esperaría -respondió Jack.

-Pues bien; eso es lo que hago yo. Porque Nell es aún ciega para el mundo exterior, al que jamás ha visto. No puedo condenarla a vivir eternamente en la mina siendo que puede gustarle más el ambiente de la superficie...

-¡Muy bien, Harry! ¡Estoy contigo! ¿Y cuándo...?

-Dentro de un mes...

Las escalas se separaban cada vez más.

-No cuentes a nadie nuestra conversación -pidió Harry.

-Te lo prometo -gritó Jack-, pero con una condición...

-¿Cuál ... ?

- Que en la excursión que dentro de un mes harán a la superficie, yo seré de la partida.

-Pues prometido también...

Harry continuaba con la educación de Nell, preparándola para el día en que visitarían la ciudad de la superficie.

Simon Ford estaba muy satisfecho del desarrollo de los acontecimientos, porque ¿que mujer de la superficie querría compartir la vida subterránea de su hijo... ? La misma Providencia le había mandado a Nell, para satisfacción de todos y felicidad de Harry...

Nadie podía interponerse en la dicha de los jóvenes. Nadie parecía querer interrumpir el idilio así originado y menor aun oponerse al matrimonio.

Pero entonces. . ., ¿quién era ese ser que, cuando la noche se hacia en la población obrera, vagaba entre las galerías y vigilaba de cerca las habitaciones de la cabaña de los Ford? ¿Quién era el que, enfurecido por alguna razón ignorada, levantaba su brazo amenazante y con labios contraidos por la cólera juraba:

-¡Ella y él...! ¡jamás!

CAPITULO 17
EL ALBA

Un mes después, el 20 de agosto, los viajeros partían hacia la superficie. Simon Ford y su mujer los despedían como si emprendiesen una larga travesía.

La travesía era en realidad de sólo dos días, pero su1 importancia era muy grande. James Starr, Harry Y Jack llevaban a Nell a un suelo que sus pies nunca habían pisado; sus ojos verían por primera vez la diáfana atmósfera del exterior. . ., correría ante ella el magnifico espectáculo de la tierra, con sus llanuras, montañas, ríos, golfos y mares. La Naturaleza se pondría de manifiesto ante sus ojos. . ., ante todos sus sentidos. . ., desfilarían frente a ella todas las bellezas encerradas entre Edimburgo , Glasgow y el cielo mostraría sus variantes de nubes, sol, luna y estrellas.

James Starr era el "cicerone" de los excursionistas.

Pensaba que quizá pudiera sorprender algún detalle de la niñez de Nell, estudiando las reacciones de la joven ante el espectáculo que se le iba a brindar.

Harry estaba preocupado, ya que se preguntaba si de aquella excursión a un mundo nuevo, saldría una joven distinta de la que él amaba.

A su vez, Nell dudaba. Preguntó a Harry:

-¿Crees que es necesario que salga y abandone la mina, aunque sea por unas horas... ?

-Sí, Nell; necesario por ti y por mi. . .

-Hija mía -intercedió Starr- Comprendo tus dudas. Pero es mejor que nos acompañes en la excursión. Todos los que te queremos vamos contigo y te llevaremos de regreso a la mina. Y así, una vez que conozcas por ti misma lo que es en realidad el mundo, podrás estar en condiciones de elegir si prefieres seguir viviendo como lo hacen Simon Ford y Madge, en cuyo caso nadie tendrá nada que objetar.

El último tren condujo a los viajeros a la superficie. La oscuridad envolvía la población.

La primera sensación de la joven fue la del aire, que penetraba en sus pulmones invadiéndola de un placer hasta ese momento desconocido.

-Respira profundo, Nell, Respira bien profundo y absorbe todas las emanaciones del campo...

-¿Qué es ese humo que corre sobre nosotros? -preguntó la joven, para quien todo era novedad.

-Son nubes -respondió Harry-. Es el vapor de agua que el viento empuja esta vez hacia el oeste.

-¿Y esos puntitos blancos. . . ?

-Son las estrellas de las que ya te he hablado. Son soles de otros mundos muy lejanos. . quizá semejantes al nuestro.

-Ya mañana tendrás oportunidad de ver a nuestro sol, cuya luz tarda ocho minutos y medio en llegar hasta nosotros. A él será imposible que lo puedas mirar así, directamente ... ; ni tú ni nadie puede hacerlo ya que sus rayos son enceguecedores.

Los árboles le semejaban gigantes1 muchas preguntas brotaron de sus labios todas fueron satisfechas por el ingeniero o por los jóvenes que la acompañaban.

Después quedó callada Y todos respetaron su mutismo... No querían que sus palabras influyeran en la imaginación de la joven.

Siendo las veintitrés y treinta, llegaron a orillas del Forth.

-¿Es un lago...?

-No -contestó Harry-. Es un golfo donde corre el agua. Toma un poco de ella y verás qué distinta es a la del lago de la Nueva Aberfoyle.

La joven se inclinó y ahuecando la mano, llevó a sus labio un poco de liquido.

-¡Es salada! -exclamó.

-Si -contestó Harry-. Porque es agua de mar.

Las tres cuartas partes del planeta están cubiertas por ese tipo de agua, como la que acabas de probar.

-¡Oh ...! ¿Y ese globo encendido que se levanta en el horizonte...?

Nell señalaba un lugar en el firmamento, en medio de algunas nubecillas muy bajas que se coloreaban al este.

-Esa es la luna que sale -respondió solicito Harry.

-Sí ... ¡La luna ... ! -agregó Jack-. ¡Esa extraordinaria bandeja de plata con que los genios celestiales recogen las estrellas!

-¡Muy bien, Jack! -dijo riendo el ingeniero-. No conocía esa habilidad para hacer tan atrevidas comparaciones...

-¡Qué hermoso es todo esto! -exclamó la joven-. Pero. . . yo creía que la luna era redonda. . .

-Y así es -respondió Starr-. Pero se ve en su totalidad cuando está en oposición con el sol, es decir que es luna llena. Ahora ya pasó ese período y está en "cuarto menguante". ¡Y la bandeja de Jack más que una bandeja parece una bacía de barbero?

-¡Ah, señor Starr! Me ha cortado usted la inspiración -exclamó Jack-. justamente iba a cantar en honor a la luna ...

"Astro hermoso de la noche
que en tu curso vienes a acariciar. . .”

-Pero no. "Su" bacía no me permite continuar... Todos rieron ante las ocurrencias de Jack. Se dirigieron hacia el muelle, donde la barca los esperaba.

- Embarquémonos -dijo Starr-. Será mejor que lleguemos a la cima del Arthur Seat antes que amanezca.

Pronto la veía fue izada y los viajeros partieron.

¡Qué de emociones sentía Nell! ¡Cuántas cosas hermosas y nuevas...

La joven, mecida por el vaivén de la embarcación, poco a poco se fue durmiendo. .

Harry pretendió despertarla, pero el ingeniero se lo impidió, manifestando que sería mejor que descansara para que pudiese estar mejor preparada para las impresiones del siguiente día.

A las dos, la embarcación llegó al muelle de Granton. Nell despertó apenas tocaron tierra.

-¿Dormí? -preguntó.

-No, hija mía. . . -repuso el ingeniero-. Soñaste que dormías.

La noche era clara. En el pequeño puerto de Gronton había solamente tres o cuatro barcas de pesca, que se balanceaban dulcemente a la corriente del golfo. Harry tomó la mano de Nell. Los dos siguieron a James Starr y Jack Ryan, que avanzaban por las calles desiertas. En el pensamiento de Nell este barrio de la capital no era más que un conglomerado de casas sombrías, que le recordaban a Coal City, con la única diferencia que la cúpula estaba más elevada que en la mina. .

-¿No estás fatigada? -preguntó Harry después de media hora de marcha.

-No -repuso la joven-, ¡me parece que mis pies no tocan la tierra!

-Yo también experimento ese efecto cuando estoy algún tiempo sin salir de la mina. . . -dijo Jack Ryan.

-Eso se debe a que no nos sentimos aplastados por la bóveda de piedra que cubre Coal City -explicó James Starr- Parece entonces que el firmamento es como un abismo profundo en el que uno se siente tentado de arrojarse...

Caminando entre las calles dormidas de la capital, llegaron a Canongate. El reloj de la catedral gótica dio dos campanadas. Mientras marchaban, James Starr dio muchas explicaciones sobre acontecimientos históricos acaecidos en la vieja Edimburgo, en el palacio de los antiguos reyes, el Holyrood.

-Pero continuemos nuestra marcha, si queremos subir al Arthur Seat, que domina todas las soberbias rocas de Salisbury -terminó diciendo el ingeniero-. Desde allí, Nell, tus ojos podrán ver salir el sol sobre el horizonte marino.

El Arthur Seat en realidad es una simple colina de apenas setecientos cincuenta pies de altura, cuya cima aislada domina las alturas circundantes. En menos de media hora, siguiendo un camino tortuoso, James Starr y sus compañeros llegaron a la parte superior de la eminencia.

Los cuatro se sentaron para aguardar la salida del sol. Las miradas de la muchacha estaban dirigidas hacia el este, y Harry cerca de ella la observaba con ansiedad. ¿No se emocionaría demasiado la joven ante ese espectáculo nunca presenciado anteriormente por ella? Todos estaban silenciosos.

Por fin un primer rayo de sol alcanzó a herir los ojos de la muchacha. Era ese rayo de color que riela sobre el mar cuando el horizonte está despejado. Medio minuto más tarde Nell se irguió, señalando con la mano hacia un punto lejano.

-¡Una llama! -exclamó.

-¡No,Nell! No es una llama, es una flecha de oro que el sol arroja sobre el monumento de Walter Scott.

El día había comenzado. Pronto el sol desbordó el horizonte. Su disco redondo parecía húmedo todavía por el aparente baño de mar que recibiera.

Nell debió cerrar sus ojos de inmediato. Harry quiso hacerla volver de espaldas, pero ella se negó.

-No, Harry -dijo-. Debo acostumbrarme...

Por fin pudo abrir los ojos lentamente, y cayó de hinojos, dando gracias a Dios por tanta hermosura.

Luego bajó la mirada y dejó vagar sus ojos por los alrededores, hasta que abarcó todo el soberbio panorama que se le ofrecía. Por fin, temblorosa, sin poder hablar, se sintió desvanecer, y cayó en los brazos de Harry, prestos para recibirla.

Aquella muchacha, cuya existencia transcurriera hasta ese día en las entrañas de la tierra, había por fin contemplado las maravillas de la Creación. Sus miradas, tras haber planeado sobre la ciudad y el campo, se extinguieron sobre la inmensidad del mar y lo infinito del cielo.

CAPÍTULO 18
DEL LAGO LOMOND AL LAGO KATRINE

Harry, llevando a Nell en los brazos, seguido de James Starr y de Jack Ryan, volvió a descender la pendiente de Arthur Seat. Tras algunas horas de descanso y un almuerzo reconfortante en el Hotel Labret, pudieron pensar en continuar la excursión a través del país de los lagos.

Nell había ya recuperado sus fuerzas. Sus ojos podían, pues, abrirse a la luz, y sus pulmones aspirar el aire vivificante y saludable. El verdor de los árboles, los tonos variados de las plantas, el azul del cielo, habían desplegado frente a sus ojos una magnifica gama de colorido sin igual.

El tren que tomaron en la estación General de Ferrocarril condujo a Nell y sus compañeros a Glasgow. Allí, desde el último puente tendido sobre el Clyde pudieron admirar el curioso movimiento marítimo del río. Después pasaron la noche en el Comrie's Royal Hotel.

Al día siguiente, desde la estación de la línea férrea entre Edimburgo y Glasgow, el tren debía conducirlos rápidamente por Dumbarton y Balloch, hasta el extremo meridional del lago Lomond.

-¡Es el pais de Rob Roy y de Fergus Mac Gregor! -exclamó James Starr-. ¡La tierra tan poéticamente descripta por sir Walter Scott! ¿Tú no conoces ese país, Jack?

-Sólo por sus canciones, señor Starr -repuso Jack Ryan-. Y si ha sido tan bien cantado, debe ser soberbio.

-¡Ya lo creo! -repuso el ingeniero-. Y nuestra querida Nell conservará un recuerdo imperecedero de él.

-Con un guía como usted, señor Starr. . . -repuso Harry- resultará doblemente provechoso, puesto que nos contara la historia de la región a medida que la recorramos.

-Cómo no, Harry, pero siempre que mi memoria me lo permita, y con la condición que Jack me ayudará. Cuando me fatigue, él cantará ...

-Bueno. . ., eso no será necesario decirlo dos veces -replicó Jack Ryan, lanzando una vibrante nota, corno si hubiera querido llegar hasta el "la" del diapasón.

Por el ferrocarril de Glasgow a Balloch, entre la metrópoli comercial de Escocia y la extremidad meridional del lago Lomond, no hay más de treinta y siete kilómetros.

El tren pasa por Dumbarton, burgo real y capital del condado, cuyo castillo fortificado, de acuerdo al traatado de la Unión, está ubicado sobre los dos picos de un gran peñasco.

Dumbarton está situado en la confluencia del Clyde y el Leven. A propósito de esto, James Starr contó algunas particularidades de la aventurera historia de María Estuardo. En efecto. Fue de esta localidad de donde partió para casarse con Francisco II y llegar a ser reina de Francia. Allí también, después de 1815, el ministerio inglés pensó internar a Napoleón, prevaleciendo la elección de Santa Elena.

Pronto el tren se detuvo en Balloch, cerca de una estacada de madera que descendía hasta el nivel del lago.

Un barco a vapor, el "Sinclair", aguardaba a los turistas que hacen la excursión de los lagos. Nell y sus compañeros se embarcaron en él, tras haber tomado pasaje hasta Inversnaid, en el extremo norte del lago Lomond.

El día comenzaba con un hermoso sol, libre de esas brumas británicas que lo cubren tan a menudo. Ningún detalle de ese paisaje que se desarrollarla a lo largo de cincuenta y cinco kilómetros debería escapar a los ojos de los viajeros. Nell, sentada entre James Starr y Harry, aspiraba a pleno pulmón, captando con todos sus sentidos la poesía soberbia de la hermosa naturaleza de Escocia.

Jack Ryan iba y venía por la cubierta del "Sinclair", interrogando al ingeniero sin cesar, que por otra parte no tenía necesidad de ser interrogado. A medida que el país de Rob Roy se manifestaba ante sus ojos, lo describía con la admiración de un entusiasta.

En las primeras aguas del lago Lomond aparecieron pronto numerosas islas o islotes. Era un verdadero semillero. El "Sinclair"

bordeaba sus costas escarnadas, y desde el barco se advertían los diseños caprichosos de esas tierras.

-Cada uno de esos islotes tiene su leyenda, Nell -explicó James Starr-. Y probablemente también su canción, como las montañas que encuadran el 1ago. Se puede decir, sin temor a exagerar, que la historia de esta región está escrita con sus islas Y montañas haciendo las veces de gigantescas letras...

-¿Sabe usted que esta parte del lago Lomond me recuerda las descripciones que del lago Ontario ha hecho Cooner? -hizo notar Harry, y dirigiéndose a la muchacha agregó:

-Tú debes advertir la semejanza, Nell, pues hace pocos días te leí esa novela, que es la obra maestra del escritor norteamericano.

-Efectivamente, Harry -repuso Nell-. Tiene el mismo aspecto, ¡y el "Sinclair"! se desliza entre estas islas como el "cutter" de Jausper Eaudolice en el Ontario?

-¡Y bien! ¡Eso prueba que ambos lugares merecen ser cantados por los poetas! -dijo entonces el ingeniero-. No conozco las mil islas del Ontario, pero no creo que su aspecto sea mas variado que el del archipiélago del Lomond. ¡Miren el paisaje! Ésa es la isla Murray, con su antiguo fuerte de Lennox, donde residió la anciana duquesa de Albany, tras la muerte de su padre, su esposo y sus dos hijos, decapitados por orden de Jacobo I; aquella otra es la isla Clar, y más allá se advierten unas rocosas, salvajes y sin apariencia de vegetación, las de Cro y Torr. En verdad me resisto a creer que hay en el Ontario tanta variedad de paisajes...

-¿Cómo se llama ese pequeño puerto? -preguntó Nell, que se había vuelto hacia la costa oriental del lago.

-Es Balmaha, que da entrada a las Highlands -repuso James Starr-. Allí comienzan las Tierras Altas; las ruinas, que alcanzas a ver son de un antiguo convento de monjas, y esas tumbas dispersas encierran los restos de los miebros de la familia Mac Gregor, cuyo nombre es célebre aún en toda la región...

-¡Por la canción que esta familia ha difundido tanto! -observó Harry.

-Tienes razón -aceptó el ingeniero-. Y hay que reconocer que la celebridad debida a las batallas es la que más se conserva a través de los siglos.

-Sobre todo si se perpetúan con canciones -hizo notar Jack.

Y, apoyando sus palabras, el muchacho entonó las primeras estrofas de un antiguo canto de guerra que relataba los hechos de Alexandre Mac Gregor, contra sir Humphry Colquhour, de Luss.

Nell escuchaba, pero estos relatos de combates le producían tristes impresiones. ¿Para qué se había vertido tanta sangre en esas llanuras, que ella hallaba enormes, si nunca podía faltar allí sitio para la población?

Las costas del lago, que miden de tres a cuatro millas tienden a aproximarse en el pequeño puerto de Luss. Nell pudo ver un instante la vieja torre del antiguo castillo. Después el "Sinclair" dobló el cabo del norte, y a los ojos de los turistas apareció el Ben Lomond, que se eleva a casi tres mil pies sobre el nivel del lago.

-¡Qué admirable montaña! -gritó Nell-. ¡Qué hermoso debe ser el panorama contemplado desde su cúspide!

-Sí; Nell -repuso James Starr-. ¡Mira cómo la cima parece erguirse bizarramente sobre las malezas y árboles que tapizan la parte inferior del monte! Desde allí se ven dos tercios de nuestra vieja Caledonia. Aquí el clan de Mac Gregor residía habitualmente, en la parte oriental del lago. No lejos, las querellas entre partidarios de Jacobo II y los de la Casa de Hannover, más de una vez ensangrentaron sus armas. En esa cumbre, durante las noches hermosas, se eleva la pálida luna, que los antiguos relatos llaman “la linterna de Mac Furlane". ¡Allí los ecos repiten todavía los nombres inmortales de Rob Roy y Mac Gregor Campbell!

El Ben Lomond, último pico de la cadena de los montes Grampian, merece realmente haber sido festejado por el poeta y

novelista escocés. Como lo hizo notar James Starr, hay montañas más altas, pero ninguna tan poética.

Entretanto, el "Sinclair" llegó al pueblo de Tarbet, sobre la ribera opuesta del lago, donde bajaron los viajeros que se dirigían a Inverary. Desde allí el Ben Lomond se mostraba en toda su hermosura. Sus flancos, estriados por el lecho de los torrentes, brillaban como planchas de plata en fusión.

A medida que el "Sinclair" recorría la base de la montaña, el país se hacía más y más abrupto. Apenas aparecían de trecho en trecho algunos arbustos aislados, sauces entre otros, cuyas ramas eran utilizadas antiguamente para ahorcar a los criminales comunes.

-¡Economía de cáñamo! -hizo notar James Starr, en es, momento.

El lago, en tanto, se estrechaba, prolongándose hacia el norte. Las montañas laterales le encerraban más profundamente. El barco recorrió aún algunas islas o islotes, y por fin las dos costas se unieron y el "Sinclair" se detuvo en la estación de Inversnaid.

Allí, mientras aguardaban para comer, Nell y sus compañeros fueron a visitar cerca del muelle un torrente que se precipitaba en el lago desde una altura considerable.

Luego, concluido el almuerzo, se dirigieron hacia el lago Katrine.

Muchos coches, con el escudo de la familia Breadalbane, la misma que daba agua y leña a Rob Roy fugitivo, estaban a disposición de los viajeros, y les ofrecían toda la comodidad que distingue a los carruajes ingleses.

Harry instaló a Nell en el asiento superior del coche, como era costumbre de la época. Sus compañeros y él se sentaron cerca de la muchacha. Un cochero vestido con magnifica librea roja, tomó las riendas de los cuatro caballos, y el vehículo comenzó a flanquear la montaña, siguiendo el curso sinuoso del torrente.

La ruta era muy escarpada. A medida que se elevaba parecía modificarse la forma de las montañas cercanas.

El país comprendido entre los lagos Lomond y Katrine presentaba un aspecto salvaje. El valle comenzaba en los estrechos desfiladeros que

conducían al "glen" de Aberfoyle. Este nombre recordó dolorosamente a la muchacha esos abismos llenos de terrores en que transcurriera su infancia. James Starr se apresuró a distraerla con sus relatos.

La región por otra parte se prestaba. La mayor parte de los acontecimientos de la vida de Rob Roy se desarrollan en los bordes del pequeño lago de Ard.

Miserables cabañas, semejantes a los refugios de las fieras salvajes, se amontonaban en torno a las alquerías en ruinas.

-He aquí el verdadero país de Rob Roy -decía James Starr-. Aquí el excelente bailío Nichol Jarvie, digno hijo de su padre, el diácono, fue tomado por las milicias del conde de Lennox. Es en estos lugares donde quedó colgado de su pantalón, felizmente hecho con buenas telas escocesas, y no de liviano tejido francés. No lejos de las fuentes del Forth, que alimentan los torrentes del Ben Lomond, se ve todavía el vado que franqueó el héroe para escapar a los soldados del duque de Montrose. ¡Ah! ¡Si hubiera conocido los sombríos rincones de nuestras minas, habría podido desafiar todas las búsquedas! Ya lo ven, amigos míos, no se puede dar un paso en este país, maravilloso desde todo punto de vista, sin volver a encontrar esos recuerdos del pasado que inspiraron a Walter Scott, cuando transcribió en estrofas magnificas el llamado a las armas del clan Mac Gregor.

-Tiene razón, señor Starr -replicó Jack Ryan- Pero si es cierto que Nichol Jarvie quedó prendido del pantalón, ¿en qué queda nuestro viejo proverbio, "Bien pícaro será quien consiga tomarle el pantalón a un escocés". . . ?

-¡Por cierto que tienes razón, Jack! -repuso riendo James Starr-.¡Y eso prueba que nuestro bailío no vestía a la moda de sus antepasados!

-Hizo mal, señor Starr.

-¡No discutiré eso, Jack!

El carruaje, tras haber franqueado las abruptas márgenes del torrente, descendió en un valle sin árboles, sin aguas, cubierto por una

magra vegetación espinosa. En algunas partes se elevaban montones de piedras, formando pirámides.

-Son los "cairn" -dijo James Starr-. Cada caminante en la antigüedad arrojaba una piedra para honrar a los héroes muertos en sus tumbas... De allí proviene el proverbio gaélico: "Mala suerte tengan los que pasan frente a un "cairn" sin depositar una piedra de despedida". ¡Si los hijos hubieran conservado la fe de sus padres, esos túmulos serían ahora montañas! ... En realidad es común a todos los países de orografía accidentada la imaginación de sus habitantes. Los griegos no habrían desarrollado su magnífica mitología de haber vivido en una planicie.

El tiempo pasaba rápidamente en esas conversaciones, amables, y el carruaje entró en un valle estrecho, apropiado para los debates de los elfos y duendes. El pequeño lago Arklet fue dejado atrás, sobre la derecha, y por una pendiente empinada se dirigieron al albergue de Stronachlar, sobre la costa del lago Katrine.

Allí, amarrado a un pequeño muelle, se balanceaba un barquichuelo que se llamaba, naturalmente, "Rob Roy". Los viajeros se embarcaron inmediatamente, pues estaba a punto de partir.

El lago no mide más que diez millas de largo por unas dos millas de ancho en su parte mayor.

-Ha sido comparado con exactitud a una anguila -explicó James Starr-. Se afirma que jamás se hiela. No sé si será cierto, pero debemos recordar que sirvió de escenario a los hechos de "La dama del lago". ¡Estoy seguro que si nuestro amigo Jack mira atentamente, vera deslizarse sobre su superficie la sombra ligera de la hermosa Helen Douglas!

-¿Y por qué no? -preguntó Jack Ryan-. ¿Por qué no puede continuar viéndose esa hermosa dama en este lago, como los aparecidos en el lago Malcolm?

En ese momento los claros sones de una gaita se dejaron oír en la popa del "Rob Roy". Era un "highlander" con sus ropas nacionales que tocaba el instrumento típico. La tonada era dulce e inocente. Se puede

imaginar que estas canciones folklóricas no han sido compuestas por ningún ser humano, sino que simplemente se trata de la mezcla de un soplo de la brisa con el murmullo de las aguas y el susurrar de las hojas. La forma del canto, que se repetía, era curiosa. Contrariamente a los cantos de la época antigua, estaba escrita en tono mayor, y se hubiera podido escribir en ese lenguaje cifrado que da, no las notas, sino los intervalos de los tonos, como sigue:

5 1.2 3525 1.765 22.22
1.2 3525 1.765 11.11

Jack Ryan al escucharla fue un hombre realmente feliz. É1 conocía esos cantos de los lagos de Escocia, y mientras el "highlander" lo acompañaba con su gaita, cantó con voz sonora un himno consagrado a las poéticas leyendas de la vieja Caledonia.

¡Bellos lagos de ondas dormidas
conservad siempre
vuestras leyendas hermosas,
hermosos lagos escoceses!
En vuestras costas se encuentra el paso
de esos héroes recordados,
¡esos descendientes de noble raza,
que nuestro Walter ha cantado!
....
¡Hermosos lagos de aguas adormecidas,
conservad siempre
vuestras leyendas encantadoras,
hermosos lagos escoceses! ...

Eran las quince. Las márgenes occidentales del Katrine se destacaban en el doble marco del Ben An y el Ben Venue. Ya a media milla se divisaba el estrecho desembarcadero donde debían tomar tierra los viajeros que se dirigían a Stirling por Callander.

Nell parecía hallarse agotada por la continua tensión nerviosa. Dos palabras salían continuamente de sus labios: ¡Dios mío!

Era necesario que reposara algunas horas, aunque sólo fuese para fijar indeleblemente el recuerdo de tantas maravillas.

En ese momento Harry la tomó de la mano, la miró emocionado y dijo:

-¡Nell, querida mía ..., pronto volveremos a la mina! ¿No extrañarás lo que hemos visto estos días pasados en la plena luz diurna?

-No, Harry -repuso la joven-. Recordaré todo, ¡pero será con alegría que volveré contigo allá abajo!

-Nell. . . -preguntó entonces Harry con voz que transparentaba su profunda emoción-. ¿Te quieres casar conmigo?

-Sí, Harry -repuso la muchacha mirándole con sus ojos tan puros-. ¡Quiero...!

Acababa de decir esas palabras, cuando un hecho aparentemente inexplicable se produjo.

El "Rob Roy", pese a estar a media milla de tierra, se detuvo repentinamente, con un brusco choque. Su quilla acababa de golpear el fondo del lago, y pese al esfuerzo de sus maquinas no pudo arrancar nuevamente.

Y si este accidente se había producido, era porque en su porción oriental, el lago Katrine acababa de vaciarse casi por completo, como si una inmensa fisura se hubiese abierto en su lecho. Casi todo su contenido se había filtrado a través de las entrañas del piso.

-Amigos míos. . . -murmuró James Starr, como si la causa del fenómeno se hubiera presentado claramente a sus ojos-, ¡Dios salve a la Nueva Aberfoyle!

CAPÍTULO 19
LA ÚLTIMA AMENAZA

Aquel día en la Nueva Aberfoyle los trabajos se cumplían regularmente. Se oían los ruidos producidos por las explosiones de los cartuchos de dinamita, los golpes de pico y las vibraciones de las perforadoras. El aire aspirado por las máquinas era expulsado por los tubos de ventilación; en las galerías inferiores las hileras de vagonetas movidas mecánicamente corrían a veintisiete kilómetros por hora, y los timbres automáticos prevenían a los obreros para que se refugiaran en los lugares adecuados.

La explotación era, pues, llevada a cabo con la mayor actividad. Mientras una parte de los mineros reposaban tras los trabajos nocturnos, los equipos diurnos trabajaban sin perder una hora.

Simon Ford y Madge, tras haber comido, descansaban en el frente de su "cottage". El viejo minero fumaba su pipa, conversando con Madge. Ambos pensaban en Nell, en Harry y en James Starr, y se referían a esa excursión a la superficie. ¿Cómo podían permanecer tanto tiempo fuera, sin experimentar la nostalgia de la mina?...

En ese momento un mugido de violencia extraordinaria invadió todo, como si una enorme catarata se precipitara en la hullera. Simon Ford y Madge se levantaron precipitadamente, y al mismo tiempo las aguas del lago Malcolm parecieron aumentar de volumen. Una ola enorme invadió la ribera y fue a romperse contra las paredes de la casa.

Simon, tomando a Madge de la mano, la condujo rápidamente al primer piso de la habitación. Al mismo tiempo se elevaron gritos en todos los rincones de Coal City, amenazada por tal inundación. Los habitantes buscaban refugio en las altas rocas que formaban el litoral del lago, atemorizados. El pánico llegaba al límite; algunas familias de mineros, enloquecidas, se precipitaban hacia el túnel, para llegar rápidamente a la superficie. Algunos temían que el mar hubiese hecho excursión en la hullera, cuyas galerías se prolongaban hasta el Mar del Norte. Pero en tal caso las excavaciones, por grandes que fuesen, se

habrían visto cubiertas totalmente por las aguas, y ninguno de los habitantes de la Nueva Aberfoyle hubiera salido con vida.

En momentos en que los primeros fugitivos llegaban orificio del túnel, se hallaron frente a frente con Simon Ford.

-¡Deteneos! -gritó el viejo capataz-. ¡Si nuestra ciudad hubiese sido invadida, la inundación correría más rápido que nadie, y todos habríamos sido atrapados! ¡Pero las aguas no siguen creciendo! ¡Todo peligro ha pasado!

-¿Y los compañeros que trabajan en las galería? --preguntaron algunos mineros.

-No hay nada que temer. ¡La explotación se hace a un nivel superior al nivel del lago!

Los hechos dieron la razón a Simon. La inundación se había producido súbitamente, pero repartidas las aguas en el piso inferior de la enorme mina, su único efecto fue aumentar en algunos pies el nivel del lago Malcolm. Coal City no estaba en peligro, y era dable imaginar que no había habido víctimas.

En cuanto a la inundación en sí, se podía suponer que era debida o a la expansión de una nava interior a través de las fisuras del macizo, o a algún curso de agua superior cuyo lecho se desfondara. Por el momento ni Simon Ford ni sus compañeros podían aventurar nada al respecto. Por otra parte todos suponían que se trataba de uno de esos accidentes relativamente comunes en todas las minas.

Pero el mismo día que ocurrió, se supo a qué atenerse. Los periódicos del condado publicaron el relato del curioso fenómeno, acaecido en el lago Katrine.

Nell, Harry, James Starr y Jack Ryan, que habían regresado a toda prisa al "cottage", confirmaron esas novedades, enterándose que todo se debía a desgastes materiales en la Nueva Aberfoyle.

Así pues, el lecho del lago Katrine se había "desfondado" súbitamente. Al lago favorito del novelista escocés, ya no le quedaba agua ni para besar los lindos pies de la "Dama del Lago", por lo menos en su parte meridional.

Habría, pues, que borrarlo de los mapas del Reino Unidos, por lo menos hasta que fuera llenado nuevamente, tras cubrir la fisura del terreno. Walter Scott, de resucitar, hubiera muerto nuevamente de desesperación.

Pese a que todo parecía deberse al debilitamiento de las capas del terreno secundario en que se apoyaba el fondo del lago, James Starr, Simon y Harry se preguntaban si no debía atribuí se a un hecho intencional. Las sospechas habían renacido con mayor fuerza que nunca. ¿Acaso el genio maléfico iba a reiniciar sus ataques contra los que explotaban la rica hullera?

Algunos días después, James Starr hablaba en el “cottage" con el viejo capataz.

-Simon -decía- pese a que el hecho tiene una explicación lógica, tengo una especie de presentimiento que entra en la categoría de los sucesos cuya causa tratamos de encontrar.

-Yo pienso como usted, señor James -repuso Simon Ford-. Pero creo que es mejor no hablar con nadie del asunto efectuar una investigación por nuestra cuenta.

-¡Oh! ... ¡Yo conozco el resultado desde ya! -exclamó el ingeniero.

-¿Cuál será?

-¡Hallaremos las pruebas, pero no al malhechor!

-¡Sin embargo existe! -gritó casi el viejo minero-. ¿Dónde se oculta? ¡Terminaré por creer, como Jack Ryan, que se trata de un ser sobrenatural, que nos odia porque hemos invadido sus dominios!

No es necesario decir que Nell estaba al margen de estas conversaciones. La muchacha por su parte testimoniaba su participación en las preocupaciones de su familia adoptiva. Su figura entristecida llevaba la señal de la lucha interior que sostenía.

Simon Ford y el ingeniero, pese a todo, resolvieron ir al lugar del derrumbe para averiguar sus causas, sin hablar con nadie de su proyecto.

Algunos días después, acompañados por Harry, fueron en una canoa tripulada por el hijo del viejo capataz, a examinar los pilares naturales que sostenían la parte del macizo, en la que se hallaba el lecho del lago Katrine.

Allí descubrieron que tenían razón. Alguien había hecho explotar una carga de dinamita; las señales ennegrecidas todavía eran visibles, pues las aguas habían bajado bastante de nivel gracias a las filtraciones.

-¡Ya no podemos dudar! -dijo James Starr-. ¡Quién sabe qué hubiera ocurrido, si en lugar de ese pequeño lago se hubiera encontrado el mar sobre nuestras cabezas!

-,¡Así es! -exclamó Simon-. -¿Pero quién puede tener interés en inundar nuestra Aberfoyle?

-¡Es incomprensible! -repuso James Starr-. No se trata de una banda de malhechores vulgares ni de contrabandistas que hubieran tomado la mina como sitio para refugiarse. . . Ahora es claro el propósito de destruir la Nueva Aberfoyle, por todos los medios posibles. Y el culpable es un hombre que conoce perfectamente el oficio de minero, y posee mejor que todos nosotros los secretos de estos dominios subterráneos... ¡Veamos! ¿Tiene usted, Simon, algún enemigo personal que quiera hacerle daño?

Simon Ford no contestó. Se veía que el honesto capataz trataba de recordar. Por fin alzó la cabeza.

-No -dijo-. Juro ante Dios que ni Madge ni yo hemos hecho daño a nadie. ¡No podemos tener un solo enemigo!

-¡Ah -gritó el ingeniero-, si Nell quisiera hablar! ...

-Les ruego que conservemos el secreto de nuestra búsqueda por un tiempo. . ., ¡no interroguen todavía a mi pobre Nell! Ya he advertido que está ansiosa y atormentada. Estoy seguro que tiene un secreto que la atormenta. ¡Si calla, es porque no tiene nada que decir o porque no puede hablar! ¡No podemos dudar de su afecto hacia nosotros. . ., hacia todos nosotros! Más adelante, si me dice qué le ocurre, les contaré inmediatamente.

-Muy bien, Harry -repuso el ingeniero-, si tú así lo quieres. Pero creo que si Nell sabe algo, es incomprensible su silencio. Y al ver que Harry estaba a punto de agregar algo, continuó:

-Quédate tranquilo, no diremos nada a tu futura esposa.

-¡Que si mi padre me permite, lo será muy pronto!

-Dentro de un mes -contestó el viejo minero-. ¿Usted reemplazará al padre de Nell, señor James?

-Cuente conmigo, Simon -repuso el ingeniero.

Los tres volvieron al "cottage", sin decir nada del resultado obtenido en su exploración, dejando a todo el mundo creer que todo había sido un accidente. En total, Escocia se había limitado a perder un lago...

Nell reanudó sus tareas habituales, conservando de su excursión al exterior recuerdos imborrables, que Harry utilizaba para instruirla. Pero esta visita no le producía ninguna nostalgia. Continuaba amando las sombrías galerías donde transcurriera toda su existencia.

En tanto el próximo matrimonio de Harry y Nell había provocado un enorme revuelo en la mina. Las felicitaciones llovían en la casa de los Ford, y Jack Ryan no fue de los últimos en llevarlas. Se le sorprendió aprendiendo una nueva canción que cantaría en la fiesta de bodas, a la que concurriría toda la población de Coal City.

Pero ocurrió que durante el mes precedente al matrimonio, la Nueva Aberfoyle sufrió más pruebas que nunca. Los accidentes, sobre todo en los trabajos de fondo, se multiplicaron, sin que las causas se pudieran saber con exactitud. Así se produjo un incendio que costó gran trabajo extinguir, más adelante un derrumbe en una galería donde Harry supervisaba los trabajos que casi cuesta la vida del joven minero. Luego, el tren de vagonetas que conducía el carbón extraído, un día que el hijo del viejo Simon iba con él, descarriló, hallándose un poste atravesado en las vías. Para abreviar, tantos hechos semejantes ocurrieron, que el pánico cundió entre los mineros, y sólo la presencia de sus jefes les mantenía en el trabajo.

La búsqueda de los culpables comenzó una vez más. La policía del condado vigiló día y noche, y James Starr prohibió a Harry que se aventurase solo en las galerías, pues los ataques parecían dirigidos contra él.

En atención a Nell, se ocultó la mayor parte de estos hechos criminales, llevados a cabo contra su prometido. Simon y Madge cuidaban de la muchacha noche y día con una solicitud casi salvaje. La pobre criatura se daba cuenta de ello, pero nunca hacia comentario alguno, pues suponía que era por su propio bien.

Harry hubiera deseado, para tranquilizarla, que su matrimonio se hubiera ya consumado. Le parecía que ante este hecho irrevocable las asechanzas del mal cesarían. Su impaciencia era compartida por James Starr y por Madge y Simon Ford. Todos contaban los días que faltaban.

Una mañana, ocho días antes del fijado para que se celebrase la ceremonia, Nell salió de la casita de los Ford muy temprano, impulsada quizás por un extraño presentimiento. Había dado unos pasos, cuando de su garganta escapó un grito de indescriptible angustia. Al instante la familia Ford en pleno corrió junto a ella.

Nell estaba pálida como una muerta, el rostro trastornado, los rasgos finos presa de un espanto inexpresable.

Sin poder hablar, con la mano crispada, señaló la parte exterior de la puerta que acababa de abrir. Unas pocas líneas, indudablemente escritas durante la noche, habían conseguido aterrorizarla:

"¡Simon Ford: Tú me has robado el último filón de nuestras viejas hulleras! ¡Harry, tu hijo, me robó a Nell! ¡Maldición sobre vosotros! ¡Maldita sea Nueva Aberfoyle! . . .

SILFAX".

-¡Silfax! -exclamaron a dúo Simon y Madge.

-¿Quién es ese hombre? -inquirió Harry, cuya mirada se dirigía alternativamente a su padre y a Nell.

La muchacha, temblando, fue conducida nuevamente al interior de la casa por Madge, que la sostenía.

James Starr había acudido. Tras ver y releer el amenazador mensaje, exclamó:

-¡La mano que escribió esas líneas es la misma que me envió el anónimo contradiciendo su carta, Simon!

Y advierto que usted lo conoce. ¿Quién es ese hombre? ¿Quién es Silfax?

CAPITULO 20
EL PENITENTE

Ese nombre había sido una verdadera revelación para el viejo capataz. Era el del último "penitente" de la mina Dochart.

Antiguamente, antes del invento de las lámparas de seguridad, Simon Ford había conocido a ese hombre salvaje, que, arriesgando su vida, diariamente producía las explosiones parciales de gas grisú. Siempre había sido un ser extraño, acompañado constantemente por un enorme búho, que le servía para llevar la mecha encendida allí donde él no alcanzaba. Un día el viejo desapareció, y al mismo tiempo que él una huerfanita nieta suya. Esa niña era, evidentemente, Nell.

Así pues, ambos habían vivido quince años en algún oculto abismo de la mina, hasta el día en que Harry rescató a la muchacha.

El viejo capataz, sintiéndose presa de un sentimiento que era al par cólera y piedad, explicó al ingeniero y a su hijo lo que el nombre de Silfax significaba.

Eso aclaraba toda la situación. Silfax era el ser misterioso a quien buscaran vanamente tanto tiempo, y que provocara todos los extraños accidentes en la mina.

-Pero. . . --quiso saber James Starr-, ¿qué quieren decir esas palabras: "Tú me has robado el último filón de nuestras viejas hulleras"...?

-¡Ah! Mucho tiempo atrás, Silfax demostró hallarse mentalmente alterado, y pretendía tener derechos sobre la antigua Aberfoyle. Además, el saber que la mina Dochart se agotaba, le producía el mismo efecto que si le arrancasen poco a poco las entrañas. ¿Tú lo recuerdas, Madge?

-Si, Simon -repuso la vieja escocesa.

-Hasta ahora lo creí muerto, y no podía imaginar que ese ser maligno que tanto daño ha hecho fuera el antiguo "penitente" de Dochart.

-Efectivamente, todo queda explicado -dijo James Starr-. La casualidad hizo descubrir a Silfax la existencia del nuevo yacimiento, y en su egoísmo de loco trató de evitar que el secreto se difundiera. Por eso, al saber que usted me había citado, envió el anónimo ...

-Al saber la noticia del casamiento de Nell con nuestro hijo, el rencor y la ira del viejo Silfax han aumentado, indudablemente -arguyó Madge.

-¡Pero debemos hablar con él! -exclamó Harry-. ¡Tendrá que aceptar que lo mejor para Nell es su casamiento! ¡Es necesario razonar con ese hombre!

-¡No se razona con un loco, Harry! -repuso el ingeniero-. ¡Debemos interrogar a Nell, pues este asunto ¡no está terminado porque conozcamos la identidad de nuestro enemigo, y todavía pueden, ocurrir muchas cosas desagradables! ...

-Usted tiene razón, señor Starr. . . -dijo Harry-. Ahora sabemos que la pobre niña no podía delatar a su abuelo. . ., pero si es necesario, voy a buscarla...

-Es inútil, Harry -dijo una voz firme y clara.

Era Nell, que entraba en ese momento en la sala de la casa.

La muchacha estaba pálida. Sus ojos indicaban que había llorado, pero se advertía que estaba resuelta.

-¡Nell! -gritó Harry, corriendo hacia la joven.

-Déjala hablar -interrumpió James Starr, imponiendo silencio al joven.

-Yo soy la nieta de Silfax -dijo la muchacha-. No conocí madre hasta el día en que entré a esta casa ...

-¡Bendito sea ese día, hija mía! -interrumpió la anciana escocesa.

-¡Ni tuve padre hasta que vi a Simon Ford -continuó hablando Nell-, ni amigo alguno hasta que la mano de Harry tocó la mía! Viví sola durante quince años, en los rincones más alejados de la mina, contando con la compañía de mi abuelo esporádicamente, pues le veía tan sólo cuando venía a traerme alimentos. A su modo era bueno conmigo, aunque me asustaba. Recuerdo vagamente que en mis

primeros anos tenía por nodriza9una cabra, cuya pérdida lloré mucho cuando murió. Mi abuelo trajo un perro para reemplazarla en mi afecto, pero como hacía mucho ruido, pronto el pobre animal desapareció. Había también un enorme búho al que tenía mucho miedo, pero se encariñó tanto conmigo que llegué a cobrarle afecto, y me obedecía más que a su amo. Pero estoy hablando demasiado de mi ... ¡se trata de ustedes...!

-No, hija mía -repuso James Start- cuenta todo como se te ocurra.

-Mi abuelo no veía con agrado que ustedes estuvieran en la mina. El espacio no faltaba, pues el elegía sus refugios muy lejos de ustedes. Mas no le gustaba que hubiera otros en la hullera. Pero cuando se indignó fue al saber que ustedes estaban a punto de invadir sus dominios, y juro arrojarlos de la nueva mina que habían descubierto. Yo me asusté mucho, pues pese a su edad, mi abuelo es muy fuerte.

La joven se interrumpió, como para reunir mejor sus recuerdos.

-¡Continúa, hija mía!... -la animó Simon Ford.

-Cuando mi abuelo los vio entrar en la Nueva Aberfoyle, trató de hacer una prisión para ustedes, tapando la hendidura. Yo no los conocía más que como vagas sombras apenas entrevistas en las tinieblas, pero me resultaba insoportable la idea de ver morir de hambre en esas profundidades a un grupo de seres humanos. Por eso conseguí los pocos alimentos que les hice llegar durante algunos días... Hubiera querido ayudarles hasta el exterior, pero resultaba para mí muy difícil burlar la vigilancia de mi abuelo. Entonces, cuando estaban a punto de morir, llegó Jack Ryan y sus compañeros. . . Yo pude conducirlos hasta ustedes, pero al regresar mi abuelo se encolerizó terriblemente. Después de eso, la vida se hizo insoportable para mí. Cada vez que él escuchaba los picos de los mineros atacando las paredes de la Nueva Aberfoyle, me castigaba duramente. Quise huir, pero era imposible, pues me vigilaba estrechamente. Por fin, en un acceso de furor, me bajó al abismo donde tú me encontraste, Harry mío, cuando ya creía que iba a morir. Pero ya lo ves: no puedo casarme contigo, pues mi abuelo

cometería una locura... Debo volver a su lado, para conjurar la amenaza terrible que representa para la mina...

Ante estas palabras, Madge, Simon y Harry se incorporaron.

-¡Qué! -gritaron, ¿Piensas abandonarnos?

James Starr les apartó con un gesto lleno de autoridad, y dirigiéndose a Nell le tomó las dos manos.

-Muy bien, hija mía... ; has procedido como correspondía. Pero no te dejaremos partir, aunque tengamos que hacer uso de la fuerza. ¿Nos crees tan cobardes como para aceptar tu oferta? Las amenazas de Silfax son temibles, lo acepto, pero un hombre no es más que eso, ¡un ser humano! Nos puedes hacer un favor, eso sí...contarnos las costumbres de tu abuelo, dónde se oculta. Nosotros queremos tan sólo impedirle que pueda hacer daño, y tal vez ayudarle a recuperar la razón.

-Ustedes piden lo imposible -repuso Nell-. -¡Mi abuelo está en todas partes y en ninguna! Nunca conocí sus escondrijos. ¡Nunca le vi dormido! Cuando me resolví a buscarle nuevamente sabía muy bien que otra solución resultaría imposible... Créanme..., ¡tengo que irme! ¡Tal vez así consiga que vuelva a la realidad y deje de odiar a la Humanidad en la forma que lo hace!

Todos habían dejado hablar a la joven. Pero cuando con los ojos llenos de lágrimas se calló, Harry dijo, volviéndose hacia Madge:

-Madre mía, ¿qué pensaría usted del hombre que abandonara a una muchacha tan noble como la que acabamos de escuchar?

-Que es un cobarde, y si fuera hijo mío, ¡lo maldeciría!

-Nell, tú has oído a nuestra madre -continuó Harry-. Donde vayas, te seguiré. Si insistes en partir, lo haremos juntos.

-¡Harry! ¡Harry! -exclamó Nell.

La emoción era demasiado violenta. Los labios de la joven palidecieron, y se desplomó en brazos de Madge, que rogó a los demás que la dejaran sola con ella.

CAPITULO 21
El CASAMIENTO DE NELL

Se separaron, pero estuvieron de acuerdo para permanecer más alertas que nunca. La amenaza del viejo Silfax era demasiado directa para que no fuera tenida en cuenta. Tal vez el viejo "penitente" disponía de algún medio terrible y desconocido para aniquilar a la Nueva Aberfoyle.

Guardias armados fueron dispuestos en los puntos estratégicos de la mina, y todos los desconocidos que entraban en los pozos debían identificarse previamente ante James Starr.

Las medidas tomadas para la seguridad general fueron puestas en conocimiento de Nell, que sin serenarse totalmente, se sintió más tranquila. La resolución de Harry de seguirla adonde fuera, la resolvió a prometer que no trataría de fugarse.

Durante la semana que precedió al casamiento de Nell, ningún incidente turbó la paz de la Nueva Aberfoyle.

Los mineros, sin abandonar la vigilancia, se recuperaron del pánico anterior, que amenazara concluir con la explotación.

Mientras tanto James Starr continuó haciendo buscar al viejo Silfax. El vengativo anciano había jurado que Nell no se casaría con Harry, y se debía admitir que no retrocedería ante nada para evitar el matrimonio.

Así se continuó explorando todas las galerías abandonadas de las minas, inclusive aquellas que concluían bajo el castillo de Dundonald en ruinas. Se suponía con razón que el antiguo "penitente" debía comunicarse con el exterior por esa parte de la mina.

Pero las búsquedas fueron en vano.

James Starr, durante esta lucha diaria contra un ser imposible de atrapar, fue el más desdichado de los hombres. A medida que se aproximaba el día del casamiento, sus temores crecían, y creyó su deber hacer participe al viejo capataz de esta inquietud.

Por fin llegó el día. Silfax no había dado signos de vida hasta ese momento.

Desde la mañana todos los pobladores de Coal City estuvieron listos. Naturalmente los trabajos en Nueva Aberfoyle se interrumpieron.

A las once, en la capilla de San Gil, se celebraría la ceremonia.

A esa hora, Harry del brazo de su madre y Nell del de Simon salían de la cabaña de los Ford. Les seguían el ingeniero, aparentemente muy tranquilo pero temiendo siempre algún contratiempo. La comitiva era cerrada por Jack, que lucía impecable en su traje regional. Detrás de ellos iban los demás ingenieros de la mina, los notables de Coal City, amigos, compañeros y en general todos los miembros de aquella gran familia de mineros que formaban la especialísima población de la Nueva Aberfoyle.

La temperatura reinante afuera debía ser insoportable, ya que el calor se hacia sentir aún en las grandes galerías. La atmósfera estaba cargada de electricidad y las ráfagas calurosas corrían a través de los pozos de ventilación hasta el gran túnel de Malcolm. A su vez, la presión había disminuido notablemente, fenómeno muy curioso en Coal City. . .; ya algunos se preguntaban sí no estaría por desencadenarse una tormenta en las mismas entrañas de la tierra.

Pero las amenazas del tiempo no era posible que alcanzaran a la población subterránea. Todos lucían sus mejores vestidos.

Nell lucía aún más hermosa en su sencillez, la que había preferido a la indumentaria lujosa. La capilla los esperaba, brillantemente engalanada.

Los astros artificiales parecían brillar más ese "d1a" y una atmósfera de luz inundaba toda la Nueva Aberfoyle...

La ceremonia iba a ser oficiada por el reverendo William Hobson. Las parejas se acercaron hacia el altar precedidas del sacerdote mientras el órgano hacia sentir sus notas.

Fue invocada la protección del cielo. Después Harry y Nell quedaron solos ante el ministro de Dios, que sostenía en su mano el Libro Sagrado.

-Harry -preguntó el sacerdote-, ¿quieres tomar por esposa a Nell y juras amarla siempre ...?

-Sí; juro -respondió con energía el joven.

-Y tú, Nell; quieres a Harry Ford por esposo y, ...

La frase no fue terminada porque un estruendo resonó afuera. Una de las grandes rocas que estaban a orillas del lago, a cien pasos de la capilla, se precipitó sin que mediara ninguna explicación aparente. Las aguas desalojadas corrieron hacia una profunda excavación que nadie sabía que existiese. De inmediato, una lancha apareció vigorosamente impulsada sobre la superficie del lago. En esa embarcación iba de pie un anciano, vestido con un oscuro hábito, con larga barba y cabellos en desorden. Llevaba en la mano una lámpara de seguridad. De pronto comenzó a gritar:

-¡Maldicion para todos... el carburo..., el carburo... ! ¡Maldición...!

En ese mismo instante se sintió el característico olor del hidrógeno protocarbonado. La caída de la enorme piedra daba paso a gran cantidad del peligrosísimo gas encerrado en los esquistos.

El viejo conocía esos depósitos y había abierto la brecha para hacer explosiva la atmósfera de la cripta. James Starr y algunos otros salieron precipitadamente de la capilla.

-¡Todos afuera de la mina! ¡afuera de la mina! -gritaba el ingeniero, avisando el peligro que corrían.

-¡El grisú! ¡El grisú! -repetía el viejo, impulsando su canoa por las aguas del lago.

Harry, arrastrando a su novia, su padre y su madre, había abandonado rápidamente la capilla.

¡Pero ya era demasiado tarde para huir! El viejo Silfax estaba allí, listo a cumplir el juramento hecho de no permitir que su nieta se casase con Harry Ford, aunque para ello debiera sepultar a toda la población de Coal City bajo las ruinas de Nueva Aberfoyle.

Pero entonces se vio que un hombre se arrojaba a las aguas del lago y nadaba vigorosamente hacia la canoa. Era Jack Ryan, que trataba de detener al loco antes que pudiera cumplir con su misión destructora.

El anciano “penitente", con los puños crispados, recordó que el grisú era demasiado volátil para mantenerse a ras de agua, y con un gesto llamó a su enorme búho, que dócilmente tomó la mecha entre sus garras y comenzó a volar hacia el techo de la caverna, como lo hacia antiguamente en las galerías de la mina Dochart.

¡Unos segundos más y todo concluiría! ...

En ese momento Nell se soltó del brazo de Harry. Calma e inspirada corrió hacia la costa del lago, al borde de las aguas, y con su voz dulcísima llamó al ave. Ésta, reconociéndola, dejó caer la mecha, que se apagó en las aguas, y planeó hacia ella...

Entonces el viejo Silfax dejó escapar un grito terrible. Al ver su venganza incumplida, y a Jack Ryan a punto de echarle mano, el loco se arrojó al lago, desapareciendo bajo las aguas.

-¡Salvadle! ¡Salvadle! -gritó Nell con voz desgarradora.

Harry se arrojó al agua y unió sus esfuerzos a los de Jack Ryan buceando repetidas veces.

Pero era inútil. Las aguas del lago Malcolm nunca devolvían su presa, y se habían cerrado para siempre sobre el cuerpo del viejo Silfax...

EPILOGO
LA LEYENDA DEL VIEJO SILFAX

Seis meses más tarde de estos acontecimientos, se celebró el casamiento entre Nell y Harry, en la capilla de San Gil.

Una vez que el reverendo Hobson hubo bendecido su unión, presidieron alegremente la fiesta, que se prolongó hasta el día siguiente.

Fue en esa oportunidad cuando Jack Ryan, vestido de gaitero, obtuvo los mayores aplausos de su vida, tocando, cantando y bailando al mismo tiempo.

Al día siguiente recomenzaron los trabajos bajo la dirección de James Starr.

Es superfluo decir que Harry y Nell fueron felices.

Esos dos corazones, tan puestos a prueba, hallaron en su unión la felicidad que merecían.

En cuanto a Simon Ford, capataz honorario de la Nueva Alberfoyle, contaba con vivir lo suficiente como para celebrar su quincuagésimo aniversario de matrimonio con Medge, que no deseaba nada mejor.

-¿Y después de ésa, por qué no otra? ¡Dos veces cincuentenario no será mucho para usted, señor Simon! -decía Jack Ryan.

-Tienes razón, muchacho –respondía tranquilamente el viejo capataz-. ¿Qué tendría de extraño que en este clima seco y sano no llegue a ser dos veces centenario?

¿Los habitantes de Coal City llegarán a ver esta ceremonia? El tiempo lo dirá. En todo caso el búho del viejo Silfax parece haber alcanzado esa longevidad...

Tras la muerte de su amo, el ave estuvo unos días con Nell y luego huyó a los sombríos dominios donde el viejo Silfax viviera. En realidad ese taciturno ejemplar parecía odiar la compañía de seres humanos, y sobre todo, la de Harry, a sus ojos primer raptor de Nell.

Después de esto, Nell le volvió a ver muy de tanto en tanto, planeando sobre el lago Malcolm.

¿Quería ver acaso a su amigo de antaño? ¿Trataba de mirar el fondo del abismo que había engullido a Silfax?

Las dos versiones fueron admitidas, puesto que el ave se transformó en una verdadera leyenda, e inspiró a Jack Ryan para componer una fantástica historia.

Y es gracias a ese alegre muchacho que se canta todavía hoy la leyenda del pájaro del viejo Silfax, el antiguo "penitente" de las minas de Aberfoyle.